

INVESTIGACIÓN

NOCHES SEGURAS

PARA
TODAS

Investigación-acción feminista participativa



**MUJERES
JÓVENES
federación**
Declarada de Utilidad Pública

COORDINACIÓN DEL PROGRAMA:

Lucía Candeira de Andrés

REDACCIÓN DEL INFORME:

Mónica Saiz Martínez

Capítulo: Análisis Grupos Triangulares (hombres):

Olmo Morales Albarrán

TRABAJO DE CAMPO:

Mónica Saiz Martínez, Emma Mateos Peñalver, Olmo Morales Albarrán, Erick Pescador, Xavi Senosiain Etxabarri, Emilio José González García y voluntarias de Federación Mujeres Jóvenes.

TRANSCRIPCIONES:

Berta López

CORRECCIÓN ORTOGRÁFICA Y DE ESTILO:

Fernando Santos Suarez

Investigación propiedad de Federación Mujeres Jóvenes

Primera edición 2019

Segunda edición 2022

Diseño y maquetación del informe: EDIPAG

Depósito Legal: M-2551-2022

Financiado por: Ministerio de Sanidad, Consumo y Bienestar Social.



POR SOLIDARIDAD
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL

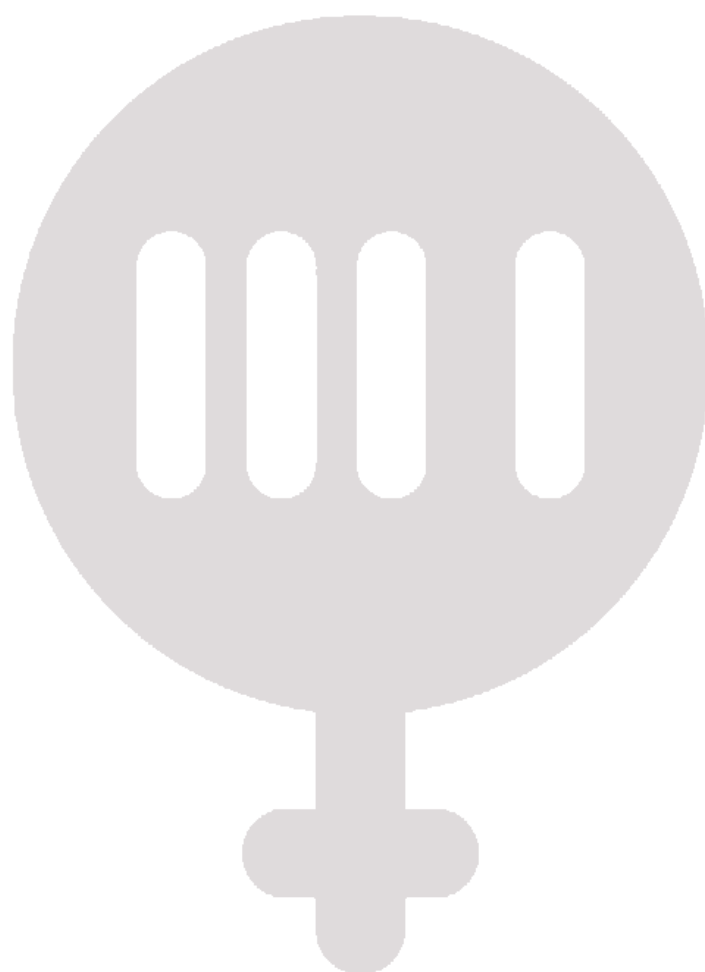
AGRADECIMIENTOS

Este estudio no hubiera sido posible sin la colaboración de las y los jóvenes que han participado en la investigación. Sus experiencias nos han permitido acercarnos a la realidad de la violencia sexual en contextos de ocio nocturno, ampliando así el conocimiento en torno a esta grave problemática social. Queremos agradecer a las mujeres y a los hombres jóvenes el tiempo dedicado en los grupos triangulares, y muy especialmente a las mujeres jóvenes que realizaron las Rutas de Vuelta a Casa, quienes con su valentía han dado luz a la oscuridad de la noche.

Queremos dar las gracias también a todas las personas y entidades que han colaborado en la contactación de las y los jóvenes participantes del estudio, ya que sin su labor la participación a nivel estatal no hubiera sido posible. Gracias a Marta Luxan y a Jokin Azpiazu, a Loli Hernández, a Sara Rodríguez Pérez, a Celina Henríquez Cárdenas, a la Asociación Afrodescendiente Kwanza, a la Asociación de Estudiantes Latinoamericanxs Abya Yala, a Opción 3 Iniciativa Social, y a Mainar Marketing.

Esta investigación tampoco hubiera sido posible sin la participación activa de las trabajadoras de Federación Mujeres Jóvenes en las distintas fases del estudio, y sin la sororidad entre nosotras, sobre todo en los momentos difíciles. Gracias especialmente a Lucía Candeira, coordinadora del Programa Noches Seguras Para Todas, quien ha cuidado de la investigación y de todo su proceso.

También queremos agradecer a todas las socias y a la Junta Directiva de FMJ su implicación en el proyecto, y su incesante trabajo cotidiano para construir un mundo sin violencia contra las mujeres.



PRESENTACIÓN

FMJ es un espacio creado por y para mujeres jóvenes feministas que, hartas de las desigualdades y violencias que sufrimos a diario por el mero hecho de ser mujeres, trabajamos para la protección y la defensa de nuestros derechos.

FMJ nace en 1986 como la primera asociación juvenil feminista de Europa, con el fin de mejorar la calidad de vida de las mujeres jóvenes, atender sus necesidades y erradicar las barreras con las que se encuentran en los diferentes ámbitos de su vida cotidiana. Para ello, fomentamos su participación social creando espacios de reflexión, investigación, incidencia política, apoyo y formación.

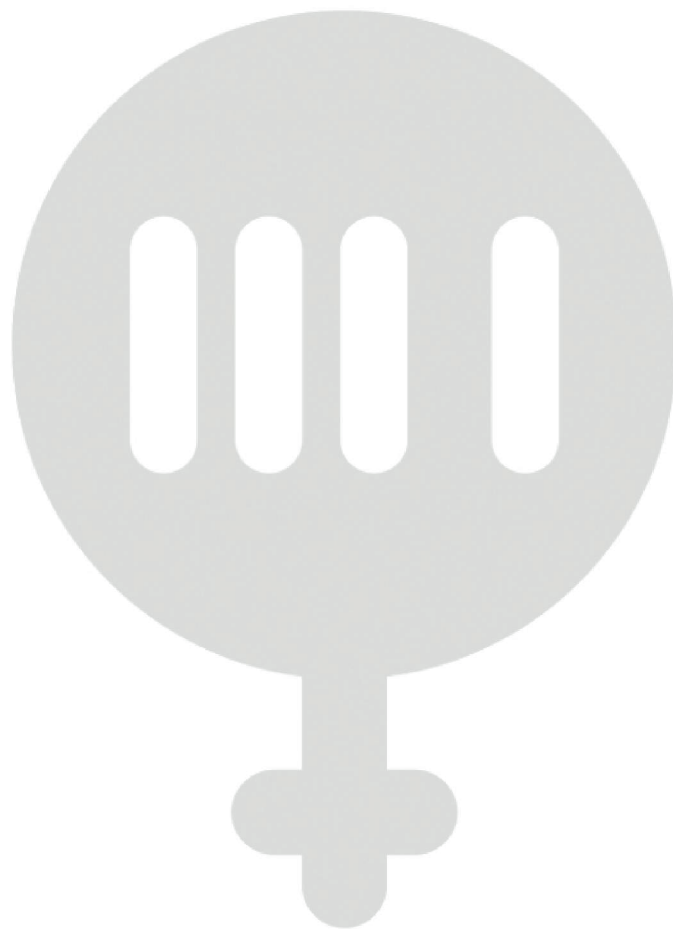
En el año 2019 hemos puesto en marcha el proyecto Noches Seguras Para Todas. Este programa, financiado por el Ministerio de Sanidad, Consumo y Bienestar Social, nace con la finalidad de ahondar en la comprensión de los mecanismos que generan la violencia sexual que sufren las mujeres jóvenes en los espacios de ocio nocturno.

Esta línea de estudio responde a la urgente necesidad que tiene la sociedad de conocer las especificidades de la violencia sexual para poder enfrentarla adecuadamente desde las instituciones y la sociedad civil.

Durante el año 2019, hemos ido recogiendo las experiencias que nos relatan las personas protagonistas (mujeres y hombres jóvenes), teniendo en cuenta la diversidad en la población juvenil de varias comunidades autónomas. Hemos contado, además, con la implicación de organizaciones juveniles y profesionales que trabajan en el ámbito de la investigación feminista, la formación, la sensibilización y la intervención social.

Con los resultados de la investigación publicamos este primer estudio Noches Seguras Para Todas y una serie de materiales e informes para acercarnos a esta problemática y hacer hincapié en la necesidad de la prevención para acabar con la violencia sexual.

Ada Santana Aguilera
Presidenta Federación Mujeres Jóvenes



.. INVESTIGACIÓN ..

**NOCHES
SEGURAS**

PARA
TODAS

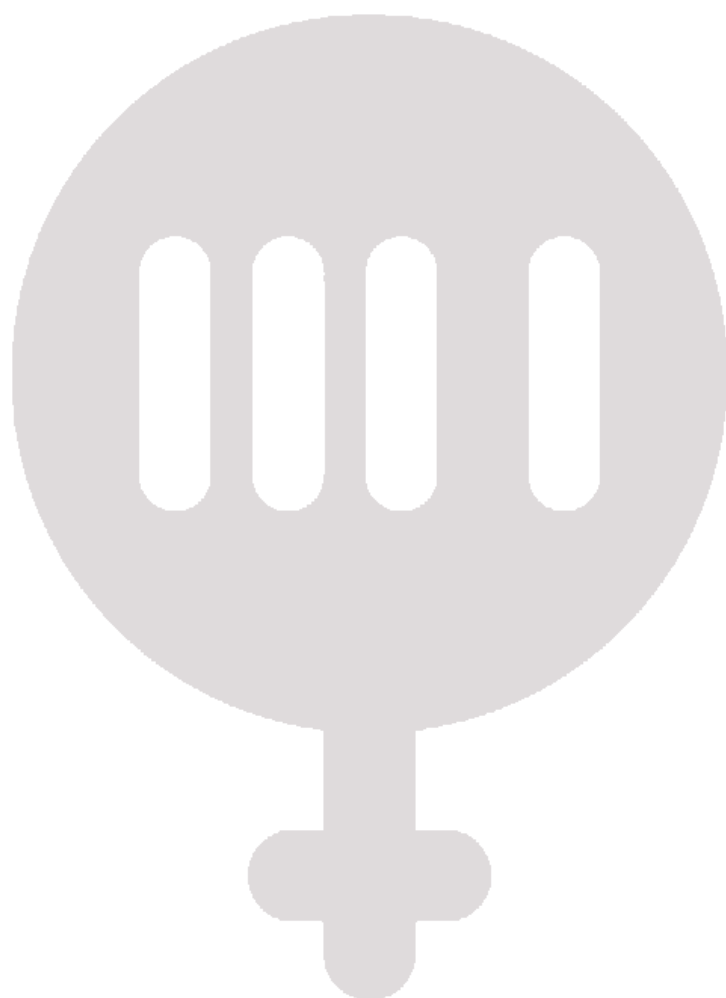
INVESTIGACIÓN-ACCIÓN FEMINISTA PARTICIPATIVA

ÍNDICE

1. FINALIDAD Y OBJETIVOS	p. 11
2. JUSTIFICACIÓN	p. 13
3. METODOLOGÍA	p. 17
4. APORTACIONES TEÓRICAS EN MATERIA DE VIOLENCIA SEXUAL	p. 25
<ul style="list-style-type: none">• La violencia sexual, una cuestión de poder patriarcal.• Cosificación sexual de las mujeres, violencia simbólica y violencia sexual.• La hipersexualización de los cuerpos de mujeres racializadas.• La cultura de la violación y la aceptabilidad social de la violencia sexual como arma de opresión de las mujeres.• Violencia sexual y ocio nocturno.	
5. ANÁLISIS GRUPOS TRIANGULARES	p. 41
<ul style="list-style-type: none">• Uso diferencial del tiempo de ocio nocturno entre mujeres y hombres• Identificación de las violencias sexuales que los jóvenes ejercen en contextos de ocio nocturno.• La identificación de las violencias sexuales por parte de las mujeres racializadas.• Formas de violencia sexual ejercidas por hombres jóvenes en contextos de ocio nocturno.• Estrategias de los hombres para acceder a los cuerpos de las mujeres en contextos de ocio nocturno.	

- Cuando las violencias sexuales son ejercidas por arte de amigos y conocidos en los contextos de ocio nocturno.
- La configuración social de los espacios destinados al ocio nocturno y su relación con las violencias sexuales.
- El horario y su relación con el ejercicio de las violencias sexuales dentro de los espacios destinados al ocio nocturno.
- Cosificación sexual de las mujeres por parte de los locales de ocio nocturno.
- El consumo de alcohol y drogas en el ocio nocturno y su relación con las violencias sexuales.
- Estereotipación del agresor sexual.
- Estereotipación de la mujer víctima de las violencias sexuales.
- Tácticas de defensa ante las violencias sexuales en contextos de ocio nocturno.
- La exculpación masculina ante el ejercicio de la violencia sexual en contextos de ocio nocturno.
- La construcción patriarcal del deseo sexual masculino como antesala a la violencia sexual.

6. ANÁLISIS DE LAS RUTAS DE VUELTA A CASA	p. 113
7. CONCLUSIONES	p. 129
8. BIBLIOGRAFÍA	p. 143
9. ANEXO 1: NOMENCLATURAS	p. 147



FINALIDAD Y OBJETIVOS

FINALIDAD

Noches Seguras Para Todas es una investigación-acción feminista participativa que pretende arrojar luz sobre las discriminaciones machistas y las violencias sexuales que las mujeres sufren en los contextos de ocio nocturno. Para ello, hemos contado con la participación tanto de mujeres como de hombres jóvenes, quienes, con sus experiencias, miradas y perspectivas, han aportado un conocimiento cercano y profundo de la violencia sexual en el ocio nocturno. Es extraordinariamente importante tener una visión clara y fiable del grave problema que supone este tipo de violencia sexual para poder generar iniciativas e implementar medidas que permitan enfrentarla adecuadamente desde las Instituciones, las entidades privadas y el Tercer Sector. Aspiramos a que el conocimiento logrado mediante este estudio se utilice para elaborar estrategias de prevención de la violencia sexual que sufren las mujeres jóvenes en contextos de ocio nocturno y para plantear propuestas transformadoras.

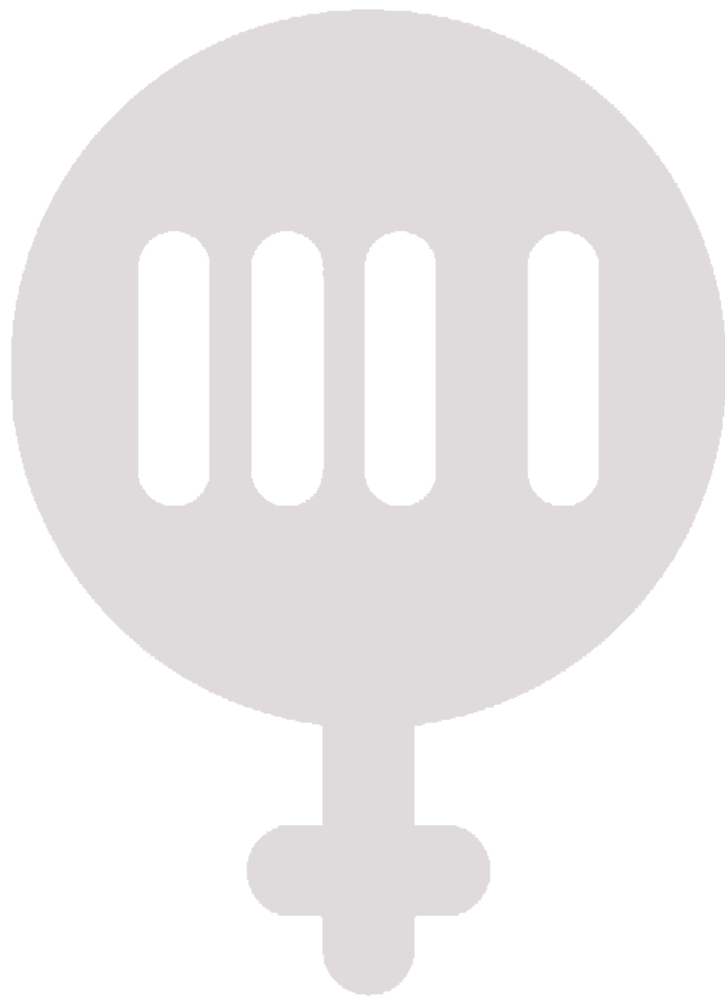
OBJETIVOS

1. Objetivo general:

Conocer con mayor exactitud las experiencias y percepciones de las mujeres en torno a la violencia sexual que sufren en los contextos de ocio nocturno.

2. Objetivos específicos:

- Analizar las diferentes formas de violencia sexual que los hombres ejercen contra las mujeres en los contextos de ocio nocturno.
- Visibilizar la experiencia situada de las mujeres racializadas alrededor de la violencia sexual en contextos de ocio nocturno.
- Analizar las vivencias y percepciones de mujeres y hombres jóvenes en relación con las lógicas relacionales sexual-afectivas heterosexuales y heteronormativas que se activan en contextos de ocio nocturno.
- Evidenciar las prácticas promocionales sexistas que implementan los locales de ocio nocturno.
- Detallar las tácticas de defensa de las que hacen uso las mujeres jóvenes para hacer frente a las violencias sexuales en los contextos de ocio nocturno.
- Sensibilizar a la población joven sobre la importancia de erradicar las violencias sexuales de su ocio nocturno.
- Concienciar a los hombres jóvenes en particular sobre los comportamientos machistas y violentos que ejercen sobre las mujeres jóvenes en contextos de ocio nocturno.



JUSTIFICACIÓN

La violencia sexual es una de las manifestaciones de violencia contra las mujeres (Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer, ONU, 1994) que se enmarcan y mantienen dentro del sistema patriarcal. Un sistema donde la violencia sexual es una herramienta más de control por parte de los hombres, que genera intimidación y miedo a las mujeres. Este instrumento de dominación puede adquirir diversas formas y estas no son siempre identificadas como violencias debido a la normalización de las mismas. Así, la violencia sexual se presenta como un continuo, que va desde la violencia más hostil, extrema e identificada claramente como tal, la violación, hasta la violencia aparentemente más sutil, normalizada y no identificada, como los piropos, por ejemplo.

Desde Noches Seguras Para Todas queremos analizar todo este continuo de la violencia sexual y, más específicamente, sus formas sutiles, las cuales, consideramos, deberían ser el principal foco de atención de las campañas de prevención, debido a la elevada frecuencia con la que se producen, la invisibilización social que existe hacia ellas y, sobre todo, por ser la base de las agresiones sexuales más reconocidas socialmente que, además, parecen ir en aumento. Las fuentes del Ministerio del Interior, que realiza balances anuales sobre las infracciones penales registradas en el territorio español, apuntan que en el año 2018 se produjeron alrededor de 13.811 delitos de carácter sexual, un 18,1% más que en 2017, año en que hubo 11.692. Según el *'Informe sobre delitos contra la libertad e indemnidad sexual 2017'*, desde el año 2013, cuando se registraron 8.923 hechos relacionado con delitos sexuales, el número ha ido aumentando. Paralelamente, y refiriéndonos de manera más concreta a los contextos de ocio nocturno, el 5º informe «Noctámbul@s» de la Fundación Salud y Comunidad (FSC), presentado en febrero del 2019, nos advierte de que un 97% de las españolas han soportado comentarios incómodos de carácter sexual por parte de hombres, un 86% han recibido insistencias ante sus negativas, un 81% han padecido tocamientos no consentidos, un 44% se han visto acorraladas y un 22% han sido violadas, en dichos contextos. La violación sería, por tanto, la punta del iceberg de una serie de violencias sexuales más sutiles y normalizadas, que la mantienen, y que las mujeres jóvenes sufren en su cotidianidad e incluso, en mayor medida, en los espacios de ocio nocturno. Son ambientes facilitadores de los distintos tipos de violencias sexuales por ser escenarios de cierta permisividad donde, además de la diversión, se busca la experiencia sexual.

La especificidad de las dinámicas relacionales que se dan en los contextos de ocio nocturno están impregnadas igualmente por la socialización diferencial de género y tienen, como consecuencia, la normalización de las violencias sexuales, especialmente aquellas más sutiles; estas son justificadas muchas veces por los efectos de sustancias psicoactivas (alcohol, en la gran mayoría de los casos), tolerándose ciertas conductas que no tendrían cabida en otros contextos. Esto contribuye a que las agresiones sexuales sutiles y no tan sutiles queden invisibilizadas y normalizadas, reforzando así su continuidad e impunidad. De esta manera, las violencias sexuales, en todas sus formas y grados, se vuelven algo cotidiano en la experiencia de las mujeres jóvenes.

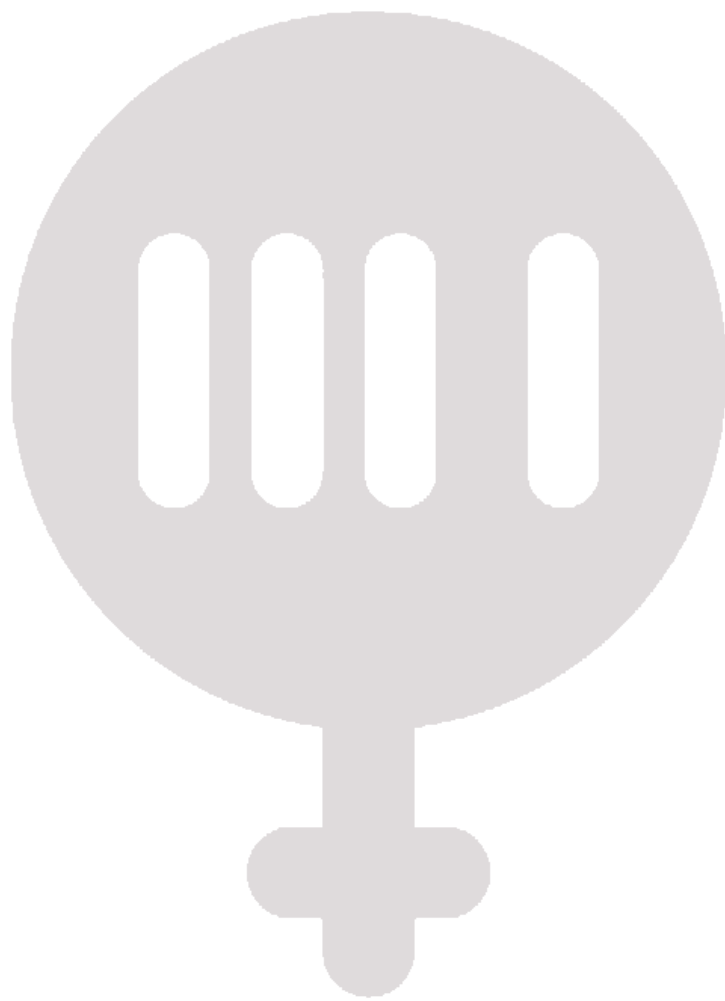
Desde las instituciones y organizaciones de mujeres tenemos la responsabilidad de dar respuesta a esta problemática social articulando acciones a nivel estatal, sin olvidar la diversidad de las mujeres jóvenes que sufren la violencia sexual y los distintos modos de ejercerla por parte de los hombres. Desde nuestra investigación *Noches Seguras Para Todas* hemos analizado estas particularidades no con la intención de dar unas soluciones generales, sino ajustadas a la realidad de las mujeres y su entorno.

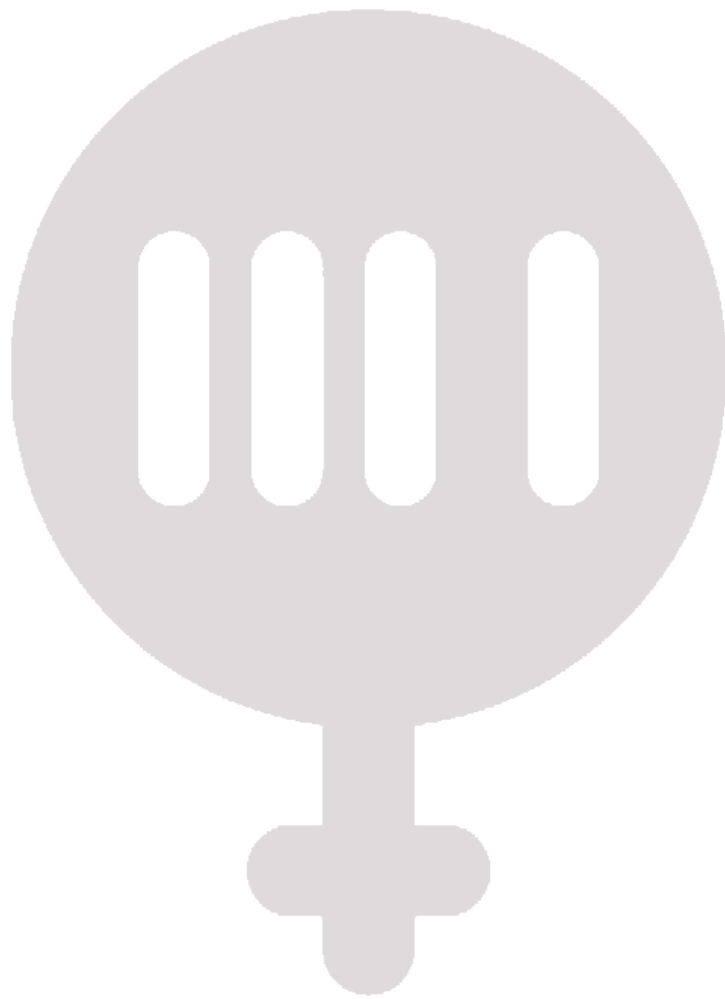
Cuando hablamos de la diversidad de las mujeres que la sufren nos referimos a contar con las vivencias y percepciones sobre la violencia sexual de mujeres diversas. En esta primera fase de investigación, hemos abordado esta diversidad teniendo en cuenta variables como el nivel formativo, el lugar y hábitat de residencia y la racialización. Esta última es muy importante en el abordaje de la violencia sexual ya que, según los estudios, las mujeres afrodescendientes y latinas son hipersexualizadas y estereotipadas sexualmente bajo la idea de 'mujeres calientes', sufriendo en mayor medida este tipo de violencia.

Entendemos que el cuerpo es una variable que sí incide en las formas en como las mujeres sufren la violencia sexual, por lo que hemos trabajado también desde esta perspectiva. El colectivo 'mujeres jóvenes' no son un bloque de 'idénticas',¹ sino de mujeres diversas que por sus particularidades sufren la violencia sexual en distintas formas y, además, pueden tener una percepción distinta de la misma. Por ende, ampliar la muestra en años sucesivos nos permitirá obtener resultados más útiles e integradores para el abordaje de la problemática y no caer en soluciones generales, sino en propuestas participativas y concretas para su prevención y erradicación. Ninguna problemática social puede ser afrontada desde posturas reduccionistas, estancas y no participativas.

Cuando hablamos de los distintos modos de ejercer la violencia por parte de los hombres, nos referimos a los diferentes ejercicios de poder y control que estos activan sobre las mujeres en el contexto concreto de ocio nocturno, y no, por lo general, en otros ámbitos. Una de las cuestiones a resaltar de esta investigación es la relevancia que hemos otorgado a la participación de hombres jóvenes en la investigación en tanto en cuanto estos son los únicos responsables del ejercicio de la violencia sexual. Ante las agresiones sexuales, y por la cultura de la violación predominante en nuestra sociedad, tendemos a enfatizar repetidamente las experiencias de las mujeres, dejando en un segundo plano el análisis y la crítica hacia los varones perpetradores. Es crucial poner la mirada en la socialización de los hombres, en la construcción de la masculinidad hegemónica y en cómo esto se traduce en relaciones de poder y violencia sobre las mujeres en la cotidianidad de su ocio nocturno.

¹ Término acuñado por la filósofa feminista Celia Amorós





METODOLOGÍA

Hemos utilizado la metodología de investigación-acción feminista participativa (IAFP), ya que es la que mejor se adapta a nuestro objetivo fundamental: - reflexionar colectivamente sobre las violencias sexuales que los hombres jóvenes ejercen y las mujeres jóvenes sufren en contextos de ocio nocturno- para así encontrar conjuntamente fórmulas de acción entorno a la prevención de la violencia sexual; y como no, accionarlas desde una perspectiva comunitaria, haciendo que todos los agentes implicados participen de manera activa siendo parte integral de la solución. Mantener una relación constante entre el análisis y la acción es fundamental para el trabajo reivindicativo que propone el movimiento feminista.

Así, en este primer año de estudio nos hemos centrado en la recogida de información mediante el empleo de técnicas participativas, que nos han permitido acercarnos a la problemática a partir de las experiencias de mujeres y hombres jóvenes; con la intención de, en años sucesivos, seguir trabajando en el diagnóstico y la implementación de las acciones pertinentes para la prevención de la violencia sexual en el ocio nocturno, contando con la implicación de la población joven, el tejido asociativo juvenil y feminista, el tejido empresarial dedicado a las actividades recreativas nocturnas y la Administración Pública. **Noches Seguras Para Todas** pretende ser un proyecto colectivo y en red, donde el equipo de investigación sea un mero acompañante en las diferentes fases del proceso de la IAFP.

Además de la elaboración del diagnóstico participativo, en esta primera fase de IAFP, hemos comenzado a trabajar en la prevención de la violencia sexual en los contextos de ocio nocturno juvenil con la puesta en marcha de nuestra campaña de sensibilización *Noches Seguras Para Todas*. Todas y cada una de las ideas inspiradoras de la campaña provienen de las opiniones, emociones y experiencias que las mujeres jóvenes han compartido en el trabajo de campo.

En este primer año, los pasos que hemos dado han girado en torno a la elaboración de un primer diagnóstico que nos acercara a la problemática, siendo los pasos de esta primera fase: delimitar nuestro objeto de estudio, diseñar la muestra, seleccionar las técnicas de investigación más acertadas para la recogida de la información, ejecutar el trabajo de campo, analizar los resultados obtenidos en éste y elaborar este informe.

A continuación, pasamos a detallar las técnicas de investigación utilizadas para la recogida de información:

1. Grupos triangulares

Técnica empleada en el trabajo de campo para analizar las distintas aristas de la violencia sexual ejercida por los hombres en los contextos de ocio nocturno. La idea de esta investigación no es construir tipologías discursivas alrededor de la violencia sexual, sino recoger las experiencias que las mujeres tienen en los contextos de ocio nocturno, donde la violencia de género está presente como en cualquier otro ámbito de la vida cotidiana. Queríamos acercarnos a esta

problemática desde lo vivencial y emocional, y, además, recoger cómo las mujeres interpretan todas estas experiencias vividas. Asimismo, hemos querido contar con la participación de los hombres, puesto que estudiar la violencia sexual sin contar con quienes la ejercen es quedarnos a medio camino. Así, necesitábamos una técnica que facilitara recoger una información asociada a conocimientos, actitudes, sentimientos, creencias y experiencias que no serían posibles de obtener, con suficiente profundidad, mediante otras técnicas «tradicionales», como la observación, la entrevista personal o la encuesta social.

Un grupo triangular consiste en una conversación entre varias personas (pueden ser tres o cuatro como máximo) en la que se aborda de manera abierta una determinada temática con la intención de que afloren relatos y opiniones sobre el tema abordado, en este caso, sobre la violencia sexual que las mujeres sufren y que los hombres ejercen en contextos de ocio nocturno. Las dinámicas que se producen en estos grupos son intensivas en el sentido de que sus participantes realizan un proceso de reflexión conjunto, que supone un aprendizaje significativo al apelarles como colectivo. Desgranar las experiencias, prácticas y creencias de mujeres y hombres jóvenes en relación a la violencia sexual no solo nos permite generar un conocimiento situado, sino integrar sus vivencias en todo un marco posterior de actuación de estrategias preventivas. Por tanto, necesitábamos una técnica que no avivara la reproducción de los posicionamientos sociales más cristalizados, sino que facilitara la aparición de referencias personales y matices discursivos en base a las características propias de quienes están participando.

El escaso conocimiento sobre estas cuestiones nos llevó a indagar sin hipótesis previamente definidas, aunque sí con algunas ideas claras, con la convicción de que abrir espacios para la expresión y discusión del tema con mujeres y hombres nos llevaría a obtener conclusiones sobre los aspectos más relevantes de esta problemática.

Se hicieron un total de ocho grupos triangulares, cinco grupos de mujeres jóvenes y tres de hombres jóvenes, en las Comunidades Autónomas de Madrid, Valencia, País Vasco, Navarra y Canarias.

Los criterios seleccionados para configurar los grupos triangulares no son los de una muestra estructural, ya que, como señalamos anteriormente, en esta investigación no buscamos acercarnos al universo ideológico de la población joven acerca de la violencia sexual, sino a sus vivencias, representaciones y percepciones. Somos conscientes de que la población joven no es homogénea, y esto nos obliga a tener en cuenta la diversidad en el diseño muestral.

Este primer año de investigación nos hemos decantado por incluir variables como el nivel formativo, racialización, comunidad autónoma de residencia, hábitat de residencia y nivel de concienciación feminista, con la pretensión de seguir incorporando nuevas variables en años sucesivos que nos permitan conocer con mayor profundidad la violencia sexual en contextos de ocio nocturno.

Las variables consideradas en esta primera muestra han sido las siguientes:

- **Sexo:** contamos con la participación de mujeres y hombres, puesto que nuestra problemática objeto de estudio es exclusivamente la violencia sexual que los hombres ejercen sobre las mujeres.
- **Orientación sexual:** tenían que mantener relaciones heterosexuales (sin descartar otras), ya que lo que queríamos estudiar eran las lógicas relacionales heterosexuales y heteronormativas.
- **Edad:** con edades comprendidas entre 18 y 25 años, puesto que la población joven es nuestra población diana, pero intentando que hubiera mujeres y hombres de las distintas edades dentro de este tramo, ya que el ocio de una persona de 18 años puede diferir del de una de 25 años.
- **Nivel formativo:** con nivel formativo bajo (ESO), nivel formativo medio (Bachillerato, FP y Enseñanzas profesionales) y nivel formativo alto (Universidad). No se tiene en cuenta como variable que incide en el ejercicio y sufrimiento de la violencia sexual, puesto que partimos de la idea de que la violencia de género no tiene relación alguna con el nivel formativo del agresor y de la víctima, sino que tiene relación con los hábitos de ocio nocturno.
- **Racialización:** la racialización es una variable determinante para conocer el sexismo racializado incardinado en la violencia sexual que se ejerce contra las mujeres racializadas en los contextos de ocio nocturno. Contar con la participación de mujeres racializadas era un requisito imprescindible en nuestro estudio para evitar el universalismo y el esencialismo, atendiendo a las diferencias de raza que sitúan a las mujeres en distintos lugares de opresión en una sociedad racista y patriarcal. El sujeto «mujeres» no es una esencia, sino un sujeto «localizado o posicionado»², por lo que la participación de las mujeres racializadas era un requisito imprescindible para profundizar en el estudio de la violencia sexual.

Somos conscientes de que esta variable ha sido introducida en la muestra de manera parcial, ya que hemos contado tan solo con mujeres afrodescendientes y latinoamericanas, pero tal selección responde a la importancia de atender a la fuerte exotización e hipersexualización que sufren sus cuerpos³ y que las expone especialmente a la violencia sexual. Somos conscientes de que la diversidad racial es mucho más amplia de la que hemos recogido en esta primera fase de investigación, por lo que seguiremos ahondando en ella.

- **Comunidad autónoma:** siendo una investigación estatal, hemos contado con la participación de mujeres y hombres residentes en distintas comunidades autónomas, las cuales han sido elegidas por la presencia de territoriales de la Federación Mujeres Jóvenes. Hemos de añadir que ha sido muy enriquecedor contar con esta diversidad territorial, ya que nos ha permitido estudiar la violencia sexual en distintas culturas de ocio nocturno. Así, si bien en la Comunidad de Madrid y la Comunidad de Canarias el ocio nocturno está bastante diversificado (discotecas, bares, macrofiestas, festivales de música, etc.), en la Comunidad Valenciana hay un predominio del botellón y las discotecas, y en la Comunidad de País Vasco y Navarra de los bares.

² La idea de localización del sujeto, que ha tenido una gran repercusión en el feminismo, está expresada por primera vez en A. Rich "Notes towards Politics of Location", en *Blood, Bread and Poetry, Selected Essays 1979-1985*, Nueva York, W. W. Norton, 1986.

³ La lectura de los análisis sobre las intersecciones entre sexo, género y raza, y los estudios decoloniales nos han ayudado a encaminar estos planteamientos en la investigación.

- *Hábitat*: Diferenciamos entre ámbito urbano y rural por las especificidades que el ocio nocturno adquiere en ambos entornos. Aunque la mayor parte de las personas participantes en los grupos vivía en capitales de provincia, esta variable ha sido incorporada en la medida de lo posible.
- *Conciencia de género o feminista*: esta variable fue medida a partir de los conocimientos que se tenían en materia de violencia de género, ya fuera a través de formación, activismo o sensibilización institucional. Esta variable era fundamental en la muestra, ya que nos permitiría ver si hay diferencias en la experiencia, prácticas y percepción de la violencia sexual entre quienes tienen un cierto grado de concienciación feminista y quienes no.

Así, a partir de estas variables, los grupos confeccionados fueron los siguientes:

GRUPO 1

	MUJERES	HOMBRES
Edad	22-25	22-25
Racialización	Afrodescendientes y Latinoamericanas	No racializados
Nivel formativo	Alto	Alto
Provincia	Madrid	Pamplona
Hábitat	Urbano	Urbano
Conciencia de género o feminista	Alto grado de concienciación feminista por activismo en asociaciones afrodescendientes y latinoamericanas	Nivel medio-bajo de concienciación por discurso sensibilizador institucional

GRUPO 2

	MUJERES	HOMBRES
Edad	18-25	18-21
Racialización	No racializadas	Latinoamericanos
Nivel formativo	Alto	Bajo
Provincia	Bilbao	Madrid
Hábitat	Urbano	Urbano
Conciencia de género o feminista	Alto grado de concienciación por activismo en redes sociales y formación formal	Nivel bajo sensibilización por formación no formal

GRUPO 3

	MUJERES	HOMBRES
Edad	22-25	22-25
Racialización	No racializadas	No racializados
Nivel formativo	Alto	Medio
Provincia	Valencia	Castellón
Hábitat	Urbano	Rural
Conciencia de género o feminista	Alto grado de concienciación por activismo (sin vinculación a ninguna organización) y formación formal	Ninguna

GRUPO 4

	MUJERES
Edad	22-25
Racialización	No racializadas
Nivel formativo	Alto
Provincia	Valencia
Hábitat	Urbano
Conciencia de género o feminista	Ningún contacto con el feminismo

GRUPO 5

	MUJERES
Edad	18-21
Racialización	Latinoamericanas
Nivel formativo	Medio
Provincia	Tenerife
Hábitat	Urbano
Conciencia de género o feminista	Ningún contacto con el feminismo

2. Rutas de vuelta a casa

Técnica utilizada en el trabajo de campo para analizar los contextos de ocio nocturno que tienen que ver con el trayecto de vuelta a casa. El ocio nocturno de las mujeres no solo se limita al tiempo en el que están de fiesta, sino que comprende también el recorrido de vuelta a casa, espacio y tiempo donde, además, la sensación de miedo e inseguridad aumenta con respecto a la violencia sexual.

Para poder analizar qué pasaba en ese espacio-tiempo diseñamos la técnica de la *Ruta de vuelta a casa*, la cual se nutre de las derivas exploratorias empleadas en los estudios de urbanismo y género.⁴ En nuestro caso, no hemos realizado lo que se entiende por deriva exploratoria,⁵ sino que el recorrido de vuelta a casa lo hicieron solas cualquier noche de las que salen de fiesta. Les pedimos que grabasen un audio con el móvil, donde volcar los pensamientos y las emociones que les afloraran espontáneamente en el recorrido ante la configuración espacial y el ambiente del recorrido. Con las *Rutas de vuelta a casa* queríamos analizar fundamentalmente qué aspectos les generaban miedo y qué estrategias de protección activaban para sentir mayor seguridad. Para ello, se facilitó a cada una de las participantes unas sugerencias para la observación y la auto-observación, que debían leer antes de hacer la *Ruta de vuelta a casa*, con aspectos a tener en cuenta como: si la decisión de salir esa noche por una zona de marcha u otra estaba condicionada por su vuelta a casa, si la hora de vuelta había estado supeditada al hecho de volver acompañada, de qué medios de transporte hacía uso y por qué, las impresiones respecto a la configuración física y social del recorrido mientras lo hacía, cómo era su actitud y si llevaba

4 Nos han servido de gran ayuda para el diseño de esta técnica el informe de Col.lectiu Punt 6 Nocturnas. La vida cotidiana de las mujeres que trabajan de noche en el área metropolitana de Barcelona, Guía Propia, Barcelona, 2017, y el 4º y 5º Informe Anual 2017-2018, Observatorio Noctámbul@s, Barcelona, 2018

5 Salidas grupales con la intención expresa de debatir durante el recorrido y valorar la experiencia cotidiana y particular de cada una de las personas participantes.

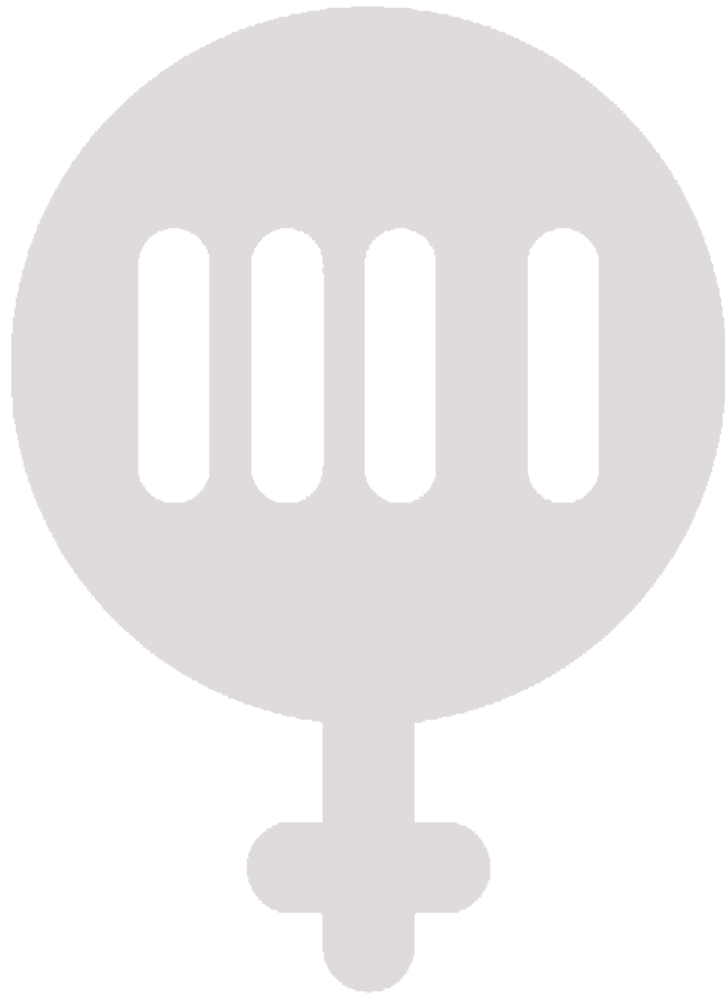
algo para protegerse. Estos aspectos, entre otros no indicados, son los que se han tenido en cuenta para el análisis.

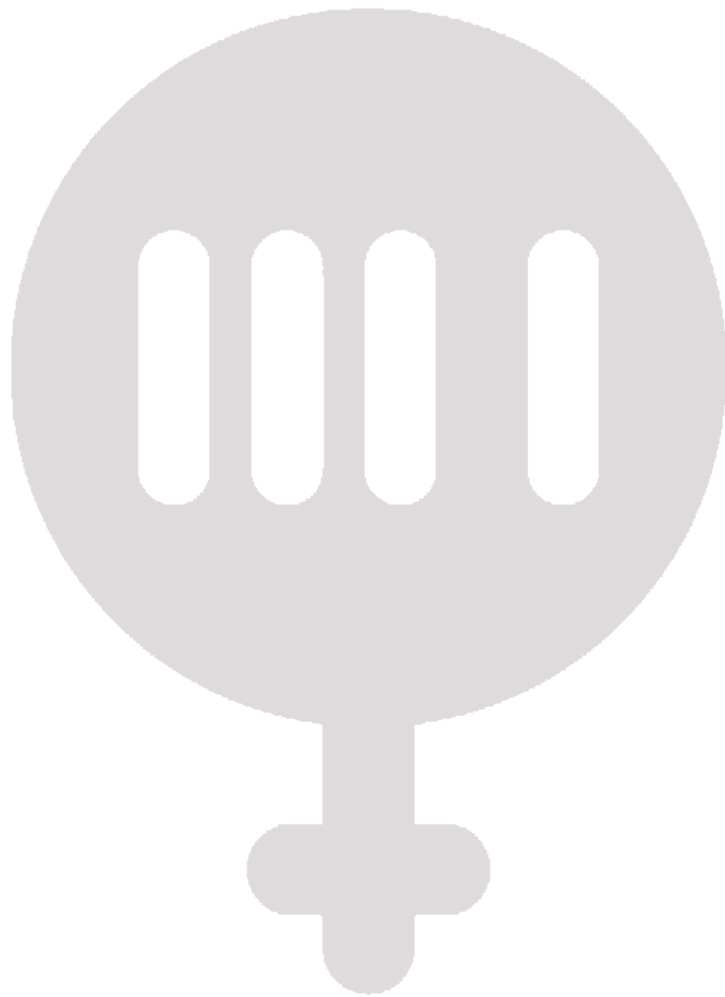
Las *Rutas de vuelta a casa* se hicieron tanto en entorno urbano, como rural, en las Comunidades Autónomas de Madrid, Valencia y Castilla y León, y las llevaron a cabo participantes voluntarias, las cuales solo debían cumplir el requisito tener entre 18 y 25 años.

La idea es que en una segunda fase de investigación se haga una devolución de resultados, tanto de los grupos triangulares, como de las *rutas de vuelta a casa*, para trabajar propuestas de acción colectivamente con las mujeres.

3. Análisis de fuentes secundarias

Las fuentes secundarias consultadas nos han permitido conocer desde una perspectiva feminista interseccional la problemática de la violencia sexual. Si bien no hay una gran producción científica en torno a la violencia sexual que los hombres ejercen sobre las mujeres en el contexto específico del ocio nocturno, sí hay una gran producción científica feminista en relación a la violencia sexual, que nos permite encuadrar nuestro objeto de estudio en un marco teórico y conceptual. Así, hemos consultado artículos, investigaciones y bibliografía que nos han servido tanto para delimitar la problemática de la violencia sexual, como para elaborar los ejes de análisis en el trabajo de campo.





APORTACIONES TEÓRICAS EN MATERIA DE VIOLENCIA SEXUAL

1. La violencia sexual, una cuestión de poder patriarcal

Cuando hablamos de violencia de género, la sociedad tiende a pensar exclusivamente en aquella que los hombres ejercen dentro del ámbito de la pareja o expareja, y además en la más visible, la física. Sin embargo, existen múltiples formas de violencia contra las mujeres derivadas de la estructura patriarcal que las sustenta, y que sirven para mantener la situación de poder de los hombres y sus privilegios, tales como la violencia sexual. La violencia de género es tan solo la punta del iceberg de una gran cantidad de violencias de género que pasan desapercibidas, están normalizadas o incluso son aprobadas a nivel social.

La violencia de género fue abordada por las feministas académicas de los años setenta y el movimiento feminista de la tercera ola, para dar paso a toda una teorización acerca de lo que suponía la violencia contra las mujeres, en todas sus formas, en el sistema patriarcal. Fue Kate Millett en su obra *Política Sexual* quien, por primera vez, interpretó esta violencia como una herramienta de control utilizada por los hombres para mantener la dominación basada en el sexo-género. Así sostiene que, «al igual que otras ideologías dominantes, tales como el racismo y el colonialismo, la sociedad patriarcal ejercería un control insuficiente, e incluso ineficaz, de no contar con el apoyo de la fuerza, que no sólo constituye una medida de emergencia, sino también un instrumento de intimidación constante» (Millett, 1975: 58). En palabras de Ana de Miguel, «desde el marco de interpretación propuesto por Millett la violencia contra las mujeres deja de ser un suceso, un problema personal entre agresor y víctima, para definirse como violencia estructural sobre el colectivo femenino» (De Miguel, 2005: 239).

La violencia sexual como forma de violencia de género también fue interpretada como un acto de poder patriarcal por parte del feminismo radical. En este sentido, Susan Brownmiller, en su obra *Contra nuestra voluntad: Hombres, Mujeres y Violación*, abordó la violencia sexual desde una perspectiva estructural, donde apuntó que esta violencia no era una conducta aislada de individuos inadaptados, sino parte de un sistema (legal, jurídico, social, cultural...) donde los hombres usaban la violación como medio para perpetuar el dominio masculino al mantener a todas las mujeres en un estado de miedo. Apuntó que la violación es «ni más ni menos que un proceso consciente de intimidación por medio del cual todos los hombres mantienen a todas las mujeres en un estado de temor» (1976: 5). La coacción sexual y la amenaza constante que sienten las mujeres a ser violadas en el espacio público, fundamentalmente, es un ejercicio deliberado de poder, una declaración de superioridad «diseñada para intimidar e inspirar miedo». A partir de los apuntes de Brownmiller, el análisis de la violencia sexual en general, y de la violación en particular, fue una de las tareas fundamentales de las feministas que escribieron, difundieron y, sobre todo, visibilizaron las experiencias de las mujeres hasta entonces soterradas en el vergonzoso silencio, con las que fueron construyendo discursos alternativos a los dominantes.

El feminismo radical fue la cuna de todos estos análisis y, como señala Ana de Miguel, muchos de ellos se gestaron en los grupos de autoconciencia. Estos grupos fueron el lugar idóneo para

que las mujeres comenzaran a hablar de un tema privado, para que comprendieran que la sexualidad era política, que no era algo ajeno a la opresión y que tampoco podría serlo a su proyecto de emancipación. Terminar con la conspiración de silencio y poner en primer plano el tema de la relación de la sexualidad y la violencia -abusos, acosos y violaciones- fue una de las líneas de estudio más importante del momento (2015: 21-22).

Autoras como Sue Wise y Liz Stanley dieron luz al acoso sexual de las mujeres en el trabajo y, por primera vez, fue conceptualizado como «una conducta masculina indeseada y no correspondida que afirmaba el «rol sexual» de una mujer por encima de su función como persona y como trabajadora» (1992: 59). En otras palabras, la noción de acoso sexual hacía referencia a una serie de conductas de apariencia sexual, a través de las cuales los hombres pretendían ejercer poder sobre las mujeres. Así, para estas autoras, el acoso sexual no es, entonces, sino otra forma de hacer referencia al sexismo y a la política sexual, en la cual mujeres y hombres ocupan diferente lugar. Estas autoras definen el sexismo como «un sistema de pensamiento y de conducta en el que el mundo se divide en sujetos y objetos. Los «sujetos» ejercen influencia, controlan y son superiores, mientras que los «objetos» son influidos, controlados y «subordinados» (1992: 88). Así pues, las autoras consideran que «todas las conductas de acoso sexual están enlazadas por el hecho de que representan una intrusión indeseada y no buscada, por parte de un hombre, en los sentimientos, pensamientos, conductas, espacio, tiempo, energías y cuerpo de una mujer» (1992: 81). Esto quiere decir que: 1) el acoso sexual no está confinado únicamente al espacio laboral, sino que, por el contrario, puede presentarse potencialmente en cualquier escenario de interacción social entre los géneros; 2) su descripción como «sexual» atañe esencialmente al hecho de que es infligido por un género –el masculino– a otro –el femenino–, por lo que cabe anotar que, si bien a menudo dicha conducta tiene la forma de acercamiento sexual, su finalidad no es otra que el ejercicio de poder por parte del varón sobre la mujer; y, 3) cualquier hombre puede acosar sexualmente a una mujer (Mora, 2004: 3).

Angela Davis en *Mujeres, raza y clase* hizo un análisis riguroso donde puso de manifiesto las estrategias de lucha de las mujeres negras. Su reflexión sobre el papel de la violación durante la esclavitud como arma de dominación y de represión, con el objetivo de ahogar el deseo de resistir de las mujeres negras y desmoralizar a sus hombres, fue esclarecedor para entender cómo se ha ido forjando un arma de terrorismo político de masas, un elemento institucionalizado de agresión diseñado para intimidar y aterrorizar a las mujeres. Para Davis, la violación no es la consecuencia de la personalidad violenta de un individuo o se trata de un rasgo natural de la masculinidad, sino que se trata del resultado de un sistema basado en la dominación violenta (1982).

En esta línea, autoras como Catharine MacKinnon han subrayado que lo que se denomina sexualidad es una dinámica de control propia de la dominación masculina, que va desde el espacio íntimo hasta el institucional, y desde una mirada hasta la violación (1987:127-154). Alberdi y Matas (2002) refuerzan esta idea también y apuntan que la agresión sexual no responde a la expresión agresiva de la sexualidad, sino a la expresión sexual de la agresión masculina, que acontece un mecanismo de refuerzo de las relaciones desiguales de poder. Igualmente, Rita Laura Segato sostiene que la violación no es siquiera un acto sexual, fundamentado en

el deseo sexual y en la descontrolada libido de los hombres, sino que es un acto de poder, de dominación, es un acto político; un acto que se apropia controla y reduce a las mujeres a través de un apoderamiento de su intimidad. La autora señala que los hombres tienen la necesidad constante de reafirmar su masculinidad a través de distintas acciones, entre las que se encuentra la violencia sexual, y apunta que, mediante el control de los cuerpos y el acceso sexual a las mujeres, hay un poder que espectaculariza la masculinidad (2017).

Perder de vista esto puede llevarnos a entender la violencia sexual como una conducta de carácter erótico que tiene por fundamento la atracción sexual. Es decir, podemos correr el riesgo de entender las violencias sexuales, sobre todo en sus formas más sutiles, como el resultado «normal» de la sociabilidad entre sexos; olvidando con ello, que lo que constituye la finalidad de este tipo de conductas es el ejercicio del poder de los hombres sobre las mujeres.

La violencia sexual ha sido y es uno de los centros de análisis de la teoría y el movimiento feminista. Y a pesar de las diferencias de enfoque y/o matiz, un acuerdo en el discurso feminista ha sido la relación entre la desigualdad de género y la violencia contra las mujeres: la desigual distribución del poder entre mujeres y hombres ha sido entendida como la causa última (no necesariamente la inmediata y la más visible) de esta violencia, en tanto que otorga –y legitima– el control masculino (simbólico y funcional) sobre las mujeres (Vázquez, 2019). La clave de la violencia sexual no está en la sexualidad, sino en su relación con el poder, y la relevancia del contexto (estructura y organización social) es fundamental para entender todas las violencias basadas en el género y, en particular, las violencias sexuales.

A pesar de que los actos de violencia sexual, teóricamente, pueden ser cometidos por o contra cualquier persona, la gran mayoría de los perpetradores son hombres adultos, y se cometen principalmente contra las mujeres y las niñas. En la medida en que las violencias sexuales están relacionadas con la representación de formas generizadas de masculinidad/feminidad, los actos de violencia sexual no son nunca neutros en términos de género o sexo, están inmanentemente relacionados con la diferenciación de género y sexual. Estos actos están vinculados con las prerrogativas de la masculinidad sobre la feminidad, basadas en el parámetro de dominación (Pineda Lorenzo; Toledo, 2018: 13).

Esta perspectiva ha tenido un impacto más allá del movimiento feminista y ha conseguido un reconocimiento que se ha manifestado en conferencias y declaraciones a nivel internacional, especialmente en las últimas décadas (Pineda Lorenzo; Toledo, 2018: 10). Entre estas, la IV Conferencia Mundial sobre las Mujeres (Beijing, 1995), donde se reconoce que la violencia contra las mujeres «es una manifestación de las relaciones de poder históricamente desiguales entre hombres y mujeres, que han conducido a la dominación de la mujer por el hombre, a la discriminación contra la mujer y a la interposición de obstáculos contra su pleno desarrollo y que [...] es uno de los mecanismos sociales fundamentales por los que se fuerza a la mujer a una situación de subordinación respecto al hombre»⁶. Además, en esta misma conferencia se ratifica la Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer (ONU, 1993), que sostiene que la violencia contra las mujeres es «todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga o pueda tener por resultado un daño o sufrimiento físico, psicológico

6 Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer. ONU. Resolución de la Asamblea General 48/104 del 20 de diciembre de 1993, art. 1. A/RES/48/204.

o sexual para las mujeres, así como las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la privada».

No solo desde los grupos y colectivos feministas se entiende que la violencia sexual es una forma más de violencia de género, sino también desde los organismos internacionales, desde donde se pretende legislar. Así, el feminismo ha contribuido a crear un guion discursivo cada vez más difundido y que ha ganado peso en el ámbito institucional, logrando también promover cambios en las legislaciones existentes, que ponen de manifiesto que la violencia sexual tiene que ver con el control de una voluntad sobre otra a través de la sexualidad, y, por tanto, es reconocida como una forma de control. Sin embargo, aún queda por hacer a nivel legislativo, ya que gran parte de las violencias sexuales que sufren las mujeres en su cotidiano, sobre todo aquellas que no se corresponden con las definiciones jurídicas, no están recogidas en las leyes y no son vistas como violencias sexuales. Esto es de gran importancia, ya que las leyes no solamente penalizan y condenan los actos de violencia contra las mujeres, sino que también contribuyen a la construcción de un imaginario colectivo en torno a la violencia de género mucho más amplio, complejo y real. La sociedad necesita nuevas categorías en relación a la violencia sexual que permitan acabar con su normalización y reconocerlas como un agravio que va más allá del daño individual, ya que determina y condiciona a las mujeres de una manera colectiva.

2. Cosificación sexual de las mujeres, violencia simbólica y violencia sexual

La violencia sexual que las mujeres sufren tiene una relación directa con la cosificación sexual de sus cuerpos, y la cosificación a su vez, con el tratamiento deshumanizado que se les da en diferentes ámbitos (tratamiento periodístico, publicidad, cine, literatura, etc.). El hecho de deshumanizar a las mujeres, o sea de mostrarlas como objetos sexuales no pensantes, hace que se instale en el imaginario individual y colectivo la idea de que están a disposición de ser utilizadas cuando y como convenga, y, además, que ellas no tengan nada que decir. La difusión masiva de una imagen de la feminidad basada de nuevo en la asociación de mujeres y sexualidad, invisibilizando el resto de dimensiones e intereses que dan sentido a la vida humana, mantiene sin duda un imaginario social útil para justificar la no consideración de las mujeres como sujetos.

Susan Bordo señala que el sistema histórico dicotómico cuerpo/mente de ordenamiento de la realidad propio de la sociedad y cultura occidentales, ha determinado el cuerpo como algo separado del ser (alma, mente, espíritu, voluntad, creatividad, libertad), identificando a las mujeres como cuerpo (inscrito en la naturaleza por su determinismo biológico de reproducción), y en oposición a ellas, a los hombres como lo universalmente humano. Por ende, si el dualismo ha definido el cuerpo en negativo, y la mujer es cuerpo, entonces las mujeres son la negatividad (distracción del conocimiento, la seducción, la capitulación del deseo sexual, la violencia o agresión, etc.). En este sentido, la cultura occidental (sus imágenes e ideología) ha presentado el cuerpo de la mujer como tentación, ya sea como tentación intencionada (desde Eva hasta Sharon Stone en *Instinto Básico*), cuya representación es una mujer activa que atrae a los hombres de manera consciente a la excitación, ya sea como tentación inconsciente, en cuyo caso su cuerpo es visto como algo esencialmente provocativo. De esta manera, las mujeres son,

en definitiva, provocadoras y, por tanto, «invitantes cuerpos femeninos» culpables de los ataques sexuales, construcción que legitima popularmente la violencia sexual sobre ellas (1993).

La cosificación sexual de las mujeres ha sido estudiada desde el feminismo, siendo identificada como una forma más de violencia de género que emerge en el contexto económico concreto del capitalismo. Para Naomi Wolf, la cosificación de las mujeres comenzó a mediados del siglo XIX, en pleno auge de las sociedades industriales, con la conquista del espacio público por parte de las mujeres. Su incorporación al trabajo remunerado supuso una amenaza para el patriarcado, puesto que fomentó su emancipación (escolarización, acceso a la cultura y al espacio público, hasta el momento ocupados exclusivamente por hombres, autonomía económica, etc.), por lo que el propio sistema patriarcal desarrolló toda un arma política para el desempoderamiento de las mujeres, basada en la creación de un mito de belleza occidental inalcanzable (1990). Esta belleza inalcanzable supondría la insatisfacción permanente de las mujeres y la cosificación sexual de sus cuerpos, los cuales estarían calibrados por la mirada y el nivel de deseabilidad sexual masculina. Transformar los cuerpos de las mujeres en objetos sexuales para la satisfacción sexual de los hombres no solo es una herramienta perfecta de control, sino que legitima cualquier violencia que se ejerza sobre ellas en tanto en cuanto son cosas y no personas.

En la misma línea, Mercedes Expósito, en su libro *De la garçonne a la pin-up : Mujeres y Hombres en el siglo XX*, analiza cómo se produjo precisamente la transición en el imaginario colectivo del ideal de mujer independiente que había surgido con el sufragismo, el pacifismo, el aumento de la visibilidad de las mujeres como trabajadoras, e incluso con el arquetipo de la *flapper*, a un ideal prefabricado de «feminidad mediática» (2016:342), que a través de las pantallas colonizó el pensamiento de hombres y mujeres sobre lo que debía ser una mujer deseable. La autora apunta que este ideal se forjó en los años treinta con la *pin-up*,⁷ «la condensación metafórica de la esposa, la madre, la casa y el sexo» (2016: 381) que, a pesar de no esconder su dimensión sexual, parecía mucho más compatible con la sociedad patriarcal que la *garçonne*⁸ o la *flapper*.⁹ La proliferación mediática de la *pin-up*, según esta autora, acompañó un proceso de involución en la situación de las mujeres, en el que se volvieron normales en la publicidad y el cine las imágenes que reivindicaban una masculinidad basada en la superioridad y el dominio de las mujeres (2016: 354). Es decir, el nuevo arquetipo de mujer como objeto sexual seguiría siendo útil a la sociedad patriarcal, como lo fue el de ama de casa, en un nuevo contexto. Si el patriarcado moderno se consolidó por medio del confinamiento de la mujer a la esfera doméstica y del control del hombre sobre la mujer dentro de esta esfera, con el capitalismo, donde el sistema económico requiere de mujeres que trabajen fuera del hogar, además de dentro de él, la cosificación sexual, y la consecuente violencia sexual, funcionan como el principal medio de control masculino sobre las mujeres.

7 Término que comenzó a utilizarse para referirse a las fotografías, ilustraciones y postales en las cuales se mostraban mujeres en actitud sensual, sugerente o provocativa. Un nuevo modelo de belleza femenino que daba la espalda a la represión sexual y que estaba a disposición de la mirada masculina. La edad dorada del Pin-Up son los años 40, en plena II Guerra Mundial, donde los soldados desean tener calendarios y postales con los dibujos o las fotos de estas sensuales mujeres. E incluso muchos aviones, tanques y camiones militares lucieron en sus puertas las imágenes de estas mujeres exuberantes y provocativas.

8 Nuevo tipo de mujeres que reivindicando los derechos de la mujer y la igualdad de género adoptaron una figura andrógina, rebelándose contra los conceptos tradicionales y estrictos de la feminidad que había hasta entonces. Así comenzaron a aparecer siluetas más "masculinas", acompañadas del cabello corto y vistiendo esmoquin o traje y corbata.

9 Mujeres que desafiaron las convenciones sociales bebiendo, fumando, bailando, conduciendo y potenciando un tipo de belleza contraria a los cánones de la época. Desafiaron el ideal de belleza del momento, usando faldas cortas, no llevaban corsé y lucían un cabello corto. Usaban enormes cantidades de maquillaje y joyas, prácticas que por entonces estaban reservadas a las prostitutas. Se comportaban de forma contraria a lo que se consideraba en ese entonces socialmente correcto.

La llegada de los años sesenta y la revolución sexual que sacudió al mundo occidental en un contexto capitalista trajo consigo el auge de la cosificación sexual de las mujeres. Esto fue analizado por feministas radicales como Kate Millet y Sulamith Firestone. Ana de Miguel señala a estas dos autoras como las pioneras en poner de manifiesto los sesgos patriarcales y capitalistas de la nueva normativa sexual y sostiene que ambas coincidieron en señalar esta revolución sexual como el cambio social y político que trajo consigo una mayor cosificación y mercantilización de los cuerpos de las mujeres (2015: 20). Bajo la idea de la liberación sexual que trasgrede toda moral sexual occidental, y que parece igualar a los sexos, las mujeres pasaron a ser objetos sexuales y objetos de consumo ligados al mercado capitalista al servicio del placer masculino. Voces del feminismo actual, como Alicia Puleo (1992) y Ana de Miguel (2015), están de acuerdo en señalar la revolución sexual como el momento histórico donde la cosificación sexual e hipersexualización de las mujeres se acentúa bajo las nuevas estructuras patriarcales de un liberalismo económico y sexual, que invisibiliza este tipo de violencia de género. Un sistema en el que la reducción sexual de las mujeres aparece como forma de emancipación femenina (Menéndez, 2013: 258) y donde la carga sexual de la feminidad se contempla incluso como un activo explotable en términos económicos, siendo vista desde el concepto de capital «erótico». Esta fue una cuestión que no pasaría desapercibida entre las activistas, quienes no dudaron en denunciarlo a partir de acciones como: boicotear el concurso de Miss América poniendo una oveja a desfilarse, quemar públicamente revistas pornográficas en hogueras, hacer *performances* colectivas, etc.

El colectivo Las Mujeres de Boston, en su libro *Nuestros cuerpos, nuestras vidas*, apuntaron que las mujeres son posesiones de los hombres, las cuales son vistas como objetos sexuales pasivos, «listas para que las violen» (1977: 145). En palabras de Beatriz Gimeno, «el cuerpo que muchos hombres desean es un trozo de carne inerte, a veces ni siquiera es un cuerpo animado» (2019: 2). Esto lo vemos en el porno hegemónico donde las mujeres, y cuanto más jóvenes mejor, están absolutamente cosificadas como cuerpos pasivos que pueden hasta maltratarse. Los propios títulos de algunos de los videos más vistos en internet lo reflejan: *Pequeña jovencita recibe semen en la boca*, *Perra tramposa es descubierta y chantajeada por una buena cogida en su coñito*, *Colegiala adolescente recibe una gran polla como una campeona*, *Colegiala puta es follada por tres pollas negras*, *Pequeña adolescente destruida por dos pollas monstruosas*, etc. (Alario, 2018). Con el visionado de estas películas los hombres asumen como cierto que ser violadas es una fantasía sexual de las mujeres, aprenden que las mujeres no tienen voluntad o deseo sexual más allá de complacerlos a ellos, y adquieren el derecho de propiedad sobre sus cuerpos. Si al consumo de pornografía le sumamos la nula educación sexual y afectiva que proporciona el sistema educativo, nos encontramos con generaciones enteras que ven la sexualidad de forma completamente distorsionada. Las consecuencias son relaciones sexuales insanas, no satisfactorias y el aumento de la violencia sexual. Como bien destacó Jean Kilbourne (2009): «Ver a alguien como a un objeto es, casi siempre, el primer paso para justificar la violencia hacia esa persona».

Sabiendo que el 88% de las películas porno más populares contiene violencia física contra la mujer (Bridges, 2010), sucede que los individuos que ven porno violento o no violento de forma continuada, al final, son propensos a apoyar argumentos que promueven el abuso y la agresión

sexual hacia mujeres y niñas (Haid, G.M., Malamuth, N.M. y Yuen, 2010). Tras el análisis de treinta y tres estudios, se concluyó que la exposición tanto a pornografía violenta como a no violenta aumenta la conducta agresiva, incluyendo la perpetración de agresiones violentas (Allen, M., Emmers, T., Gebhardt, L. y Giery, M.A., 1995). No hay duda de que la cosificación sexual fomentada y normalizada por la pornografía desempeña un importante papel en el ejercicio de la violencia sexual contra las mujeres.

La consideración de las mujeres como objeto sexualizado y nada más está instalada en lo más profundo de nuestra cultura y de las subjetividades masculinas. Todos los artefactos culturales y simbólicos trabajan a favor de que esto no se rompa (Gimeno, 2019: 2). A través de la publicidad, el arte, la literatura, los medios de comunicación, el cine, etc., las mujeres se convierten en un objeto erótico al servicio de la mirada masculina y su imagen se construye al servicio de los que la consumen. Laura Mulvey señaló en su famoso artículo «Placer visual y cine narrativo», que «en su tradicional papel de objeto de exhibición, las mujeres son contempladas y mostradas simultáneamente con una apariencia codificada para producir un impacto visual y erótico tan fuerte que puede decirse de ellas que connotan «para-ser-miradabilidad» [to-be-looked-at-ness]» (1975: 370). Para Mercedes Bengoechea, la conversión de las mujeres en objetos visuales erotizados constituye uno de los mecanismos fundamentales de «aniquilación simbólica» de las mujeres. Para esta autora, este es un fenómeno que tiene como fin la inferiorización de todo el colectivo para garantizar su posesión y dominio, y que, por lo tanto, conlleva una carga indisoluble de denigración y humillación. Según Bengoechea, la cosificación «es un proceso sistemático por el que un ser sensible se deshumaniza, se reduce a una cosa, a un ser insignificante sin estatus social, se convierte en algo que se puede intercambiar, poseer, trocar, guardar, exhibir, usar, maltratar, disponer y desechar. Se da, por tanto, en estrecha conexión con la violencia de género, ya que produce prácticas culturales que preparan cognitiva, simbólica y metafísicamente para naturalizar la violencia, para encapsular a las mujeres en fantasías de víctimas manejables» (2006: 38). Brigitte Vasallo sostiene que para poder disponer de otra persona hay que deshumanizarla, hacerla irreconocible, exógena y alterizarla, lo cual se consigue a través de los mecanismos de cosificación desde las posiciones de poder (2017: 15).

El modelo hipersexualizado de mujer supone una clara discriminación simbólica, ya que constituye símbolos sociales basados en estereotipos que reducen, ocultan, menosprecian y distorsionan la realidad del conjunto de las mujeres. Además, promueve, legitima y justifica la violencia contra éstas (Galtung, 1990: 301). La violencia directa contra las mujeres no puede desvincularse del hecho de que exista una estructura ideológica de desigualdad de género que mantiene la discriminación de las mujeres como práctica estable (Verdú, 2018: 171).

Tal perspectiva también ha calado en las instituciones y la discriminación simbólica de género, y en particular la cosificación del cuerpo de las mujeres constituye una práctica denunciada por diversos organismos internacionales: está presente en las recomendaciones de la IV Plataforma de Acción de Beijing sobre medios de comunicación y publicidad y en Europa ha sido objeto de reconocimiento explícito en la Resolución del Parlamento Europeo A4-0258/1997, sobre la discriminación de las mujeres en la sociedad. En España, la Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de medidas de protección integral contra la violencia de género (BOE, núm. 313, de

29 de diciembre de 2004) o la Ley Orgánica 3/2007, de 22 de marzo, para la igualdad efectiva entre mujeres y hombres (BOE, núm. 71, de 23 de marzo de 2007), contribuyen a sensibilizar ante cualquier contenido, mensaje o imagen discriminatoria para las mujeres, y su importancia también es reconocida en la Ley 7/10, de 31 de marzo, General de Comunicación Audiovisual en su artículo 4.2 (BOE, núm. 79, de 1 de abril de 2010) (Verdú, 2018: 171).

Es clave hacer el análisis de este nuevo paradigma de la sexualidad desde una perspectiva de género que evidencie las relaciones de poder entre hombres y mujeres y ponga de manifiesto cómo el libre acceso al cuerpo de las mujeres es uno de los mandatos del patriarcado (De Miguel, 2015: 34). Las violencias sexuales son un pilar básico del sistema patriarcal y son la expresión de una relación de poder que se ejerce sobre el cuerpo de las mujeres, lo que otorga un significado simbólico de dominación íntima, profunda, a través del allanamiento de lo que se considera un componente esencial de la identidad: la sexualidad.

3. La hipersexualización de los cuerpos de mujeres racializadas

La violencia sexual es un fenómeno que pone de manifiesto las relaciones desiguales entre los géneros en el ámbito de la sexualidad, donde se expresan determinadas formas de ejercer la dominación, así como las correspondientes formas de resistencia o sumisión que las enfrentan. Pero no hay que olvidar que las desigualdades de género operan dentro del contexto de otros tipos de desequilibrio de poder (basados en la raza, la riqueza, la edad, etcétera) e interactúan con ellos.

El concepto de interseccionalidad fue introducido a finales de los años ochenta por Kimberlé Crenshaw (1989) como una forma de describir las interconexiones existentes entre raza y género. La autora mostraba cómo ni los estudios sobre género ni los referentes a la raza podían dar cuenta de la opresión de las mujeres negras en Estados Unidos, ya que su experiencia no era la suma de esas opresiones, sino una intersección concreta que conllevaba discriminaciones y violencias específicas. Sus contribuciones, enmarcadas en el Feminismo Negro norteamericano, seguían el intento de cuestionar el sujeto del feminismo, que se había construido sobre la idea de una mujer blanca, heterosexual y de clase media. Así, existe toda una corriente teórica feminista que relaciona las identidades raciales y el sexo, anclada fundamentalmente en los aportes de Feminismo Negro y las Teorías de la Interseccionalidad. En la actualidad, las investigaciones en ciencias sociales han empezado a explorar más directamente el tema de la sexualidad y el deseo sexual en el contexto de las relaciones racializadas.

Roger Bastide hizo un intento temprano en esta dirección, en su libro *Le prochain et le lointain*, donde se refería a la dimensión sexual del prejuicio racial. Planteaba que era justamente en el interior de las relaciones sexuales o del cortejo que las precedía, «en esos momentos privilegiados que parecen desafiar el racismo y redescubrir la unidad de la especie humana», donde se desliza el racismo, ya sea en forma encubierta o explícita. Así, sugiere que los encuentros sexuales interraciales no se dan a menudo en el respeto y la igualdad de los sexos, sino a partir de estereotipos sobre las mujeres negras como objetos de placer y presas fáciles para los hombres

blancos (1958). Esto se explicaría, desde su punto de vista, porque además del encuentro entre dos cuerpos, se produce un encuentro de personas sociales dotadas cada una de ellas de memoria colectiva (Viveros, 2008: 188).

Mary Lilia Congolino, en su artículo «Mujeres negras ¿Mujeres candentes? Un análisis de los estereotipos sexuales en un grupo de universitarias de Cali-Colombia», apunta que dentro de los procesos de discriminación establecidos históricamente a través de construcciones jerárquicas etnicoraciales, y mediante las desigualdades de género, las mujeres negras, en particular, han participado de situaciones específicas de trato y valoración asociadas a su «predisposición sexual» (2009: 2). Para dar constancia de esto, ofrece algunos registros históricos del siglo XIX en los que se muestra cómo la mujer negra del siglo XVIII es construida en los imaginarios y representaciones de la época, como una mujer sin escrúpulos en su comportamiento sexual:

«Se la ve ante todo como objeto apropiado a la apetencia y los deseos físicos del hombre, sea blanco, negro o mestizo. En fin, ella es la amante por excelencia. En cambio, pocos presentan a la mujer de color como amada, digna de ser esposa del hombre y la señora de su hogar. Hay que concluir, entonces, que este papel está reservado para la mujer blanca a quien se la identifica con la castidad, la pureza y la virginidad intocable. Como reza un dicho popular la blanca para esposa y la negra para moza» (Prescott, citado en Morales Villegas, 2003: 27).

Las valoraciones y condicionamientos de las sexualidades de las mujeres negras se revirtieron en estereotipos como resultado de las condiciones particulares de la expansión colonizadora y de la hegemonía masculina europea. En el mundo contemporáneo estos precedentes se instauran bajo denominaciones que esencializan el comportamiento sexual de los sujetos, despojándolos de su subjetividad y reflexividad (Congolino, 2009: 5).

Úrsula Santa Cruz argumenta que los cuerpos de las mujeres racializadas siguen viviendo los efectos históricos de la colonialidad, haciendo que sufran una violencia sexual específica propia de la intersección entre la raza, la clase, el género y la sexualidad. Y advierte que asumir que el patriarcado es el sistema de opresión común a todas las mujeres es negar los efectos sociales e históricos del racismo sobre el cuerpo de las mujeres racializadas afectadas por la colonialidad. Así, para la autora, el racismo es un sistema estructurador de dominación que se expresa en los imaginarios, las subjetividades, las representaciones y las distintas violencias en los cuerpos de las mujeres racializadas, y que hace que unos cuerpos sean más violentados que otros (2017: 31).

Los estereotipos y mecanismos del racismo sexualizado y el sexismo racializado operan para vincular a las mujeres negras y latinas con la hipersexualización y la disponibilidad sexual (Hellebrandivá, 2013: 92). De hecho, para el imaginario occidental, el sexo se ha convertido en uno de los rasgos que definen el ser negra y latinoamericana. Así, los estereotipos que recaen sobre ellas como mujeres calientes las estigmatizan, las fetichizan y las vulneran, haciéndolas víctimas de una violencia sexual específica. Podríamos advertir además que, con este imaginario occidental, la violencia sexual que recae sobre las mujeres racializadas quedaría legitimada

bajo estos estereotipos, que las convierten en mujeres naturalmente sexuales al servicio de los hombres que las desean sexualmente.

4. La cultura de la violación y la aceptabilidad social de la violencia sexual contra las mujeres

Hablar sociológicamente de sexualidad obliga a ir más allá de los contenidos biológicos de la misma para incorporar en el análisis aquellos aspectos del orden social y de género que visibilizan el campo donde las prácticas sociales en relación a la misma son producidas. Para ello, creamos conceptualizaciones como «la cultura de la violación», que nos permite abordar desde una perspectiva estructural el problema social de la violencia sexual que las mujeres sufren cotidianamente.

Instaurar la violencia sexual como una herramienta de dominación patriarcal requiere de un contexto que lo legitime y normalice. La teoría y movimiento feminista acuñó el concepto de la cultura de la violación en los años setenta para explicar de qué manera se normaliza este ejercicio sistemático de la violencia sexual por parte de los hombres.

Según el Marshal University Women's Center, la cultura de la violación es «el entorno en el cual la violación ostenta una posición preponderante y en el cual la violencia sexual infligida contra la mujer se naturaliza y encuentra justificación tanto en los medios de comunicación como en la cultura popular. La cultura de la violación se perpetúa mediante el uso del lenguaje misógino, la despersonalización del cuerpo de la mujer y el embellecimiento de la violencia sexual, dando lugar a una sociedad despreocupada por los derechos y la seguridad de la mujer» (en Vasallo, 2017: 14).

La cultura de la violación es la manera en que la sociedad se manifiesta hacia la violación y otros tipos de violencia sexual, bajo un prisma de aceptación validado social y culturalmente. La cultura de la violación comprende prácticas culturales concretas como: la culpabilización de la víctima por su indumentaria o estado de embriaguez; la desresponsabilización del agresor por haber cometido la agresión bajo los efectos del alcohol; la preponderancia de discursos biologicistas que relacionan los impulsos sexuales irrefrenables de los hombres con el ejercicio de la violencia sexual (construcción de la identidad masculina en relación con la sexualidad); el tratamiento de la violencia sexual en los medios de comunicación y en los productos culturales; la tolerancia en torno a las bromas que trivializan la violencia sexual; los hábitos de compartir videos y fotos en redes sociales que muestran violencia sexual; la normalización del acoso callejero; la falta de credibilidad y el cuestionamiento que las mujeres sufren cuando deciden denunciar la violencia sufrida (victimización secundaria); la prevalencia de un discurso social centrado en decirle a las mujeres qué medidas tomar para no ser violadas, en vez de decirles a los hombres que no violen; la constante cosificación sexual de las mujeres; la tendencia a patologizar a los agresores sexuales; definir la masculinidad como dominante y sexualmente agresiva, y la feminidad como sumisa y sexualmente pasiva (opuestos contrarios pero complementarios); y la erotización de la violencia sexual en la pornografía patriarcal, entre otras.

Emile Buchwald en su libro *Transforming a Rape Culture* (1993) señala que, bajo esta cultura de la violación, ciertas violencias sexuales se ven como algo sexy, y la sexualidad se confunde con algo muy cercano a la violencia. En esta misma línea, Bárbara Tardón y Jesús Pérez señalan que la cultura de la violación normaliza la violencia sexual como innata a los deseos sexuales, convirtiendo la violencia en erotismo y omitiendo una educación sexual en las aulas que, por efecto desencadenante, promueve la alternativa de la pornografía *mainstream* patriarcal y violenta adulta como única escuela de aprendizaje (2016). Por otro lado, los juegos de seducción intersexual, bajo el modelo imperante de amor romántico, también juegan un importante papel en la erotización de la violencia sexual. Dicha seducción patriarcal, marcada por la oposición binaria de lo masculino y lo femenino (hombre-activo-agresivo/mujer-pasiva-apocada), y los consiguientes y antagónicos roles de género seductivos, legitiman el ejercicio de ciertas violencias sexuales por parte de los hombres (sobre todo las aparentemente más sutiles) por ser entendidas como parte del «manual de las artes amatorias».

La cultura de la violación encierra todo un prisma de actitudes, prácticas y comportamientos que toleran y avalan la violencia sexual. Bárbara Tardón y Jesús Pérez señalan que la cultura de la violación, por tanto, hace referencia a toda la estructura que justifica, alimenta, acepta y normaliza la existencia de la violencia sexual, siendo una forma de violencia simbólica, como diría Bourdieu, que tiene un efecto sedante, ya que, al estar tan aceptada, pasa desapercibida por la inmensa mayoría. Sin embargo, es la que permite que la violencia directa se produzca (las violaciones, los acosos, los abusos, la tortura sexual...) (2016).

5. El terror sexual como arma de opresión de las mujeres

Los discursos que propagan el terror sexual son aquellos que ponen el foco en la actitud de las mujeres para evitar ser violadas, en lugar de poner el acento en los agresores para que no violen. Son aquellos discursos que insisten en el «ten cuidado», «no bebas mucho», «no lleses esa minifalda», «no vuelvas sola a casa», «no vayas por esos sitios», etc. Son los relatos que generan en las mujeres un miedo desproporcionado a la violencia sexual en el espacio público, lo cual les conduce a la falta de libre movimiento en dichos espacios, ocupados históricamente por los hombres, y, por tanto, a la reclusión en el espacio doméstico. En definitiva, el terror sexual es un mecanismo más de control sobre el cuerpo de las mujeres, que forma parte del proyecto político de la violencia sexual. Como sostiene Nuria Barjola, los mecanismos de transmisión son muchos y difusos: en la escuela, en casa, en el grupo de amigas y amigos. Ellas son orientadas desde pequeñas a tener precaución y a una clara orientación heterocentrada de sus cuerpos. La autora argumenta que el terror sexual no está inscrito en el cuerpo de las mujeres por la existencia de hechos aislados o excepciones que generan miedo, amenaza y peligro en momentos puntuales, sino por la incorporación del relato y los significados acerca de la violencia sexual, que docilizan su cuerpo y sus conductas (2018: 229-232).

De hecho, distintas autoras han trabajado el riesgo y el miedo en contextos específicos de espacio público tan dispares como Tanzania, El Cairo, Guatemala o Recife (Evans, 2006; Koning, 2009; Winton, 2005 y Gough y Franch 2005, respectivamente), y las narrativas expuestas implican, como señala Rachel Pain, dos paradojas: una sería que las jóvenes no sufren tantos ataques

¹⁰ Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer. ONU. Resolución de la Asamblea General 48/104 del 20 de diciembre de 1993, art. 1. A/RES/48/204.

como el nivel de miedo a la violencia podría hacer suponer; y la otra, que es erróneo el lugar donde sitúan la violencia, puesto que la mayoría de agresiones a las mujeres se dan en el espacio privado o doméstico (Pain, 2001).

María Rodó-de Zárate y Jordi Estivill i Castany constatan en el informe *¿La calle es mía? Poder, miedo y estrategias de empoderamiento de mujeres jóvenes en un espacio público hostil* que las jóvenes viven el espacio público como un espacio más hostil e inseguro que ellos. Lo hacen de forma mucho más prolongada durante su vida, más permanente e intensa, y tiene unas consecuencias emocionales y de restricción de su libertad incomparablemente mayores que las derivadas de la experiencia de los hombres jóvenes. Asimismo, las mujeres describen su miedo como miedo potencial a los hombres, miedo a que un hombre les pueda hacer «algo». A su vez, los hombres que explicitan un cierto miedo o tensión por el posible riesgo de ser violentados dirigen ese miedo a otros hombres, con unos rasgos o características que ellos identifican como los de sus posibles agresores. Pero hay hombres que por sus características (físicas, edad, etnicidad...) no sienten miedo de nadie, no sienten esa vulnerabilidad. A su vez, nadie siente miedo de las mujeres, ni siquiera unas de otras. El hecho de que un hombre nunca tema a una mujer redobla la propia vulnerabilidad que sienten las mujeres de sufrir una agresión porque se perciben indefensas, y a ellos les otorga mayor sensación de poder e impunidad, porque sienten que nunca serán violentados por una mujer. Se evidencian, pues, claras relaciones de poder y privilegio intra e intergénero. Es lo que podemos llamar la relación (transversal) unidireccional del miedo: todas y todos temen a los hombres (Rodó-de Zárate y Estivill i Castany, 2016: 59).

El terror sexual sería, por tanto, una estrategia patriarcal para la domesticación de las mujeres y el control de sus cuerpos, que se convierte en autocontrol cuando integran el mandato y, por miedo a ser violadas, renuncian a viajar, a salir de fiesta, a tener sexo y a vestirse como les plazca. La narrativa del terror sexual se inculca a las mujeres con diversas estrategias, entre ellas la culpabilización de la víctima –por lo que hizo, por sus costumbres, por sus vestidos–, poniendo el foco en ella, en lo que debería hacer para evitar una agresión que se supone inevitable, pero que, a la vez, se presenta como excepción; porque, si no lo fuera, la sociedad tendría que admitir que vivimos en una sociedad machista en la que la violencia sobre el cuerpo de las mujeres no solo es cotidiana y constante, sino que es un elemento estructurante de la sociedad.

6. Violencia sexual y ocio nocturno

Desde hace sobre todo dos décadas han aumentado los datos que alertan de la violencia sexual durante el ocio nocturno puesto que, en palabras de Pilar Mayo «algo hace pensar que el territorio festivo se amplía al cuerpo de las mujeres» (en Valdés, 2018: 45).

El estudio *Mujeres, Drogas y Fiesta. Una investigación orientada a la acción* nos proporciona una idea de con qué frecuencia las mujeres sufren la violencia sexual en contextos de ocio nocturno y en qué forma, por parte de quiénes según el tipo de relación con el agresor, y en qué lugar. El estudio concluye que en un contexto de fiesta las mujeres han sufrido las siguientes formas de violencia sexual: un 68,4% gestos o miradas obscenas, un 68,6% insinuaciones incómodas, un 44,9% tocamientos no deseados, un 33,9% conversaciones intimidatorias, un

20,4% acorralamientos intimidatorios, un 12,1% presiones para realizar actos sexuales que finalmente no se han llevado a cabo, un 3,8% presiones para realizar actos sexuales a los que se ha cedido a pesar de sentirse incómoda, un 2,9% obligaciones de participar en actos sexuales no deseados (agresión sexual o intento frustrado), y un 15,5% dice no haber sufrido ninguna de las situaciones anteriores. Al analizar el tipo de relación que tenían con la persona agresora, concluyen que el 39% de las mujeres no conocía de nada a su agresor, el 23% sostiene que era una persona que conocía de vista, el 23% la conocía de fiesta, el 10% decía ser una persona cercana y/o amiga y el 5% dice haber sido su pareja. Y en relación al lugar donde las sufren habitualmente concluyen que el 64,1% de las agresiones se produjeron durante la fiesta, el 30,4% de vuelta a casa y el 5,4% de camino a la fiesta.

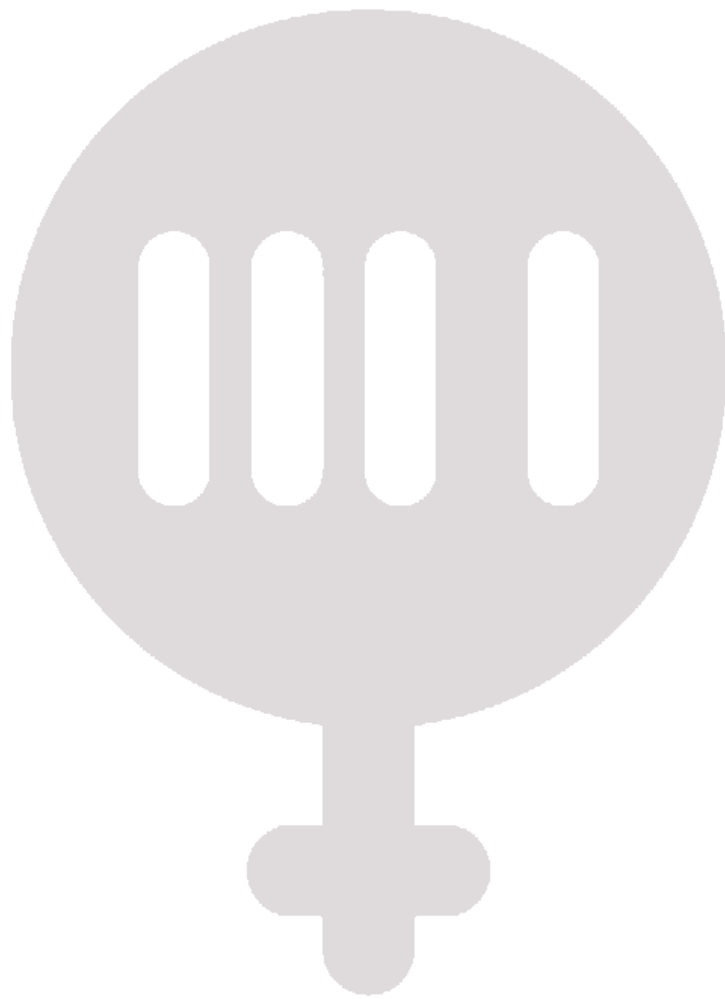
Otro de los estudios que alertan sobre el aumento de la violencia sexual en contextos de ocio nocturno es el *5º Informe Noctámbul@as*, basado en la realización de 15.000 encuestas a nivel nacional. Este informe concluye que el 97% de las mujeres entrevistadas ha soportado comentarios incómodos cuando ha salido de fiesta, un 86% ha recibido insistencias ante sus negativas, un 82% ha padecido tocamientos no deseados, un 44% se ha visto acorralada, un 42% ha sufrido tocamientos y forcejeos, un 17% ha sufrido una violación con penetración y sin uso de fuerza, y un 5% ha sido violada con penetración y con uso de fuerza (2018: 74-76). Estas cifras no hacen más que poner de manifiesto la frecuencia y la masividad con la que las mujeres sufren el amplio espectro de violencias sexuales más normalizadas y legitimadas en la sociedad patriarcal. En este mismo informe, advierten que los jóvenes no son conscientes de ser agresores, dándose el fenómeno de lo que las investigadoras llaman los «agresores fantasma», esto es, la desidentificación de los hombres con el ejercicio de la violencia sexual (2018: 14). Asimismo, advierten que a esta falta de identificación y reconocimiento por parte de los hombres, hay que añadir otras cuestiones que nos permiten comprender la normalización de la violencia sexual: en primer lugar, la idea del «todo vale», «estas cosas pasan» o «no es para tanto», lo cual hace que los agresores caigan en la impunidad; en segundo lugar, el modelo de «ligoteo» con base en los ideales del amor romántico y de la violencia de género, que espera y justifica los objetivos de «cacería» nocturna; en tercer lugar, el contexto de fiesta grupal y el efecto de la camaradería propia de la masculinidad hegemónica; y en cuarto lugar, los espacios nocturnos de ciertos ambientes amplifican aún más el imaginario del «ligoteo» y la «cacería» a través de la promoción de la sexualización de los cuerpos de las mujeres (2018: 15).

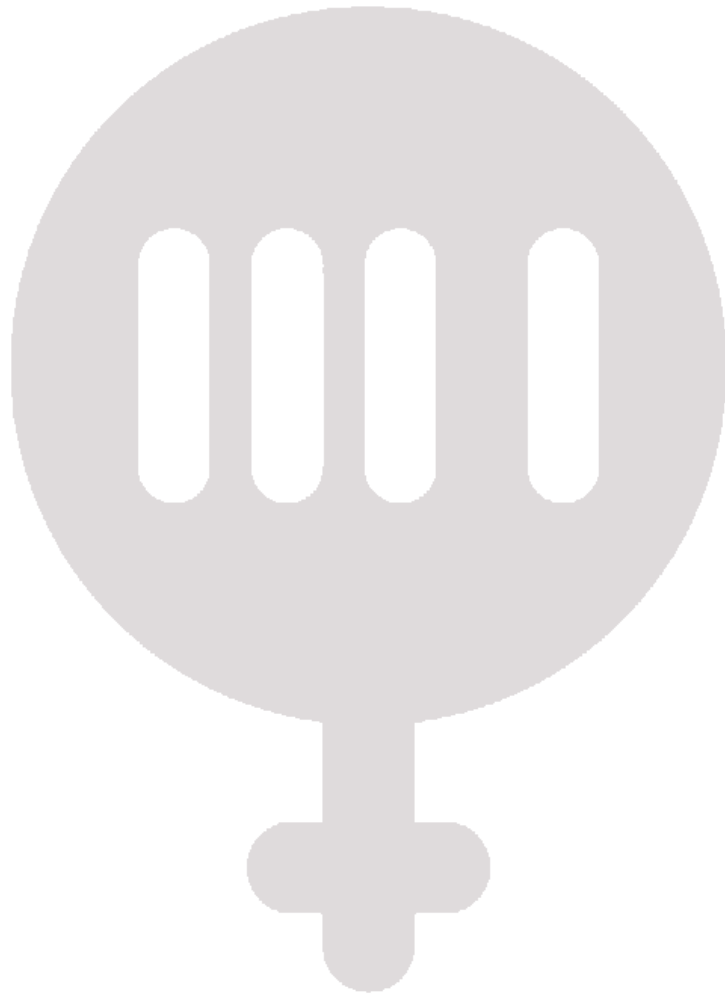
Este mismo informe analiza los espacios concretos donde las mujeres sufren las violencias sexuales en mayor y menor medida, y apuntan que las mujeres señalaron el espacio de ocio donde se desarrollaba la fiesta como principal espacio de agresiones. El segundo espacio-tiempo donde las participantes han situado la violencia es andando solas por la calle y de noche. Un 7,5% de las mujeres dice sufrirla siempre, un 16,9% muy a menudo y un 22,1% algunas veces. Es decir, es bastante frecuente que las mujeres se sientan violentadas cuando van solas por la calle en un contexto de ocio nocturno. Después de la fiesta parece ser también un momento crítico. El 4,4 de las mujeres dice haber sufrido violencias sexuales después de la fiesta siempre, y el 17,1% muy a menudo. Por este motivo, se puede concluir que la violencia en el ocio nocturno no solo se da en el mismo contexto de fiesta, sino que abarca un tiempo que va más allá de la realización de la fiesta (2018: 77).

El estudio *Violencia de género e interpersonal en los contextos recreativos de ocio adolescentes*, llevado a cabo por la Universidad de Granada (UGR) y la de Castilla-La Mancha (UCLM), sustenta estas consideraciones y advierte que los contextos de ocio juvenil, precisamente en esta etapa evolutiva, cumplen un rol esencial en la construcción de las relaciones y de la identidad, también en su dimensión de género, y a su vez son utilizados como espacios donde se tantean los límites mediante comportamientos de riesgo diversos, como pueden ser el consumo de drogas, las conductas sexuales de riesgo, la violencia o un mal uso de las TIC. Bajo estas premisas, se estudió la violencia interpersonal y de género en los contextos recreativos de ocio juvenil, y se concluyó que en estos espacios se dan múltiples formas de violencia sexual que están normalizadas en un contexto machista y patriarcal. El estudio realizó veintiséis entrevistas en profundidad a once mujeres y quince hombres, con edades comprendidas entre los 16 y 22 años, y entre los discursos destacados están las quejas de las mujeres jóvenes, quienes sostienen que las acosan e intentan ligar con ellas de forma agresiva cuando están de fiesta. El estudio también señala que son espacios donde existe mucha presión hacia la sexualidad y donde lo que para ellas debiera ser un espacio de libertad se convierte en un lugar de presión y de violencia de género. Las investigadoras plantean que ante esta situación es necesario, entre otras medidas, intensificar las estrategias preventivas y la educación cívica, llevar las campañas contra las agresiones sexistas a estos espacios habituales de ocio y revisar las medidas de control y seguridad, así como la respuesta jurídico-penal y la práctica judicial al respecto (2019).

La cultura de la violación normaliza las diversas formas de violencia sexual que las mujeres sufren en contextos de ocio nocturno, sobre todo por ser entornos sexualizados (la noche entendida como espacio de experimentación sexual donde «todo vale»), y relacionados con el consumo de alcohol y otras drogas que las justifican. De hecho, el mito del consumo de alcohol y otras drogas como causante de la violencia sigue teniendo gran calado en nuestra sociedad. Según la primera encuesta de *Percepción Social de la Violencia Sexual* elaborada por el Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad en 2017, el 50% de los hombres y el 45,6% de las mujeres españolas consideran que el alcohol es «a menudo» el causante de una violación, y que exime en parte al agresor el hecho de estar bebido. Asimismo, un 15% considera que la víctima tiene parte de culpa «por haber perdido el control» si está borracha.

Como explica Nerea Barjola, el espacio público es, por excelencia, el lugar de vigilancia sobre el cuerpo de las mujeres. En este espacio público, la sexualidad y las actitudes de las adolescentes estarán sujetas a un constante escrutinio y castigo. Desde la infancia, la sexualidad de las mujeres es construida en oposición a la de los hombres y está impregnada de significados que asientan las bases del riesgo y la amenaza (2018: 232). En los contextos de ocio nocturno, como parte del espacio público, el cuerpo de las mujeres queda colonizado, ocupado en el sentido de invadido y arrebatado por el control de los hombres.





ANÁLISIS GRUPOS TRIANGULARES

USO DIFERENCIAL DEL TIEMPO DE OCIO NOCTURNO ENTRE MUJERES Y HOMBRES

Quisimos comenzar el análisis constatando si existía alguna diferencia entre mujeres y hombres en el uso del tiempo de ocio nocturno. Partíamos de la idea de que sí existe tal diferencia, puesto que el uso del tiempo, en cualquier ámbito del sistema patriarcal, tiene una estrecha relación con las diferencias de género.

Una de las primeras diferencias que apuntan las mujeres, basándose en sus experiencias, es la diferencia que hacen del uso del tiempo de ocio nocturno hombres y mujeres. Apuntan que los hombres cuando salen por la noche lo hacen fundamentalmente para ligar, siendo esta su principal fuente de diversión; mientras que las mujeres, aunque también pueden tener tal objetivo, no es el central, y salen primordialmente para disfrutar con sus amigas y amigos. Esta diferencia de género viene marcada por la heteronormatividad androcéntrica y patriarcal que socializa a los hombres como sujetos activos en el plano sexual:

«Las mujeres solemos salir de fiesta por despejarnos, que bueno, no todas, y por pasar un rato con nuestras amigas y los chicos pues suelen ir más a tipo ligoteo y esas cosas». (GTMV2)¹¹

«Yo al menos siempre salgo para divertirme y tal, pero (...) los chicos van como al cacerío totalmente». (GTMV1)

Aunque esta diferencia de género en el uso del tiempo de ocio nocturno fue señalada prácticamente por todas las mujeres participantes de la investigación, algunas de ellas advirtieron que muchas mujeres salen de fiesta con la única intencionalidad de ligar. Se reivindican como sujetas activas en la búsqueda de placer sexual y rompen con el estereotipo femenino de la mujer pasiva y puramente emocional:

«Estamos en edad, somos jóvenes (...) pues las hormonas ¿sabes? Están al borde de piel, entonces obviamente ves a una persona que físicamente te atrae y ¡ostras! (...) Que no tenemos ningún tipo de problema ni vergüenza». (GTMV1)

De hecho, hablan de la «putivuelta» como una de sus estrategias de ligoteo: «consiste en llegar al local, discoteca, concierto que llegues y dar una rondita a ver si ves algo que te gusta, que te apetece, con quién hablar, con quién tontear». Pero esta «**vuelta de reconocimiento**», la cual es llevada a cabo tanto por mujeres como por hombres, solo es denominada como «putivuelta» cuando la hacen las mujeres. Se refuerza así el estigma de mujer «puta» cuando ellas se muestran activas sexualmente:

¹¹ Consultar nomenclaturas en Anexo 1

«Yo nunca he oído que entre ellos se digan: “oye tío, vamos a dar una putivuelta” (...), pero sí que van a dar una vuelta igualmente». (GTMV1)

Por otro lado, al analizar cómo mujeres y hombres hacen uso del tiempo de ocio nocturno, vimos muy claramente a partir de sus relatos cómo, cuando las mujeres salen de fiesta, sufren una usurpación del tiempo propio, como sucede en otros ámbitos del sistema patriarcal (ámbito doméstico). La idea de que en dicho sistema las mujeres son *seres-para-otros* también se refuerza en el constante acoso sexual que los hombres ejercen sobre ellas en los contextos de ocio nocturno, apropiándose de su espacio y tiempo:

«Desde que entran hasta que salen de la discoteca (...) son comentarios y actitudes todo el rato, o sea, constantemente». (GTMV2)

El disfrute del tiempo propio de mujeres y hombres en los contextos de ocio nocturno tiene mucho que ver con la permanencia de los roles de género y, con ello, con la existencia de una relación de poder; donde los hombres, en su papel de sujetos activos sexualmente, se dedican a acosar incesantemente a las mujeres, a las cuales les exigen que estén disponibles sexualmente para ellos.

IDENTIFICACIÓN DE LAS VIOLENCIAS SEXUALES QUE LOS JÓVENES EJERCEN EN CONTEXTOS DE OCIO NOCTURNO

1. Las violencias sexuales aparentemente más sutiles

El hecho de ver si eran capaces de identificar las distintas formas de violencia sexual, máxime las aparentemente más sutiles, era de gran relevancia; ya que consideramos que su identificación es clave tanto para las mujeres que la sufren como para los hombres que la ejercen, sobre todo para estos. La normalización de ciertas violencias sexuales tiene una estrecha relación con su categorización.

Con respecto a la identificación de las violencias sexuales, hemos observado ciertas diferencias entre mujeres concienciadas en materia de violencia sexual, mujeres todas ellas que se reconocen como feministas, y mujeres sin conciencia de género o feminista. Estas diferencias son relevantes para la interpretación y el abordaje de las mismas.

Según las mujeres concienciadas participantes en nuestra investigación, las violencias sexuales conforman todo «*un rango de situaciones enormes*», que incluye: «*miradas, gestos, comentarios y acciones, pegar, tocamientos de pelo, tocar culos, meter mano, agarrar la coleta, ponerse pesado, quedarse pegado todo el rato, agarrar y tirar de ti, llevarse a la chica borracha, querer meterte en el coche, besarte cuando estás a punto de vomitar, amenazas, etc.*». Todas estas son claramente identificadas por las mujeres concienciadas como violencia machista, pero no por las mujeres no sensibilizadas. Así, el nivel de conciencia feminista de las mujeres se muestra como

una variable claramente determinante para la identificación de todo este rango de violencias sexuales en general, y de las violencias aparentemente más sutiles en particular. Violencias, estas últimas, identificadas como tales tras una toma de conciencia feminista que les ha permitido no normalizarlas. De hecho, dentro de este abanico de violencias que mencionan, reconocen, por ejemplo, en la insistencia por parte de los hombres para entablar una conversación, una violencia explícita y no una conducta lógica entre sexos, como el sistema patriarcal les ha hecho creer. Asimismo, esta toma de conciencia no solo les ha servido para identificar las diferentes formas de violencia sexual, sino para codificarlas como una intromisión indeseada del espacio, tiempo, energía y cuerpo de las mujeres, que les conduce a la crítica, indignación, negación y empoderamiento:

«[El feminismo me ha servido para...] ser consciente de que eso es violencia y que no tengo por qué aceptarla, y te puedo decir no y estoy en mi derecho de decirte que no. Y si no me apetece mostrar interés, no te muestro interés y es que no tengo que hacerlo porque se da por supuesto que tengo que estar escuchándote (...), que no me apetece hablar contigo (...). A mí, en ese sentido, me ha servido como forma de conciencia y también para empoderarme, en el sentido de decir: es que no me da la gana». (GTMV1)

Identifican claramente la insistencia como acoso sexual y un acto de cacería por parte de los hombres, y no como una forma de ligar, como el patriarcado categoriza. Sostienen que solamente se puede entender que se está ligando cuando la otra persona está receptiva y le apetece entablar esa conversación:

«Quienes siguen, aunque les digas que no, o, aunque veas que la otra persona no está receptiva contigo y entonces se pasan (...), parece que vayan más de caza que otra cosa y acosan. (...) Quienes ligan: esta chica me ha dicho que no, bueno, pues me giro y sigo bailando con mis amigos o ya me encontraré a otra chica que me guste y pueda intentar hablar con ella, si ella quiere hablar conmigo». (GTMV1)

Asimismo, entienden que las violencias aparentemente más sutiles, como los gestos o comentarios, son graves al analizarlas desde su mirada feminista. Se aprecia que las mujeres tienen cada vez más claro que la gravedad del acto no está exclusivamente relacionada con el uso de la fuerza física, sino con el orden simbólico:

[Sobre los gestos] «Es que depende porque un gesto se sobre entiende como que es menos grave, pero si luego lo analizas es que es grave ¿sabes?». (GTMM)

- *[Sobre los piropos]*
- *Mujer 2: Es que es como si fueran piropos vacíos, o sea, ganchos...*
- *Mujer 3: Pero es que no es tan fácil, porque hay una carga sexual detrás que flipas.*
- *Mujer 2: Claro, claro, o sea, vacíos en el sentido del sentido del piropo, en el sentido de halagar de verdad, o sea, no estás halagando nada, simplemente me estás sexualizando y lo utilizas como gancho. (GTMM)*

Sin embargo, las mujeres no concienciadas entienden que ciertas actitudes, como la insistencia por parte de los chicos, siempre y cuando no se muestren «babosos», son normales dentro de las relaciones heterosexuales en los contextos de ocio nocturno, donde las violencias sexuales son consubstanciales al ambiente señalando, que «el mundo de la noche es así». De hecho, muchas de las violencias sexuales no son identificadas como tales por entender que para que estas se den tiene que haber intimidación, violencia explícita y uso de la fuerza física. No las ven en ciertos comportamientos machistas verbales y no verbales, calificados simplemente como situaciones de «agobio», que tienen bastante normalizadas. De hecho, al preguntarles si han sufrido violencia o acoso sexual en algún momento, responden negativamente, pero al mismo tiempo reconocen haber sido objeto de miradas, comentarios y tocamientos de carácter sexual. Esto responde a la construcción patriarcal de un imaginario sobre la violencia sexual que entiende que esta es únicamente un acto agresivo que mediante el uso de la fuerza física impone a la persona una conducta sexual en contra de su voluntad. Este imaginario patriarcal convierte otras violencias sexuales en conductas normalizadas ante los ojos de las mujeres:

- *Entrevistadora: ¿Habéis sufrido alguna situación de acoso?*
- *Mujer 1: No.*
- *Mujer 2: De acoso ¿de qué tipo?, ¿en plan...?*
- *Entrevistadora: Acoso por parte de los chicos cuando salís por la noche.*
- *Mujer 2: No.*
- *Mujer 3: Acoso así fuerte, no. A mí lo que sí que me ha pasado es (...) lo de siempre; miradas, comentarios, algún que otro tocamiento.*
- *Mujer 2: Acoso fuerte, fuerte, no.*
- *Entrevistadora: Cuando decís acoso fuerte, fuerte ¿qué es?*
- *Mujer 3: Que te cojan, no te puedas soltar y te lleven al cuarto de baño y ahí ya, pues... Aunque no te hagan nada, pero ya el simple hecho de que te cojan y te lleven pues...*
- *Entrevistadora: Vale. O sea, que entonces, lo de las miradas y tocamientos, o sea, el toque del culo, eso estaría como dentro de algo más light ¿no? O sea, más...*
- *Mujer 1: Sí.*
- *Mujer 2: Es agobio.*
- *Mujer 3: Es agobio.*
- *Mujer 2: Y ya está. Si ya va a más, pues ya.... (GTMV2)*

El hecho de que las violencias sexuales aparentemente más sutiles, como la insistencia, no sean identificadas como formas de violencia sexual y sean normalizadas no las exime de que se aprecien en ellas actos de dominación masculina. De hecho, tanto las mujeres concienciadas como las no concienciadas apuntaban con contundencia que lo que hay detrás de la insistencia es un refuerzo de la masculinidad ante sí mismo y frente al grupo de iguales:

«Si tarda mucho en conseguir que hable contigo pensaré, se ha hecho la dura y lo he conseguido, ¡qué macho que soy!». (GTMV2)

«A ver, es que a veces que igual es para hacerse los graciosos con sus amigos o... en plan, chulearse, en plan de “mira lo que voy a hacer a esta chica, voy a meterme en el círculo”, cosas así, aunque luego no tengan intención de ligar. Pero eso que, igual lo del círculo pues igual resulta que miras para atrás y están todos sus amigos riéndose y diciendo “qué hace”, se cree gracioso ¿sabes? No sé, también los amigos es mucho de eso, mira lo podía hacer y cosas así». (GTMB)

Como estamos viendo a través de los discursos de las mujeres jóvenes, a pesar de que la sensibilización en materia de violencia sexual desde una perspectiva feminista está calando en muchas de ellas, no son todas las que ven, en ciertas actitudes machistas como la insistencia, los piropos y las miradas por parte de los hombres, violencias sexuales y, más aún, si se dan en contextos de ocio nocturno, donde se desdibujan por ser inherentes al ambiente. La violencia simbólica ha operado para normalizarlas e incluso naturalizarlas, cegando a las mujeres ante sus propias opresiones. Mujeres y hombres aprenden en el sistema patriarcal que las violencias sexuales son actitudes propias en los juegos de seducción romántica de los sujetos activos-hombres hacia los sujetos pasivos-mujeres, lo cual la convierte en una *violencia amortiguada, insensible e invisible para sus propias víctimas, las mujeres*. La seducción arraigada en la cultura patriarcal está marcada por la oposición binaria de lo masculino y lo femenino, lo cual implica no solo la existencia de roles seductivos diferentes, sino también una puesta en juego desigual, donde las mujeres aprendemos que ciertas actitudes de los hombres son tolerables en tanto en cuanto responden a los roles de género en un marco de relaciones heterosexuales y heteronormativas.

2. Las violencias sexuales no tan sutiles

Cuando las mujeres hablan de una violencia sexual grave, lo hacen fundamentalmente en términos de agresión sexual. A pesar de que la violación se presenta como la primera referencia explícita a ella, la gran mayoría de las mujeres participantes en la investigación explicitan otras experiencias vividas como agresiones sexuales, alejadas de la definición social y jurídica. Así, atendiendo al carácter exploratorio de la investigación, trabajamos desde lo vivencial para conocer qué indicadores les hacían entender cuando una violencia la consideraban hostil, trascendente y grave.

Han tenido dificultades para establecer categorías con respecto a las violencias sexuales que sufren y a los niveles de agresividad de las mismas, ya que señalan que esto no solo depende del hecho en sí mismo (susceptible a una clasificación), sino de la forma y el contexto donde se den. Un mismo hecho vivido en distintos contextos puede ser vivido o no como una agresión sexual, y ser interpretado como un hecho más o menos grave. Apuntan, así, haber vivido situaciones que, aunque no responden a la idea que social y jurídicamente está reconocida como agresión sexual, fueron vividas como tal:

- *Mujer 1: Un ejemplo, la de ese chico en la cocina, no llegó a haber agresión como tal, pero es que, he vivido agresiones menos agresivas.*
- *Mujer 2: Que te marcan menos a lo mejor.*
- *Mujer 1: Exacto. O sea, yo recuerdo que llegó a acercarse un montón a mí y se restregó un poco o algo así por el estilo, pero no hubo ningún forcejeo o no hubo ningún... No te vas de aquí, no, pero, sin embargo, he tenido forcejeos y cosas por el estilo que han sido muchísimo menos... (GTMM)*

Igualmente, entienden que un factor importante para identificar una agresión sexual está en la percepción subjetiva de los hechos y los aspectos emotivos, graduando la intensidad del hecho conforme a sus propios criterios. Señalan que lo que para unas puede ser algo sin importancia para otras es algo grave:

«A mí me parece también que es muy difícil de, no pautarlo, de denominarlo y de ponerle nombre porque es algo muy, muy privado y muy subjetivo el tema de la violación y tal y puede haber gente al que, pues no le moleste que te toquen, pero a otra persona le parece horrible, entonces...» (GTMB).

Asimismo, se observa, tanto en las mujeres concienciadas como en las no concienciadas, que un factor determinante que les hace vivir el hecho como un ejercicio de agresión sexual es sentir miedo. Esto también dependerá en muchas ocasiones del contexto, donde variables como la complicidad entre los hombres ante la situación, no estar acompañada de amigas y amigos de confianza o verse en lugares donde no hay posibilidad de coger ningún transporte que les permita huir, son claves en la percepción de dicho miedo:

«Y acabé ahí en esa casa (...) empezamos a beber y yo tenía hambre y bajé al súper y nadie me quiso acompañar y subí y cuando subí, todos los tíos estaban muy raros, estaban que si jiji, jaja (...). Y el tío, yo creo que se pensaba que yo estaba muy, muy borracha, pero no, yo era consciente y el tío dijo algo así como: “oye, esta noche follo” y yo, pues no sé, me quedé en blanco (...) Y yo traje un brazo para comer y dije: “necesito un cuchillo” y me dijo: “mira, está ahí al fondo”, e iba a ir y luego me dice: “bueno, espera, voy al baño y te acompaño” y me llevó a la cocina y se me acercó y me empezó a decir: “te he visto un poco mal estos días” no sé qué y no sé cuánto y se acercó y se puso aquí enfrente de mí (...) Y yo, en ese momento no me estaba haciendo nada, pero es de las veces que más miedo he sentido, porque es que de verdad (...) le veía cara de, de, no sé, de que te quiero empotrar o de esta noche no te vas de aquí ¿sabes? De verdad, pasé muchísimo miedo, estaba temblando y volví al sofá y yo... no sabía a quién decírselo, estando rodeada de gente que conozco, y me acuerdo perfectamente que hablé por el móvil a un amigo mío: “oye, estoy fatal, me siento súper incómoda, me quiero ir y no sé cómo, porque es que el metro está cerrado y no sé...” (...) todo el mundo lo sabía, o sea, todo el mundo sabía que iba a por mí y yo, no sé... Y fue de las veces que más miedo he pasado y mira que me ha pasado cosas peores, pero esa vez, es que, de verdad, yo no podía con mi vida en ese momento». (GTMM)

Apuntan, por ejemplo, que lo que es vivido como algo divertido en contextos de ocio nocturno, como el que los hombres se acerquen y les den «la traca», es experimentado como tal por el mero hecho de estar en un local rodeada de amigas, pero señalan que, si esa misma situación la vivieran solas en la calle, sentirían un gran temor. La cultura de la violación ha creado un estereotipo de violencia sexual que genera a las mujeres un miedo desproporcionado, al mismo tiempo que ha invisibilizado otras conductas violentas que no responden al escenario del callejón oscuro. Las mujeres apuntan que, además, los hombres son conscientes de esto y lo explotan con la finalidad de reforzar su relación de poder con respecto a ellas:

«Yo creo que eso también lo saben ellos, en plan, el que está molestando o lo que sea, sabe que si tú estás con tus amigas viene y lo que sea, y por mucho que esté dando la traca, sabe que estás con tus amigas, eso te lo hacen en la calle y saben que está imponiendo respeto, o sea, yo creo que eso también lo saben ellos. O sea, a mí, por suerte no me ha pasado nada así malo, pero no es lo mismo que se me acerque un señor de cuarenta años o que esté solo cuando estoy con mis amigas, es en plan, pues te ríes o le ignoras y ya está, pero si a mí me aparece en medio de la calle estando sola, pues vamos me cago encima». (GTMB)

A través de sus relatos, hemos podido comprobar que cuando más miedo sienten es cuando vuelven a casa solas por la noche. Aquí si hacen una asociación clara y directa entre ese espacio-tiempo y la existencia de una violencia sexual que las aterra. Esta es una cuestión en la que ahondaremos más adelante en el apartado «Terror sexual».

Así, podemos decir que el miedo se presenta como una variable importante tanto para identificar la violencia sexual como para determinar su gravedad. Aunque las mujeres concienciadas desde el discurso feminista reconocen, por ejemplo, los comentarios y los gestos como violencia sexual, cuando se despojan del discurso y hablan desde un plano más vivencial y emocional, el hecho de haber sentido miedo les permite identificar más taxativamente el ejercicio de violencia y valorarlo de gravedad. Sin excepción, el miedo fue mencionado por todas las mujeres participantes como primer indicador de una agresión o abuso sexual. Una de las mujeres concienciadas comentaba, incluso, que a veces siente miedo ante algo que no podría considerarse abuso, pero la propia sensación del miedo le hace codificarlo como tal:

«En el momento de que ya va a pasar otra cosa, me asusto y ya pienso que es que están abusando de mí y no es así». (GTMT)

Es interesante reflexionar sobre el hecho de que la inexistencia del miedo puede reducir la percepción e identificación de la violencia sexual en todas sus formas y aumentar la aceptabilidad social en las mujeres ante las agresiones sexuales aparentemente más sutiles.

Podemos concluir que las mujeres hacen una diferenciación entre conductas que les resultan molestas o desagradables de las que producen un grado de «agobio» más intenso y las que generan miedo.

La mirada en torno a las violencias sexuales por parte de los hombres que han participado en la investigación es mucho más reducida que la de las mujeres. Como hipótesis, bastante probable para explicar esta cuestión, podemos decir que dicha carencia está relacionada con la escasa reflexión de los hombres en relación a las agresiones sexuales hacia las mujeres y la actitud exculpatoria que apreciamos en prácticamente todos ellos.

Aunque los grupos triangulares de hombres no fueron homogéneos, sí se apreciaron importantes similitudes en ciertas cuestiones, como las referidas a la identificación de las violencias sexuales aparentemente más sutiles. En la mayoría de los casos no fueron capaces de verlas, pero, cuando las vieron, tendieron a justificarlas y a atribuir las a otros hombres.

Algunos hombres, fundamentalmente aquellos con cierto grado de sensibilización en materia de violencia sexual, ven en la insistencia una forma de incomodar a las mujeres; a pesar de ello, no parecen parar ante la primera negativa:

«Insistir exacto. Si ya te dijo no a la primera vez, vale; intentas una segunda, si ya te dijo no a la segunda vez, ahí sí te tienes que parar, no intentarlo siempre cada vez que pasa un rato, que pase otro rato, y simplemente por el hecho de querértela follar». (GTHM)

Otros, sin embargo, no ven en la insistencia algo pernicioso en sí mismo, sino que esto dependerá de cómo lo experimente la mujer a quien se le insista. Así, se abre un rango de posibilidades que va desde el acoso al agrado, pasando por el agobio, y dependiendo de cómo la mujer viva la insistencia esta será categorizada o no como violencia. Con esta mirada machista y exculpatoria de la insistencia no solo justifican este comportamiento, sino que responsabilizan a las mujeres del malestar que con él ejercen:

«Depende de la persona con la que estás ligando, se puede sentir acosada y se puede sentir agobiada, irse o igual hay otra que dice, venga, vale». (GTHP)

El hecho de ser conscientes de que muchas mujeres vivan la insistencia como algo dañino o violento no les es suficiente para ponerse límites, puesto que siempre hay mujeres que no lo vivirán así. De hecho, hablan de la insistencia como una técnica frecuente de ligoteo, de la que son partícipes aquellas mujeres que *«les siguen el rollo»*:

«En la discoteca, al menos yo lo he visto, intentan acercarse bailando a ellas y pues, a veces, la mayoría de las chicas como que les siguen el rollo y tal y siguen bailando con él, y al final, ocurre lo que ocurre, de que se lían y tal. Y otras pues, se sienten insultadas y le apartan». (GTHM)

Nos llama la atención que cuando se habla de la insistencia tienden a desligarse de ella, pero, al mismo tiempo, dejan claro que dedican la noche a insinuarse reiteradamente a distintas mujeres, ya que entienden que entre todas las mujeres que se encuentran en el local siempre habrá alguna dispuesta a satisfacer su deseo sexual. La creencia que subyace no es otra que la objetivización y sexualización, que hace ver a las mujeres como posibles presas:

«Pero yo, no sé estar con una (...) Estoy con una; estoy con la otra; estoy con la otra; estoy con la otra y al final, de noventa, una entra». (GTHP)

Otra de las violencias sexuales aparentemente sutiles sobre la que los hombres reflexionan es la referida a la ocupación del espacio de las mujeres. Reconocen en este comportamiento una práctica masculina habitual que puede molestar e incomodar a las mujeres, no viendo necesario tal acercamiento para entablar una conversación. Pero parece que esta invasión del espacio es calibrada como algo incómodo solo cuando la mujer con quien se lleva a cabo este acercamiento no se muestra receptiva; de hecho, hablan de «equivocarse» por no haber acertado con la mujer «ligable» o disponible, que toleraría tal comportamiento sin resultarle acosador. Equivocación referida también al hecho de no acabar con éxito tal acercamiento y sufrir el rechazo de la mujer. Es una cuestión que atañe a su ego masculino y que pone en entredicho la capacidad de dominar la situación. Así, restan relevancia al malestar que este comportamiento ocasiona en las mujeres y ponen el foco en la ridiculización que padecen con el rechazo de la mujer en cuestión:

«Vale, esto. El estar invadiendo el espacio personal de una persona, yo creo que eso nos pone nerviosos a todos, yo creo que yo estoy en la barra, estoy hablando con una chica y, o sea, está bien ¿no?, estamos a una distancia que se puede hablar, nos podemos escuchar ¿por qué tengo que estar encima? Ya no agarrarla, sino ¿por qué tengo que estar aquí, así? No agarrarla, sino estar encima, invadiendo su espacio Yo he visto amigos que estaba claro que la chica no quería nada, pero él no se ha... No marcha, no se da cuenta, pero no pasa nada que todos nos equivocamos, y estar todo el rato detrás de ella, acercándose, decirle, es que no sé qué y no sé cuánto, y la tía ves que está pasando en su puta cara, ¡hostia! Date puta cuenta y no hagas más el ridículo, más que nada porque te estás quedando en ridículo, has quedado como un puto acosador y la otra chavala no está cómoda, o sea, le estás dando la puta tarde». (GTHC)

Por sus relatos, parece que la invasión del espacio puede darse con una mera conversación o en la pretensión de bailar con ella. Para algunos hombres, la invasión del espacio cuando las mujeres están bailando no es atribuida a un patrón masculino de dominación, sino a la «personalidad» y los gustos de cada hombre, los cuales pueden ser afines a los de la mujer invadida. Esta manera de mirar invisibiliza la causa objetiva del comportamiento violento, el machismo, y sigue poniendo el acento en la experiencia subjetiva:

- *Hombre 1: A lo mejor está una tía bailando y va uno por detrás ahí, se le pone a bailar que dices...*
- *Hombre 2: O es de su misma personalidad y que le gusta ese rollo, o sea, y entonces sí que puede que sí que encajen, pero si no, no entra en la cabeza alguien que consienta eso, el que le invadan sus.... (GTHP)*

Los tocamientos y comentarios indeseados también son considerados actos que molestan a las mujeres, pero no pasan de ser juzgados como actos propios de aquellos que categorizan como

«pesados». Le restan así gravedad a la práctica violenta que en realidad es, normalizando así la violencia sexual que sufren las mujeres:

- *Hombre 1: Por eso, lo que yo digo, o sea, que te ponen un stop una chica que recién viene o vas a presentarle a tus amigos y después estos se han hecho los pesados, la quieren tocar o tocarle su trasero me ha dicho...*
- *Hombre 2: Como hacer comentarios.*
- *Hombre 1: O hacer comentarios vulgares, bueno, la chica te dice, ¿sabes? que hasta aquí no más o si no ella se pasa a retirar. (GTHM)*

Se observa que, cuando relatan hechos referentes a situaciones que ellos consideran molestos para las mujeres, hay una propensión a no atribuírselos a ellos mismos y una tendencia a mostrarse como defensores de las mujeres contra quienes se ejerce ese comportamiento incómodo. Una actitud paternalista que activan con sus amigas y conocidas, en un rol masculino patriarcal que les conduce a la protección del ser débil e indefenso:

«Esas cosas no la soportan la verdad, siempre intento alejar a la chica cuando pasa eso cuando estoy en el grupo». (GTHM)

A la hora de establecer los niveles de agresividad en las formas en cómo los hombres ligan con las mujeres en contextos de ocio nocturno, entienden que no se puede determinar de manera objetiva, sino a partir de las experiencias subjetivas de las mujeres que lo sufren. Es más, advierten que ellos no saben calibrar la agresividad de sus actos hasta que las mujeres no les ponen el límite, puesto que para ellos todo forma parte de las «técnicas de ligoteo»:

«O sea, sí que hay formas más agresivas y menos agresivas, pero eso no debería de terminar que esté bien o mal, porque debería parar en el momento de que la chica dice no, entonces tú puedes ir a saco, o sea, al final, son técnicas de ligue, tú puedes ir a saco, pero si la chica te dice que no, tienes que parar tu agresividad o lo que hayas hecho e irte». (GTHP)

LA IDENTIFICACIÓN DE LAS VIOLENCIAS SEXUALES POR PARTE DE LAS MUJERES RACIALIZADAS

Para nosotras era prioritario analizar las experiencias de mujeres racializadas, puesto que partimos de la base de que las mujeres negras, mulatas y mestizas sufren una violencia sexual específica que tiene que ver con una heterodesignación racista. Si bien es cierto que todas las mujeres sufren una cosificación sexual en el sistema patriarcal, las mujeres racializadas sufren la doble sexualización por ser mujer y por el elemento exótico que aporta a la mirada masculina.

Entre las mujeres racializadas participantes en nuestra investigación contamos, por un lado, con las que se consideran feministas y están especialmente sensibilizadas en materia de género

y racismo desde una perspectiva interseccional, que además son militantes en asociaciones universitarias de población joven afrodescendiente y latinoamericana; y por otro, las que no tienen tal sensibilización y tampoco muestran, al contarnos sus experiencias, una conciencia clara de cómo el racismo y el machismo interseccionan en las violencias machistas que sufren en los contextos de ocio nocturno.

A partir de la experiencia de las mujeres racializadas feministas, estas advierten que las relaciones heterosexuales en los contextos de ocio nocturno no solo responden a las lógicas patriarcales, sino también a las racistas, y sostienen que la violencia sexual que ellas sufren en su cotidiano está fuertemente marcada por los estereotipos y prejuicios racistas que giran en torno a las mujeres negras y latinas. Así, identifican claramente los estereotipos y mecanismos del racismo sexualizado y del sexismo racializado existentes en los contextos de ocio nocturno, detallando ciertas agresiones que padecen de manera sistemática. Por ejemplo, nos cuentan como son exotizadas e hipersexualizadas cuando bailan, ya que el mero acto de bailar es sexualizado por la mirada masculina blanca y europea cuando son mujeres negras y latinas las que bailan:

«Yo creo que es la exotización (...) Porque nosotras movemos el culo pues...no vemos nada sexual en eso, o sea, estamos bailando, es como el que baila (...) break dance o una jota». (GTMM)

Y esto, bajo el marco de la sexualidad patriarcal, es interpretado por los hombres como una invitación a la apropiación del cuerpo de las mujeres que les encamina al acoso sexual. Sienten que se acercan especialmente a ellas y de una forma más hostil:

«Aquí es como que se hipersexualiza, se tiene la imagen de que es que las negras lo movéis no sé qué, las latinas tenéis un movimiento qué no sé qué, no sé cuántos (...) Entonces, se me acercan un montón de veces (...) yo estoy bailando con mis amigas y ya directamente vienen con su cebolleta (...) tal cual, se meten directamente». (GTMM)

Es más, las mujeres racializadas sienten un trato diferente con respecto a las mujeres blancas por parte de los hombres a partir de la fetichización de sus cuerpos, lo cual conduce a estos a ejercer una violencia sexual (física y verbal) más hostil sobre ellas. Si bien todas las mujeres son cosificadas, las mujeres negras y latinas sufren el fetichismo en la cultura dominante y tienen una alta sensación de cosificación sexual:

«A las otras de hecho [a las mujeres blancas] les vienen cómo más galantes por así decirlo, rollo “qué tal”, y a ti ya te vienen con la cebolleta, o sea, con la intención a la que van (...) Te lo juro que es tal cual, o sea, directamente, a las otras las hablan y a ti ya vienen con el movimiento de...». (GTMM)

De hecho, una experiencia que comparten algunas de las mujeres racializadas participantes del estudio y que nos sirve para entender como sufren estos procesos de hipersexualización es la de

haber sufrido acoso racista en el colegio por parte de compañeros, que llegada la adolescencia se ha transformado en interés sexual:

«A mí me ha pasado mucho. Es que yo creo que esto es como una experiencia que normalmente compartimos más las mujeres racializadas, porque por ejemplo (...) también me pasó (...) en el colegio se metían mucho conmigo en plan (...) “pero tú negra de mierda no sé qué, no sé cuánto”, y uno de los chavales que se metía conmigo, una vez me lo encontré en las fiestas de Móstoles y se puso a perrear conmigo, a bailarme, intentarme...». (GTMM)

Por otro lado, señalan que es muy habitual que los hombres blancos hagan alusión a su origen para ligar con ellas, e identifican este hecho con una actitud marcada notoriamente por el racismo y el euroblancocentrismo:

- *Mujer 1: Es que te preguntan por tu negritud, por la diferencia, por lo que te hace no ser blanco (...) lo primero con lo que identifican es con eso (...). En mi caso me he criado en Mallorca (...) pues a mí me dicen: “¿de dónde eres?” y yo: “de Mallorca”: “no te creo” y yo: “¿te hablo en mallorquín?”: “me da igual”: “¿pero de dónde eres?, ¿de dónde son tus padres?” Una vez me llegaron a decir: “¿de dónde es tu sangre?”*
- *Mujer 2: Tu linaje.*
- *Mujer 3: Como si fueras un pura raza ¿sabes?*
- *Mujer 1: No se quedan con la respuesta que les das si no encaja dentro de su lógica blanca de, no, porque es morena, tiene que ser, yo qué sé, del Congo.*
- *Mujer 2: Es súper racista porque a ti te están socializando simplemente por mis rasgos y por saber mover el cuerpo. (GTMM)*

Las mujeres afrodescendientes también sufren esta violencia machista y racista con los tocamientos y agarres de pelo, apuntando que suelen ser muy habituales. Es una muestra más de la especificidad de la violencia sexual, la cual adquiere diferentes formas en función de la sujeta de la violencia:

«Yo estoy más acostumbrada a que me toquen el pelo, por ejemplo, que a que me toquen el culo». (GTMM)

Por otro lado, las mujeres racializadas que no mostraron un discurso feminista interseccional, mujeres migrantes latinoamericanas en este caso, no identifican ningún tipo de violencia sexual ni racista en el tratamiento diferencial que reciben por parte de los hombres en contextos de ocio nocturno. Es más, este tratamiento diferencial lo ven como producto del choque cultural y no como consecuencia de una discriminación:

- *Mujer 1: Yo creo que aquí como (...) como son europeos, de normal, simples, les gustan mucho las sudamericanas.*
- *Mujer 2: Con la novedad.*
- *Mujer 1: Sí, exacto. Yo soy nueva, acabo de llegar y todos ¡guau, tú!... Y entonces el centro de atención. Pero es eso, no es que en plan mal. Yo no lo veo mal, no lo veo mal. (GTMT)*

Asimismo, estas mismas mujeres refuerzan el estereotipo sexista racializado que recae sobre las mujeres latinas, al entender que los hombres se acercan más a ellas que a las «de aquí» por ser más afectuosas y sociables:

- *Mujer 1: Yo creo que es por el carisma que tenemos. O sea, somos un poco más abiertas, en el sentido de hablar.*
- *Mujer 2: Cariñosas. Más sociables. En cambio, aquí me he dado cuenta que te acercas a una chica de aquí pues, es como que es un poco más borde, o sea, le cuesta más, es más cerrada....*
- *Mujer 1: Es su forma de ser.*
- *Mujer 2: Exacto, entonces yo creo que es eso, de qué carismática, se acercan a ti y de repente te agarro el brazo. (GTMT)*

Cuando preguntamos a los hombres si hay mujeres con las que les resulta más fácil ligar destacan a las latinoamericanas. Los hombres les señalan como «chicas fáciles», alegando que «son más calientes». Esto ratifica lo que afirman las mujeres latinoamericanas racializadas en cuanto a cómo son percibidas por parte de los hombres. Así, podemos advertir que efectivamente los hombres tienen un comportamiento y un juicio sesgado por los estereotipos y prejuicios raciales, y en el fondo, por su pensamiento racista:

- *Entrevistador: Vale. ¿Con qué tipo de chicas pensáis que es más fácil ligar?*
- *Hombre 1: O sea, tipo ¿en qué...?*
- *Hombre 2: ¿En raza o en...?*
- *Entrevistador: Puede ser, si la consideráis determinante.*
- *Hombre 2: Yo creo que las...*
- *Hombre 1: Yo siempre he ligado con gente de aquí.*
- *Hombre 3: No te sé decir hasta qué punto, dicen que con las ecuatorianas....*
- *Hombre 2: Con las latinas sí que son más fácil porque son más calientes.*
- *Hombre 3: Sí, son más calientes. (GTHP)*

Analizando el discurso y las experiencias de las mujeres y los hombres participantes en nuestra investigación, podemos concluir que existen estereotipos y mecanismos del racismo sexualizado y de sexismo racializado muy interiorizados entre los hombres jóvenes que conducen al ejercicio de una violencia sexual específica hacia las mujeres latinoamericanas y afrodescendientes. Los estereotipos que principalmente se vinculan a estas son la «calentura» ligada a la hipersexualización, las habilidades para bailar, la simpatía y la disponibilidad sexual de las mujeres.

FORMAS DE VIOLENCIA SEXUAL EJERCIDAS POR HOMBRES JÓVENES EN CONTEXTOS DE OCIO NOCTURNO

Queríamos recoger cuáles son las distintas formas de violencia sexual ejercidas por los hombres jóvenes, ya que, para poder mejorar cualquier trabajo de prevención, es clave conocer de qué manera la están ejerciendo. Esta investigación no está centrada en hacer un análisis de los posicionamientos discursivos en relación a la violencia sexual, sino en recoger las experiencias vividas por las mujeres en primera persona.

Aunque no todas las mujeres participantes de la investigación identifican de la misma manera las violencias sexuales, todas ellas han vivido, en primera persona o a través de la experiencia de una amiga o conocida con la que estaba esa noche, muchas de sus formas; las cuales forman parte de un continuo de prácticas, que van desde las violencias más normalizadas, como las miradas, hasta las más explícitas, como las que conllevan una agresión física. Algunas de las violencias sexuales apuntadas a partir de sus relatos son:

Miradas continuas y molestas:

«Te molesta, es que sientes su mirada en la nuca y si te giras y está ahí». (GTMM)

Comentarios y piropos:

«Acoso es, por ejemplo, que te digan: guapa, morenita, bombón, qué culo, no sé qué...». (GTMM)

Acercamiento físico sin contacto que supone la ocupación de su espacio:

«Se puso al lado nuestra, estábamos hablando tal y él estaba plantado al lado nuestro con el teléfono, y a mí eso me enerva (...) mi espacio vital es mi espacio vital, no te me acerques porque es que no me gusta nada». (GTMM)

Intromisiones cuando están en grupo:

- *Mujer 1: Porque encima lo hacen con la intención en plan de, de eso, porque es tío y porque hay tías, no porque lo harías con cualquier persona.*
- *Mujer 2: Tú no vas a ver a ninguna tía metiéndose en un círculo de tíos en plan, “¡eh, cuidado que estoy aquí!” (GTMB)*

Tocamientos intencionados y no deseados:

«Pasan por tu lado, te dan un golpe en el culo y hacen como que ha sido sin querer y sabes que no, porque se nota cuando lo hacen sin querer y cuando lo hacen adrede». (GTMV2)

Amenazas con violencia:

«Esta amiga y yo (...) estábamos bailando tranquilamente y había un hombre (...) mirándonos así, sin hacer nada, todo el rato mirándonos, nosotras bailando y él mirándonos. Nos movimos y nos perseguía, hasta que se intentó acercar (...) y nos dijo: “o bailáis conmigo u os meto un navajazo” y nos fuimos, pero vamos que (...) le sentí capaz de hacer eso, de coger un navajazo y rajarme en ese momento». (GTMM)

Agarres, acorralamientos y aislamientos:

«Entonces yo fui al baño y él también fue, entonces de repente él entró en el baño en el que yo estaba, o sea, cuando yo me iba a ir y me agarró, o sea, me agarró el culo y entonces yo pegué un grito en plan: “no, no, no, no” y gracias a eso en plan... Cómo que se asustó y se fue, pero...». (GTMM)

Agresiones sexuales sin uso de fuerza:

«A mí sí que me han contado cosas desagradables, sobre todo, cuando éramos más jóvenes y así que hacían cosas los chicos que ellas no querían hacer o lo que sea, pero nada grave... Que están besándose y a lo mejor, ella solamente se quería besar y el otro pues le tocaba las tetas o lo que sea y ellas querían parar y entonces... Y en esta ocasión que digo, pues a él le chocó mucho y se enfadó porque a ver, por qué no le iba a poder tocar las tetas y estas cosas, pero bueno...». (GTMB)

Presiones para no usar el preservativo:

«Más de una vez me he sentido presionada a, por ejemplo, mantener relaciones sin preservativo». (GTMB)

Agresión sexual con uso de fuerza:

«Fue en fiestas (...) era guapo, nos empezamos a hablar, no me pareció mal y hubo un momento que dije: “yo quiero ir al baño” (...) Tal y como llegamos a la esquina de atrás del callejón que no había nadie, se bajó los pantalones y yo dije ¿what? (...) me estampó contra la pared y yo intenté salir...». (GTMV1)

Asimismo, nos cuentan que algo muy habitual en los contextos de ocio nocturno es que todo este amplio abanico de violencias sexuales, entre otras posibles, sean ejercidas de manera procesual por un mismo hombre en cuestión de un momento o a lo largo de la noche. Esto es, que las vayan sufriendo unas tras otras de manera gradual, yendo desde lo aparentemente más sutil y normalizado hasta lo que es claramente hostil y tipificado por el imaginario colectivo patriarcal como agresión. La violencia sexual en estos casos es vista, por tanto, como un proceso continuo y ascendente de etapas, en el que la intensidad de dicha violencia va en aumento. Las mujeres racializadas, además, apuntan que este proceso tiene un carácter claramente racista, ya que normalmente comienzan con comentarios que hacen alusión a su color de piel. Apuntan que *«te puede pasar todo en un momento»* con el mismo hombre:

«Suele haber primero un primer acercamiento de “oye morenita, bombón”, que suelen empezar siempre así, morenita o bombón en plan (...) haciendo referencias al color de piel, pero bueno... Y luego ya cuando pasas de ellos, o siguen insistiendo y traen a unos amigos suyos a joderte (...) o el mismo pesado sigue quedándose allí y tal, insistiendo y no sé qué y, como que poco a poco va pasando a agresión, bueno... poco a poco o dan un salto». (GTMM)

También advierten que te puede pasar no solo en un momento, sino a lo largo de la noche con un mismo hombre, soportando así durante horas el acoso sexual en sus distintas formas y fases:

«El mismo tío se puede convertir en el chico simpático que te saluda al principio: “¿qué tal?, ¿eres de Valencia?, ¿estudias, trabajas?” Tal, a las dos de la mañana y a las cinco y media es el que te está tocando el culo y te está diciendo: “venga, que antes te he invitado una copa ¿por qué eres tan seca ahora?” O sea, que ese mismo proceso lo puede vivir en la misma persona». (GTMV1)

«Muchas veces una cosa lleva a otra, va progresivamente, normalmente no es un tío que directamente coge y te amenaza porque sí. Primero te mira, se acerca (...) luego es un pesado y luego ya, pues te amenaza». (GTMM)

ESTRATEGIAS DE LOS HOMBRES PARA ACCEDER A LOS CUERPOS DE LAS MUJERES EN CONTEXTOS DE OCIO NOCTURNO

Los hombres no solo ejercen violencias sexuales muy específicas, como acabamos de ver en el apartado anterior, sino que también llevan a cabo estrategias para acceder a los cuerpos de las mujeres que suponen un ejercicio de violencia machista en sí mismas.

A través de los relatos de las mujeres concienciadas y no concienciadas participantes en la investigación, hemos podido clarificar alguna de las estrategias que los hombres llevan a cabo para aprovecharse de ellas en los contextos de ocio nocturno, estos *modus operandi* de los hombres representan el poder masculino en la cotidianidad de las mujeres.

Todas las mujeres viven de manera frecuente la invitación a alcohol y drogas por parte de los hombres, señalando que lo hacen *«con la intención de verte como más débil, más vulnerable, más manipulable»*. Entienden que para ellos es una herramienta eficaz que les permite relacionarse con ellas en estado de embriaguez e intentar *«llevarte por el otro camino para aprovecharse de ti»*. Además, apuntan que, una vez les invitan a alcohol, en ocasiones los hombres mantienen una actitud vigilante con ellas a lo largo de toda la noche hasta encontrar el momento del ataque, cuando están más borrachas. Cuando se les pregunta a las mujeres por qué creen que son invitadas aseguran que *«obviamente porque es más fácil, te ven un poco baja de defensas»*:

«Como vas más borracha y tal (...) te invitan a más copas y tú como vas borracha: “pues venga otra más y otra”. A veces pasa ¿no? Y pues se aprovechan de eso, de hecho, que te inviten a copas, ¿por qué lo hacen? O sea, de hecho, se sobre entiende que te invitan a una copa y te vigila esa persona toda la noche». (GTMM)

Además, para las mujeres la invitación conlleva claramente un intercambio sexual. Impresión que una mujer participante de la investigación comentaba haber podido constatar con amigos suyos:

«Lo hablaba, además con un amigo, estábamos hablando de ligar y no sé qué y dijo: “Ya, bueno, pero es que le han invitado a una copa” y yo: “¿y qué?” y me dice “ya, pero es que cuando invitas a una copa se supone que es porque...” Y la aceptas, se supone que es porque te vas a liar con esa persona». (GTMM)

Ante esto, las mujeres que dicen haber pasado por un proceso de toma de concienciación de lo que supone estas invitaciones apuntan que han decidido no aceptarlas, porque en ellas hay implícitamente un intercambio sexual:

«Antes sí que aceptaba una invitación porque, ah, mira, pues sí, jaja, me aprovecho porque soy tía y mira bebo gratis, pero claro, luego ya he pasado por un proceso realmente, darme cuenta de que en qué consiste ese intercambio». (GTMV1)

Además, las mujeres señalan que, en las discotecas, cuando los hombres tienen dinero, hacen ostentación del mismo, y no solo las invitan a una copa, sino a botellas de alcohol, cachimbas, tabaco y a estar con ellos en el reservado que alquilan para toda la noche. Las mujeres no solo ven en ello una estrategia para conseguir un contacto sexual, sino una actitud mercantilista y cosificante que las denigra:

«Estaba yo con mis amigas tranquilamente, a nuestro rollo, moviendo el culo y se nos acercaba una camarera con una botella diciendo: “os han invitado esos de ahí” y luego te empiezan a decir: “vente al reservado, vente al reservado que tenemos tabaco, tenemos cachimba, tenemos alcohol, tenemos de todo de eso (...) literalmente se creen que te pueden comprar con eso». (GTMM)

- *Mujer 1: Es que, yo tengo la sensación de que son tíos que no te ven como una persona en ese momento, que te ven como una mujer, pero cómo...*
- *Mujer 2: Un objeto sexual.*
- *Mujer 1: Exacto, la cosificación y la hipersexualización de una mujer, porque no te tienen respeto que (...) te están viendo como un objeto de consumo, se te acercan: “hola guapa, ven, te pago la copa, te pago esto” y si no me haces caso, te apartan...*
- *Mujer 3: Como el trofeo de esa noche. (GTMM)*

La sumisión química es otra de las estrategias que los hombres activan para anular la voluntad de las mujeres jóvenes en contextos de ocio nocturno. La ingesta involuntaria de sustancias añadidas a escondidas en las copas parece ser bastante habitual. Las mujeres señalan que lo hacen para así volverlas «más manejables», para ser «sus muñequitas básicamente». Cuando salen de fiesta suelen estar en actitud de alerta constante con esto, porque aseguran esto:

- *Mujer 1: Una gotita, tú tienes la copa y aunque la tengas en tu mano siempre...*
- *Mujer 2: En un momento que te descuidas ya...*
- *Mujer 1: En la que te gires la cabeza ya, no puedes despistarte, o sea, tienes que estar muy pendiente. (GTMV2)*

Otra de las estrategias detectadas por las mujeres es la de generarles confusión haciéndolas creer que van muy borrachas o drogadas cuando no es así, pretendiendo con esto llevárselas del local o de la fiesta donde estén para quedarse a solas con ellas. Todo ello a partir de una actitud paternalista propia de la masculinidad:

- *Mujer 1: Tú estás bien, a ver, puedes haber fumado, haber bebido o lo que sea, pero tú estás bien, o sea, yo estoy cuerda y hay tíos que me dicen que no, que no, que mira cómo estás, jajaja o “venga, vámonos” y tú: “pero estoy bien, o sea, no intentes hacerme...*

- *Entrevistadora: ¿Y cuál es la finalidad de eso?*

- *Mujer 2: Aprovecharse.*

- *Entrevistadora: ¿Aprovecharse?*

- *Mujer 1: Lo que quieren es llevarte a otro sitio y comenzar a hablarte y acabar liándose y lo que sea. (GTMM)*

Otra de las fórmulas frecuentes de los hombres para buscar un encuentro sexual es el acoso en grupos grandes; según las mujeres esto es así porque «*solos no se atreven*» y «*en grupito se crecen más*». Aquí vemos la forma de obrar propia de «*las manadas*», donde los hombres validan su masculinidad de cara al grupo de iguales demostrando que son lo suficientemente hombres como para acosar y agredir sexualmente a las mujeres, a quienes consideran de su propiedad:

- *Mujer 1: A mí, es que esas situaciones excepto en ocasiones puntuales, siempre, por ejemplo, tirarme del pelo, mirarme, comentar, nunca ha sido, bueno, sí que hay veces que sí, pero la mayoría de las veces han sido tíos en grupos, en plan, no hay un chico solo que a lo mejor se me ha acercado, sino que es un grupo.*

- *Mujer 2: Yo personalmente, es más, lo he vivido más de grupos grandes, o sea, lo he vivido también de personas individuales (...) pero más de grupos grandes que de individuales. (GTMM)*

De este reconocimiento entre los miembros del grupo nace la fraternidad masculina, que también se refuerza en otras acciones, como la de obtener el beneplácito de los hombres que acompañan a las mujeres a quienes pretenden acercarse. Esta práctica permite a hombres desconocidos desarrollar su complicidad ante la apropiación del cuerpo de las mujeres, reforzando así la camaradería masculina:

«*Y pasó un chaval y era muy mono, de hecho, yo lo había visto, y le dijo a mi amigo: “¿tú sabes si tienes novio?” En plan (...) como pidiendo permiso (...) No se te acercan a ti de manera genuina en plan, me has gustado, venga, vamos a hablar. No, no, no, es en plan, le pregunto a tu amigo si estás con alguien o si lo que sea para ver (...) si me acerco o no me acerco, si te puedo entrar o no te puedo entrar*». (GTMM)

Parece que la mujer que no pertenece a ningún hombre en particular pertenece potencialmente a todos. Esta fraternidad entre hombres se puede activar en otras situaciones. Las mujeres nos cuentan que los camareros pueden actuar como cómplices de los clientes cuando estos invitan a copas a las mujeres. Una mujer nos relata una experiencia vivida por su novio con uno de los camareros de la discoteca estando con ella:

«Le pongo más copas ¿no? Hizo como un gesto diciendo, así luego lo tienes más fácil». (GTMV1)

Las mujeres apuntan que la fraternidad se refuerza también a través del silencio cómplice entre los hombres ante situaciones de violencia sexual:

«Es que justamente ahí, con ese salón lleno de gente, sentía que todos esos tíos eran cómplice de él y que ninguno me estaba tratando como deberían de tratarme (...) no me sentía segura en ese espacio». (GTMM)

Otra de las estrategias que llevan a cabo los hombres en busca de un encuentro sexual es esperar a que una mujer se quede sola, a que dos se aparten del grupo o a que este se vea muy reducido, lo cual suele suceder cuando van al baño o salen del local a fumar o a tomar el aire. Esta forma de obrar recuerda a la caza de acecho, en la que el cazador se queda vigilante esperando a que la presa se despiste del grupo y, una vez que la presa está en ese punto, se lanza sobre ella:

- Mujer 1: A mí me pasó una vez (...) estaban unos chavales mirándome todo el rato, no sé qué tal, pero no se acercaban y fue irme un segundo al baño, volver y tenerles en la puerta: “oye que te hemos visto, tal, no sé qué...” Es cómo que han esperado a que estés sola para entrar, o sea, literal, cinco chavales a la vez.

- Mujer 2: O que sales fuera a tomar el aire o lo que sea, que no sueles salir sola, sales con dos amigas (...) pero esperan a que vayas, un grupo reducido y de repente ves a seis chavales que te dicen: “hola, chicas, os hemos visto dentro. (GTMM)

Las mujeres entienden que el hecho de que el acoso en grupo o individual lo lleven a cabo en muchas ocasiones fuera del local es porque hay mucha menos gente y lo pueden ejercer con mayor impunidad:

«En una discoteca, por ejemplo, yo noto que un chaval a lo mejor no se atreve a acercarse de manera tan violenta porque está rodeado de gente y saben que le pueden decir algo, y normalmente va cuando has salido a decirte cosas». (GTMM)

También señalan que la falta de luz es aprovechada por los hombres para llevar a cabo los acercamientos. De hecho, al preguntarles por los factores o las condiciones que los hombres toman en cuenta para acercarse a ellas, señalan «la oscuridad»:

«Aprovechan más, quiero decir, cuando hay tanta gente encima, cuando ya se pone de noche eso es una risa». (GTMM)

Muchas de las estrategias llevadas a cabo por los hombres, que las mujeres han detectado, han sido reconocidas por los hombres de todos los grupos. Algunos hombres vienen a corroborar

lo que las mujeres señalan, como al reconocer que incitar a las mujeres a beber con el fin de establecer una relación sexual con ellas es una estrategia que ponen en marcha con conciencia instrumental.

«El otro día estaba con mi mejor amiga y estábamos en un grupo de chicos y estábamos bebiendo y todo el rato había un tío que le estaba diciendo a mi mejor amiga: “que beba que beba”. Entonces estábamos como de vaso en vaso pasando, y todo el rato estaba pasando la botella a mi mejor amiga para que como que se emborrache más, entonces el tío la veía como de reojo ¿sabes? Como que se la quería tirar...». (GTHM)

Los hombres jóvenes, como interpretan las mujeres, creen que por invitar a una copa ya tienen un sí por parte de ellas; de algún modo, es como si les generasen una deuda que tuvieran que saldar liándose con ellos, como si tuviesen que devolverles la copa con un servicio sexual. Es más, la forma en que hablan de ellas bajo términos como «se la han llevado» constata que no las consideran sujetos, sino bienes:

«Que las invitas a lo mejor a un cubata o lo que sea, y viene la amiga y se la lleva y dices, pues bueno, nada, le he pagado el cubata, pero se la han llevado o se la ha llevado otro, por ejemplo, que eso también ha pasado alguna vez». (GTHC)

Algunos hombres coinciden en este saber sobre las estrategias masculinas que cuentan las mujeres y confirman explícitamente que se las invita a beber para desinhibir a las mujeres y así aumentar su disposición sexual. Confirman, por tanto, que las prefieren borrachas para acercarse a ellas:

«A la hora de ligar: “te invito a un chupito”, también es para que se quite vergüenza, pero también, quieras o no, inconscientemente...». (GTHP)

Por otro lado, lo que comentan las mujeres acerca de la ostentación del dinero por parte de algunos hombres como estrategia para llegar hasta ellas es corroborado por los hombres, quienes bajo una lógica de pensamiento heteronormativa y genéricamente estereotipada, dan por hecho que a todas las mujeres les interesa y les pueden parecer excitantes los hombres con dinero. El estereotipo de mujer dependiente, que se forja con la socialización diferencial y la existencia del rol productivo y el rol reproductivo, toma forma propia en los contextos de ocio nocturno. Además, esta reflexión por parte de los hombres nos conduce a pensar que la ostentación de poder económico entre los jóvenes en estos contextos es una forma más de demostrar su masculinidad en el sistema capitalista, esa que no se puede demostrar por naturaleza:

- *Hombre 1: Sí, disponen del plan; de que le va la guita, si tienes guita pues a...De enseñar en plan, pues mira, yo trabajo aquí, yo soy no sé qué...*
- *Hombre 2: Sí, hemos visto cositas así.*
- *Hombre 3: Tengo, mira qué llaves tengo, mi coche está aparcado ahí fuera, enseñando, cómo fardando. (GTHC)*

Otra estrategia reconocida por los hombres es la sumisión química, que, según ellos y las mujeres, es muy habitual:

«Sí, hay muchas... Bueno, no muchas, pero sí que ha sucedido bastante seguido, de eso de echarle algo en la bebida, invitarle». (GTHM)

Otra de las estrategias de las que nos hablan las mujeres, y que es admitida por los hombres, es la de acercarse a ellas cuando se quedan solas, ya sea porque han ido a la barra o han salido a fumar fuera del local. Los hombres señalan que encuentran «más fácil» y cómodo abordar a las mujeres en soledad, ya que cuando están en grupo sienten el juicio de las amigas, lo cual es contraproducente para sus intereses. El hecho de que haya otras mujeres delante les cohibe y les coloca en un lugar de mayor inseguridad, ya que están expuestos a los ojos de sus amigas, quienes podrían valorar su acercamiento como machista o poco ético:

- *Hombre 1: Sí, pues, por ejemplo, en la barra que tú dices que a lo mejor va sola a tomarse ella a veces un cubata o si está en el grupo de amigas, pues si ya... Intentar hablar con ella.*
- *Hombre 2: Si está fumando cuando sale.*
- *Hombre 1: Le ofreces un cigarro, le ofreces fuego, no sé, charlar un poco, romper un poco el hielo de alguna manera, pero siempre intentando a lo mejor que esté separada del grupo, porque también parece que cuando está en el grupo es como que... Vas a hablar con esa persona, pero como que el grupo...*
- *Hombre 3: Están sus amigas detrás pues escuchando y tú intentas ligar con ella, están sus amigas, pues qué, forman silencio incómodo, pues como que tienes un poco más de vergüenza, te tira un poco más para atrás. Bah, supongo, yo hablo de lo que me pasa a mí o de eso... Hay otra gente que igual le da igual.*
- *Hombre 1: Sí, a mí me pasa lo mismo, yo creo que es más...*
- *Hombre 3: Hay que intentar que salga del grupo para poder intentar ligar.*
- *Hombre 2: Sí, yo creo que es más fácil.*
- *Hombre 3: Pero sacarla del grupo en plan conversación, ¿sabes lo que te quiero decir? Separarla un poco de la conversación de sus amigas y que hable un poco más contigo para que sus amigas no estén mirándote a ti, porque es como si estás delante de un jurado y te están haciendo un examen ¿no? Entonces... (GTHC)*

Otra maniobra adoptada por los hombres para conseguir lo que quieren de las mujeres es confundirlas. Les envían mensajes contradictorios, les dan seguridad y acto seguido les generan inseguridad. Consideran que las mujeres utilizan más su cuerpo para ligar y ellos «la mente», que, según su relato, no es otra cosa que legitimar el engaño y mostrar algo que no son en realidad. Algo más que podemos afirmar es que al considerar que las mujeres utilizan más su cuerpo para ligar, en lo profundo están hablando de lo que ellos valoran, porque las mujeres

pueden poner el mismo empeño en demostrar su inteligencia o su agudeza y para ellos eso pasa desapercibido._

- *Hombre 1: Sí, porque también es cierto de que las chicas para ligar usan más su físico porque saben que están buenas, usan sus rasgos físicos ya sea del rostro, de tetas, de culo.*
- *Hombre 2: Exacto. Su cuerpo más bien.*
- *Hombre 1: Al menos yo, uso más como la intuición de jugar con su mente, de sentirla segura, de sentirla confundida y pues, normalmente los chicos hacen eso, juegan con su pensar y la chica puede pensar algo muy bien de él y el chico lo puede cómo se dice...*
- *Hombre 3: Tener una ventaja has dicho ¿no? (GTHM)*

Otra pericia que viene a confirmar lo que las mujeres comentaban, es que los hombres buscan espacios donde se les vea menos. Los hombres ponen el foco en la oscuridad, el hecho de no estar expuestos les permite acercarse con mayor libertad a las mujeres, favoreciendo que ejerzan violencias sin ser vistos. Si ya de por sí se autolimitan poco, encuentran en la oscuridad y el anonimato un lugar perfecto para no ponerse límites a la hora de acercarse a ellas con fines sexuales, «no hay líneas especiales»:

- *Hombre 1: Cuanto más tiempo vayas y cuanto más oscuro esté todo es mucho mejor, al final.*
- *Hombre 2: Se hace más acogedor, sí.*
- *Hombre 3: Sí, con la oscuridad, sí, sí. No hay líneas especiales. (GTHP)*

Parece que el reparto de mujeres es otro método de ligoteo que los grupos de hombres llevan a cabo cuando salen de fiesta. Algunos hombres no ven en las mujeres sujetos con derechos, sino bienes a su disposición y a repartir. No tienen en cuenta su calidad como personas, hablan de ellas en términos de apropiación de sus cuerpos y las valoran por su físico según cumplan o no con los cánones de belleza:

- *Hombre 1: Estamos en un lugar, por ejemplo, acá, como has dicho, y en otra mesa hay unas chicas, se quedan mirando acá y, bueno, y comentamos: “oye ¿qué te parece?, ¿quién primero se coge a una de esas chicas?”*
- *Hombre 2: Sí, exacto, seleccionando cada uno, sabes que tú te vas a coger a la que tiene lentes o a la que tiene...*
- *Hombre 1: Sí, una cinta en el pelo.*
- *Hombre 2: Sí, una cinta en el pelo y así ¿no?*
- *Hombre 3: Eso, cuando le gusta una chica a dos chicos a la vez, eso sí que es muy difícil de repartir. (GTHM)*

CUANDO LAS VIOLENCIAS SEXUALES SON EJERCIDAS POR PARTE DE AMIGOS Y CONOCIDOS EN LOS CONTEXTOS DE OCIO NOCTURNO

Queríamos conocer las vivencias en relación a la violencia sexual ejercida por conocidos y amigos, pero no para quedarnos en la mera descripción de los episodios de violencia, sino para saber si estaba siendo identificada por las jóvenes y saber cómo estaba siendo interpretada. Su identificación cuando es perpetrada por amigos y conocidos es un tema prioritario en la prevención de la violencia sexual en contextos de ocio nocturno, donde los encuentros sexuales son un objetivo más de las noches de fiesta.

Las mujeres advierten que las violencias sexuales que han sufrido son ejercidas tanto por hombres desconocidos como por conocidos, violencias por parte de estos últimos que pueden darse habiéndose iniciado previamente con ellos una relación sexual o sin haberse establecido.

3. Violencia sexual sin el establecimiento de una relación sexual previa

A continuación, exponemos algunos de los discursos en torno a las agresiones sexuales por parte de conocidos donde previamente no se ha establecido ninguna relación sexual.

Las mujeres jóvenes no concienciadas no hablan en ningún momento de violencia sexual para referirse a las agresiones sexuales que sufren constantemente por parte de desconocidos, por lo que les cuesta aún más identificarla cuando es ejercida por conocidos; ahora bien, manifiestan la incomodidad que les genera que un amigo o conocido sobrepase los límites:

«Me ha llegado a tocar el culo y le he dicho: “para ¿sabes?” O sea, le he dicho: “para tío que somos amigos, que no te pases (...). Al día siguiente a lo mejor no puedo ser la misma porque te has pasado de la raya y me has molestado y me he sentido incómoda contigo y no va a ser lo mismo obviamente». (GTMV2)

Sin embargo, las mujeres concienciadas hablan de violencia sexual al referirse a las agresiones sexuales por parte de conocidos, y advierten que han sido capaces de identificarlo en algunos casos, después de muchos años, gracias al feminismo:

«Yo de lo que he contado antes de mi amigo en el ascensor, tardé años en darme cuenta de lo que había pasado (...) El feminismo me ha abierto los ojos». (GTMV1)

No obstante, reconocerla como violencia les ha dotado de herramientas, pero no les ha despojado de la culpabilidad que las mujeres sienten al sufrir una agresión sexual. Es más, ser feminista es un factor que incrementa la culpabilidad, ya que se sienten más responsables aún por haber permitido que les sucediera teniendo las ideas claras al respecto:

«Estaba como súper en shock y al día siguiente dije, ¿qué acaba de pasar?, ¿me está pasando esto a mí? Que se supone que soy súper feminista, que se supone que tengo todo esto súper claro, que tal, ¿acabo de ser víctima de acoso? Cómo, qué mierda es esta». (GTMV1)

La cultura de la violación hace creer a las mujeres, que a pesar de que la responsabilidad de la violencia sexual es únicamente de quien la ejerce, ellas pueden evitarla, o bien no provocando o, como sucede en este caso, controlando la situación, puesto que tienen el conocimiento para identificarla:

«Si me lo hubieran dicho con 15 años, igual me hubiera evitado muchísimas situaciones de peligrosidad con extraños y conocidos, sobre todo, con conocidos». (GTMV1)

No obstante, las mujeres concienciadas reflexionan sobre ello desde una perspectiva feminista, que les ayuda a ponerle nombre y, en cierta medida, a gestionar sus emociones, intentando despojarse de la vergüenza y la culpa:

«Hasta que tiempo después me di cuenta de que no, que tú no tienes que apechugar nada y que la culpa la tiene él obviamente». (GTMV1)

Igualmente, el identificar estos hechos como agresiones sexuales no resta incomodidad a la situación, por el contrario, las remueve más y genera mayor incertidumbre e inseguridad a la hora de defenderse por no saber cómo enfrentarse a ello:

«A mí me ha pasado con gente que conozco. Y ahí es como más incómodo porque dices ¡joo, te conozco!, ¿qué haces? Porque al otro pues eso, le pegas un grito y dices ¡venga ya!, pero al otro es cómo ¿qué haces? O sea, no sé...». (GTMB)

4. Violencia sexual tras el establecimiento de una relación sexual previa

Las mujeres no concienciadas no cuentan este tipo de experiencias, mientras que las mujeres concienciadas las comparten, identificándolas claramente como agresiones sexuales que se dan casi sin darte cuenta en los contextos de ocio nocturno, pudiendo pasar de estar de fiesta con un hombre con quien has elegido estar, a ser violada por este en cuestión de un momento. Es un contexto que priva de toda credibilidad al hecho si deciden contarlo, ya que no encaja con el estereotipo de la violación perpetrada por un desconocido en un callejón oscuro:

«Pero caí redonda, o sea, dije, no entiendo cómo narices me ha pasado esto, y dices de una tontería, de estar de fiesta bien (...) incluso yo decía, nadie me va a creer porque yo estaba hablando con este chico y yo he dicho que a mí me gustaba». (GTMV1)

La idea que la cultura de la violación ha fijado en el imaginario colectivo de que una violación ha de darse por parte de un desconocido con el uso de la fuerza favorece el sentimiento de culpa en las mujeres cuando la agresión sexual es vivida con un conocido con el que se han ido libremente y con quien, en algunos casos, han iniciado una relación sexual:

«Hasta mucho tiempo después no supe gestionar lo que me había pasado (...) Yo pensaba... y cómo le cuento a la gente, no puedo contarle esto a nadie, si se lo cuento a alguien me va a decir: “¿y para qué hiciste esto? ¿Y para qué...?” Siempre era como que me juzgaba a mí y me culpabilizaba. Ya lo he contado muchas veces, ya como que me he desahogado un montón, aunque me sigo poniendo nerviosa».
(GTMV1)

Las mujeres con un alto nivel de reflexión feminista apuntan que el estereotipo de violación por parte de un hombre desconocido en un callejón oscuro invisibiliza otro tipo de violaciones, como las perpetradas por amigos y conocidos, que provoca en las mujeres la culpa por no haberse resistido a ellas y, a su vez, que los hombres no sean conscientes de que están violando:

«Durante muchos años me estuve echando la culpa a mí, de que había sido cosa mía porque hice en mal en decidir ir allí porque no sabía qué hacer, pero claro, ahora veo que no y ahora mismo sigo pensando en que ese chico no sabe lo que hizo ese día, y seguramente haría otras cosas... Y es que no, soy consciente de que él no es consciente de lo que pasó, porque ni yo misma lo fui durante un montón de años».
(GTMV1)

Observamos que esta actitud culpabilizadora propia de la cultura de la violación está presente en el discurso de un grupo de mujeres no concienciadas, las cuales entienden que si las mujeres no previenen la conducta abusiva de los hombres y esperan a que suceda la agresión sexual para reaccionar, se estarían poniendo en riesgo de manera consciente y, por tanto, no podría considerarse una agresión:

- *Hombre 3: Había una chica que estaba con un chico y besándose y lengua p'a allá y lengua p'a acá y meterle mano y ella y mucho fogoseo allí y yo les había visto que estaban ahí muy contentos los dos, que no, es que hayan estado obligando a nada y a la hora escucho a la chica gritar: “policía, policía me violó, me violó, me violó” y yo así: “¿cómo que te violó”, si yo te acabo de ver que estabas ahí dejándote ¿sabes? Porque a mí me vienen a coger y yo digo: “no” o empiezo a gritar: “no me toques”, hago algo”. No, no quiero no, o sea, a mí me pareció mal porque yo estuve allí, yo lo vi y luego llegó la Guardia Civil y se llevaron al chico como si fuese un saco de papas.*
- *Hombre 4: Que hay muchas chicas que son así, cómo en plan... Primero me dejo y después...*
- *Hombre 1: Incito. (GTMT)*

Así, este mismo grupo de mujeres, guiadas por el estereotipo del hombre irracional que no sabe controlar sus impulsos, considera que es responsabilidad absoluta de ellas verbalizar el límite antes de establecer cualquier relación sexual y dejar claro «hasta dónde quieres llegar». Consideran que no expresar abiertamente estos límites es una manifestación clara de querer dejarte llevar y de ceder a los requerimientos sexuales de los hombres:

- *Mujer 1: No sabes hasta dónde estás dispuesto a llegar hasta que llega y dices: “mira, ya está aquí”, no sé, por lo menos a mí me pasó así, que de repente veo un chico y me atrae y qué sé yo, quiero que sea nada más besarlo, pero no quiero tener nada más allá con él ¿sabes? Y es eso, o sea, que no porque yo te esté besando y tal, es que quiero tener algo contigo.*
- *Mujer 2: Ya, pero por eso, siempre hay que dejar los puntos claros antes, porque si lo haces en plan a la marcha, el otro no lo sabe, no sabe hasta dónde quieres llegar tú, ni tú sabes hasta dónde quiere llegar él.*
- *Mujer 1: Claro, luego está...*
- *Mujer 3: Te estás dejando.*
- *Mujer 1: Te estás dejando por ahora, pues yo quiero intentar otra cosa, porque es normal el chico siempre es el que va a intentar algo o bueno, no de normal, eso vamos a dejarlo, eso vamos a dejarlo. Pero eso, yo creo que siempre se tiene que poner un punto como “mira, me gustas o estamos hablando tal”.*
- *Mujer 2: Vamos a conocernos.*
- *Mujer 1: Y vamos a ir medio tal, si provocas un beso, pues bien, pero ya, hasta ahí, si no le dejas el punto claro pues mal, porque algunos...*
- *Mujer 3: Dejas la puerta abierta ahí... (GTMT)*

La seducción patriarcal fomenta las agresiones sexuales, ya que ha codificado la negativa de las mujeres ante una proposición sexual como una aceptación y un juego excitante. Igualmente, ha otorgado a las mujeres el papel de seres pasivos dispuestos a satisfacer el deseo sexual masculino, pero haciéndolo con resistencia. Si, por el contrario, ceden al deseo masculino fácilmente, son tachadas de «fáciles» y «putas», incumpliendo su mandato de género. Así, las armas seductivas que puede esgrimir una mujer son: el silencio (pues no puede declarar su deseo), la pasividad (ya que debe simular que es una presa), la resistencia (pues no debe ceder ni enseguida ni con facilidad a los ruegos masculinos), y la inaccesibilidad (ya que debe multiplicar los obstáculos). Todo ello conduce a que los hombres encuentren placer en la violencia sexual:

- *Mujer 1: También es un poco porque te educan a que tú no cedas a la primera.*
- *Mujer 2: Claro, entonces como que tienes que hacerte la dura: “tú hazte la dura, tú hazte la dura, que vaya detrás de ti, tú hazte la dura”. (GTMV1)*

- Entrevistadora: Ah, ¿sí? como creyendo que te insistía. Y eso ¿por qué?
- Mujer 1: Como si fuera un jueguito.
- Entrevistadora: Ah, ¿sí?
- Mujer 1: Hasta que ya les dices: “oye, que mira que pares”.
- Mujer 2: Que no me apetece.
- Mujer 1: Es que más claro que verbalmente no se lo vas a dejar.
- Mujer 3: Que seamos duras por así decirlo, les excitas mucho.
- Mujer 2: Que nos hagamos las difíciles. (GTMV2)

Las mujeres jóvenes entienden que los hombres ante una negativa no verbalizada (gestual y corporal) no es que no se enteren del mensaje, sino que no respetan la decisión de las mujeres:

«Incluso antes de decir que no, le haces ese lenguaje corporal a un chico y este no lo entiende, es porque no quiero verlo». (GTMV1)

Asimismo, las mujeres nos advierten que en muchas ocasiones se ven abocadas a este tipo de violaciones al querer huir de dos estigmas que el sistema patriarcal ha establecido en el plano de la sexualidad, el ser una «niñata» y una «calientapollas»:

«Lo típico que te estás liando con alguien y quiera algo más y tú no, pero tampoco quieres que piense que eres una niñata, que eres una infantil y entonces, pues accedes. O el hecho de que te llamen, por ejemplo, calientapollas (...) esa responsabilidad de (...) le he puesto así yo, o sea, no ves que sea algo mutuo (...) en ese momento entiendes cómo que, tú eres la culpable porque, lo típico que te hacen pensar, como cuando llevas poca ropa en plan, “no, es que estás provocando, pues si tú eres la culpable, tú me has puesto así, mira lo que has hecho”. Y, de hecho, hay tíos que te dicen eso: “mira, cómo estoy por tu culpa” y entonces cómo que te hace sentir a ti culpable, si le dices no, pues no quiero nada más». (GTMM)

Cuando la agresión sexual es ejercida por parte de un conocido, las mujeres tienden a silenciarlo. Como hemos visto anteriormente, por miedo a no ser creídas, a ser juzgadas y culpabilizadas y, en otros casos, cuando el agresor forma parte de su grupo de colegas, en su rol de cuidadoras, por no enturbiar el ambiente grupal:

«A mí me da rabia que siento que encima protegemos a la persona (...) porque no quería que afectara ¿no? Al grupo ¿no? Porque somos un grupo de amigos y es como hablar mal de alguien ¿no? Y me doy cuenta de que te estoy cubriendo». (GTMV1)

Los relatos y discursos de los hombres vienen a confirmar muchas de las cuestiones abordadas por las mujeres en relación al modelo de seducción patriarcal y al consentimiento sexual. Por ejemplo, algunos de los jóvenes confirman cómo hacen una codificación patriarcal de la negativa

de las mujeres ante una proposición sexual, señalando que la mujer lo rechaza «por hacerse la interesante al decir que no». Vemos que el mandato de género del recato femenino en el ámbito de la sexualidad sigue presente en la mente de los hombres jóvenes, entendiendo la negativa de las mujeres como una falsa resistencia y un juego provocador. La cultura patriarcal de la seducción alimenta claramente el ejercicio de la violencia sexual:

- Entrevistador: *Cuando dicen por ahí que las chicas en realidad dicen que no cuando en realidad muchas veces quieren decir que sí. ¿Eso lo habéis visto o qué...?*
- Hombre 1: *Sí.*
- Hombre 2: *Sí.*
- Hombre 3: *Eso lo hemos visto. (GTHC)*

De hecho, ligar con la «chica fácil» no les resulta emocionante y no despierta su libido. Así, parece que el deseo sexual masculino aumenta con la falta de deseo sexual en la mujer con quien quieren mantener una relación sexual y, por lo tanto, con la falta de reciprocidad del deseo y consenso:

«Cuando veo a una chica fácil, me la podría ligar tranquilamente, pero yo no me sentiría, yo no sentiría la emoción de...». (GTHM)

Si bien, la mayoría de los hombres tienen aprendido el discurso acerca del consentimiento y lo dejan ver en afirmaciones como «*si ella no quiere, no, no, no hay nada que hacer*», la insistencia ante una negativa en un encuentro sexual es una opción que se contempla con naturalidad:

- Hombre 1: *Sí, sí. Te jode, te puede joder o no o no sé, si quieres seguir tú.*
- Hombre 2: *Al igual le puedes decir algo para intentar convencerla, pero si no, o sea, si ella no quiere... (GTHP)*

Algunos hombres entienden que, para tener un encuentro sexual con una mujer, esta no tiene necesariamente que decir que sí; de hecho, uno de los jóvenes participantes afirma que a él nunca le han dicho que sí explícitamente. Además, a partir de relatos como el que mostramos a continuación, podemos ver cómo atribuyen el deber de verbalizar el «no» a las mujeres, desresponsabilizándose ellos de la atención a otras señales no verbales que pueden estar indicándoles una negativa, un malestar y una falta de deseo. Los hombres tienden a adaptar la realidad a sus deseos, por lo que hasta que no se topan con una negativa explícita entienden que hay un consenso sobreentendido:

«Si en ningún momento ella te ha dicho que no o no te ha puesto en situación ni se ha cortado la conversación y ves que ella continua y tú continúas, es que hay veces no hay que decir un sí, o sea, yo no digo sí textualmente y con las personas que he estado tampoco me han dicho sí textualmente, pero yo creo que lo ves, en cambio, cuando me han tenido que decir no, sí que me han dicho no». (GTHC)

Es significativo que para algunos hombres el sexo sin consentimiento se convierte en objeto de risa cuando se imaginan ellos como víctimas. Interpretan la realidad desde un marco de significación claramente autocentrado, banalizando algo tan grave como una violación explícita y demostrando que no están interesados en ponerse en la piel de las mujeres. Esto denota la falta de empatía hacia ellas como colectivo subordinado, propia de un grupo dominante y opresor. De este modo, se establecen los límites entre lo ético y lo no ético desde un prisma que no deja de ser el deseo y la experiencia masculina, una mirada autorreferencial que impone como universal la vivencia del sujeto masculino:

- Entrevistador: *Por ejemplo, ¿os habéis sentido alguna vez obligados a practicar sexo?, ¿a tener sexo? Obligados en el sentido de...*
- Hombre 3: *Ojalá. (Risas).* (GTHC)

Pareciera que incluso se sintieran halagados si se vieran obligados a practicar sexo, lo cual denota que pertenecer al grupo privilegiado en el sistema patriarcal condiciona la percepción y valoración de la violencia sexual más extrema. Los hombres no crecen como víctimas en una sociedad machista, por lo que no viven con el miedo, ni con la alerta ni la atención que están obligadas a mantener las mujeres para no ser dañadas por los otros, los hombres.

LA CONFIGURACIÓN SOCIAL DE LOS ESPACIOS DESTINADOS AL OCIO NOCTURNO Y SU RELACIÓN CON LAS VIOLENCIAS SEXUALES

La configuración social de los espacios tiene una relación directa con la percepción de seguridad y peligro que las jóvenes tienen en ellos. Analizar si existían diferencias de calidad y cantidad en relación a las violencias sexuales nos era imprescindible para conocer qué factores favorecen o dan mayor permisividad a las violencias sexuales.

El contexto de ocio nocturno es visto por las mujeres como un escenario donde las violencias sexuales se dan con mayor permisividad, siendo el propio contexto el que las legitima:

«Todo parece como más fluido, todo parece más fácil y la gente se comporta de manera que no haría en una situación normal (...) hay unos códigos que se establecen en el ocio nocturno que solamente ocurren en esos espacios (...) que luego en el día a día no se producen». (GTMV1)

Las mujeres advierten que las violencias sexuales son ejercidas por los hombres en todos los espacios destinados al ocio nocturno (macrofiestas, discotecas, bares, pubs, festivales de música, etc.), pero hacen hincapié en que varían en forma, cantidad y permisividad. Posicionan las macrofiestas y las discotecas como los escenarios donde mayor cantidad y tipos de violencias sexuales se dan, y los festivales de música de corte feminista y conciertos, en el otro extremo, siendo espacios donde se dan en menor medida.

Resaltan las macrofiestas como lugares donde sufren gran cantidad de agresiones sexistas, debido a que son espacios donde hay mucha confusión, anonimato y complicidad entre los hombres:

«Si estás en una macro, tú vas a tener tocamientos, seguro, miradas, gestos y comentarios». (GTMM)

«Una macro, por ejemplo, pues como ahí aprovechan que hay un montón de gente, que hay un montón de confusión y si te tocan el culo nadie va a saber que ha sido él porque puede haber sido: ese, ese, ese o aquel. Entonces pasa por ahí, te toca el culo, te tira del pelo, te hace lo que sea». (GTMM)

Igualmente, apuntan a la discoteca como el espacio de violencia sexual por excelencia, que *«legítima todo tipo de contactos sin barreras»*, donde todo está permitido y donde las violencias sexuales son consustanciales al ambiente, el cual, dicen, no está hecho para mantener relaciones más allá de las puramente sexuales:

«Es que realmente una discoteca también por el volumen de la música no está hecho tampoco para que hables y mantengas una discusión (...) Está basado en la mirada, o sea, en el momento que no te puedes comunicar a través del habla, no llegas a escuchar a la gente, cómo te vas a comunicar, todo es mirada, gestos y tacto, es que no se puede generar otro tipo de contacto, está hecho para que no se genere otro tipo de contacto». (GTMV1)

En el otro extremo al de las macrofiestas y discotecas estarían los festivales de música, los conciertos y los espacios politizados, como las casas okupas. En relación a los festivales de música y conciertos, argumentan que esto es así fundamentalmente por dos motivos: por un lado, porque no son ambientes destinados al «ligoteo» como las discotecas, sino al entretenimiento y, por otro, por el corte feminista y el posicionamiento que algunos festivales están tomando en la actualidad ante las violencias machistas. De hecho, resaltan como algo positivo que *«están empezando a ver lo de los puntos violeta en los festivales»*:

«Si vas a una discoteca es porque vas a ligar, pero si vas a un concierto, a un festival o algo así, es más que vas a pasártelo bien (...) está ese concepto entre la juventud (...). He ido a muchos festivales desde hace muchos años y he ido al Arenal (...) que igual es un festival (...) que igual confluye muchos tipos de música, mucha gente de muchas edades distintas, y no he sentido lo que he sentido en una discoteca». (GTMV1)

«Yo he ido a festivales, que el cantante o la cantante dice “esto es un espacio seguro si ocurre algo, decírnoslo incluso”, se está creando que hay como unos lazos de seguridad y unos lazos de tal, obviamente eso impacta en lo que ocurre en el espacio». (GTMV1)

En relación a las casas okupas, entienden que son espacios donde «*la concepción de la cultura y del consumo cultural*» es distinto respecto al de otros espacios como las discotecas, y lo que es más importante, son espacios politizados donde «*se promueve que sean espacios libres de machismo*» y esto se nota en las relaciones de convivencia y las normas no escritas que se dan dentro:

- *Mujer 1: Yo sí que lo veo, pero por lo que decía antes, en el plan, la gente va politizada, la gente ya va con... O sea, no sé cómo explicarlo, pero que saben que rollo hay dentro, que no, que (...) te reventamos ¿sabes?*
- *Mujer 2: Exacto, que no hay ningún miramiento, que da igual que solo la estés mirando, que ya te dicen: "oye, pírate y si no te piras..." (...) te coge uno y ya te cogen todos y te sacan.*
- *Mujer 1: Exactamente, que no hay miramientos. O sea, que todos a una ¿sabes?*
- *Mujer 3: Exacto.*
- *Mujer 2: Si te sobrepasas, vas a tener a todos en contra de ti. (GTMM)*

Y como punto intermedio entre las macrofiestas, discotecas, festivales de música y los conciertos y casas okupas, sitúan a los bares, pubs, botellones, fiestas de sus barrios y fiestas en casa de gente amiga, en las cuales no perciben las violencias sexuales de manera tan hostil como en las discotecas. Señalan que, por ejemplo, en los pubs y los botellones hay ligoteo, pero se da de una forma más relajada:

«Luego vas a un pub y en el pub la gente está con los amigos, beben a su rollo ¿no? Igual sí que coincides en un billar y empiezas a hablar, pero ya siempre es como mucho más distendido, siempre manteniendo como un respeto». (GTMV1)

«Como un botellón, exacto, pues ahí, vale, alguna mirada y tal, pero no te suelen decir nada, o sea, tú vas con tus amigas de risas, todos estamos con... O sea, cada grupo está con sus amigos, yo qué sé; bailando, gritando, hablando o lo que sea, pero de las puertas de la discoteca a adentro, constantemente, constante». (GTMV1)

Las fiestas de los barrios también son vistas como menos hostiles, aunque advierten que, por ser espacios masificados, como los macrobotellones y las macrofiestas, siguen siendo lugares de alto riesgo. El hecho de estar rodeadas de gente conocida le otorga seguridad al espacio, ya que saben que en ningún momento están expuestas a quedarse solas:

«Por ejemplo, yo a las fiestas de barrio, en Móstoles nos conocemos todo el mundo, o sea, si voy a fiestas del barrio del Pilar sé que va a haber un montón de gente de Móstoles a la que conozco y que a lo mejor pierdo a mis amigas y me puedo ir con ellos porque les conozco y no hay ningún problema. Pero, por ejemplo, a lo mejor si salgo con ellas y las pierdo a todas ¿qué hago? Me quedo sola». (GTMM)

«Claro, yo, por ejemplo, si voy a las fiestas de un barrio sé que va a estar gente de Móstoles que conozco, y es que, de hecho, siempre estamos todos alrededor, siempre más o menos en la misma zona o yo qué sé, ya no solo en Móstoles sino en los de Fuenla ¿sabes?». (GTMM)

En las fiestas de las casas de gente amiga o conocida apuntan que las violencias sexuales son menos hostiles. El hecho de que haya gente conocida en el espacio puede marcar la diferencia en el tipo de agresiones, siendo estas más sutiles. La falta de anonimato hace que los agresores no ejerzan una violencia demasiado explícita. Además, como sucede en las fiestas de los barrios, al haber gente conocida «la respuesta al acoso es distinta», y esto vuelve a dotar a estos espacios de una mayor sensación de seguridad:

«Si estás en un piso, lo más seguro, como supuestamente es gente que te conoce, son conocidos (...) entonces si hay apoyo, lo más seguro que como tengas será miradas y comentarios o gestos; si estás en una macro, tú vas a tener tocamientos, seguro, miradas, gestos y comentarios, y a lo mejor también insinuaciones y amenazas». (GTMM)

Las mujeres racializadas apuntan que un factor importante para ellas en la percepción de la seguridad del espacio es que el ambiente sea o no de «la comunidad», esto es, se sienten más vulnerables en entornos donde no solo viven las violencias sexuales derivadas del machismo, sino las violencias racistas. Así, la ausencia del racismo y la presencia de otras mujeres racializadas en los espacios les hace sentirse más cómodas y protegidas a pesar de seguir sufriendo el machismo:

«O sea, si te mueves en un ambiente que no es el de la comunidad, pues lo que no te gusta es que hay miradas raras, racismo y machismo también. Si te mueves dentro de la asociación, claro, asociación... Si te mueves dentro del ambiente dentro de la comunidad, obviamente no hay esa, sigue habiendo machismo, pero ya te encuentras más en tu rollo, más arropada». (GTMM)

Vemos cómo en todos y cada uno de los espacios de ocio nocturno las mujeres señalan vivir violencias sexuales cotidianamente, que varían en cantidad y forma en función del contexto donde se encuentren. Factores como el que haya gente conocida en el espacio, la falta de anonimato, las dinámicas sociales propias de cada espacio, la ausencia de racismo, la politización del espacio, la toma de conciencia feminista y el posicionamiento ante las violencias machistas, son algunos de los elementos claves para que las mujeres sientan el espacio más seguro y que los hombres tengan menor libertad para ejercer las violencias sexuales.

Cuando se le preguntó a los hombres acerca de los espacios donde ellos creían que se daban mayores agresiones sexuales y por qué, no hubo una reflexión muy amplia en torno a ello, ni hicieron una categorización o jerarquización de estos espacios como lo hicieron las mujeres, alegando que «no depende del espacio» y que «puede pasar en cualquier lado». Pero al

ahondar más en la reflexión preguntándoles en qué espacios es más fácil ligar y de qué manera, hubo un consenso en señalar la discoteca como el espacio donde las mujeres son reclamadas constantemente por los hombres. Incluso, según el relato de uno de ellos parece que la discoteca está «para» ello, entendiendo así estos patrones masculinos de conducta como algo inherente a dicho espacio:

«Sale a la discoteca casi todos los fines de semana y pues intentan ligar a todo lo que ven en la discoteca hasta chicas de que tienen novio». (GTHM)

«Las fiestas durante el día, por ejemplo, es más difícil (...). Una fiesta durante el día, bueno, igual con alguien conocido, pero para conocer, yo creo que una discoteca». (GTHP)

Igualmente señalan los festivales como espacios más inseguros para las mujeres, donde la música comercial da cobertura a los acercamientos y tocamientos mientras las mujeres están bailando, relacionando así, estas conductas con algo ajeno a ellos mismos:

- *Hombre 1: O festivales.*
- *Hombre 3: O sea, al final, donde hay música más comercial por así decirlo, sí que son más propensos a, pues eso, si quieres, pues a bailar o a meter más, que ¿no? igual tú estás en otros que....*
- *Hombre 2: Más roce. (GTHP)*

A pesar de que las agresiones sexuales pueden darse en cualquier contexto de ocio nocturno podemos concluir, que sí hay determinados espacios donde estas agresiones están más normalizadas y amparadas que en otros. Así, los espacios deben ser considerados, ya que las agresiones sexuales toman diferentes formas e intensidades en función de donde se ejercen.

EL HORARIO Y SU RELACIÓN CON EL EJERCICIO DE LAS VIOLENCIAS SEXUALES DENTRO DE LOS ESPACIOS DESTINADOS AL OCIO NOCTURNO

Queríamos conocer si había alguna franja horaria en la cual las mujeres tenían mayor sensación de inseguridad y por qué, o si sufrían mayores violencias sexuales a determinadas horas.

Las mujeres advierten que las violencias sexuales son mayores a medida que va pasando la noche, alcanzando su punto álgido sobre las 5:00 o 6:00 de la madrugada, aunque empiezan a darse a eso de las 2:00 y 3:00 de la madrugada. Esto lo relacionan con los niveles de embriaguez que los hombres alcanzan ya sobre esas horas, lo cual les desinhibe y les otorga seguridad:

«Sobre las dos o tres de la mañana cuando ya van... Pues ya se te empiezan a arrimar, porque es como que pierden la vergüenza, les da igual todo, como si les sueltas una hostia». (GTMV2)

«La hora crítica yo creo que es entre las cinco y las siete de la mañana». (GTMV1)

De hecho, puede pasar que el mismo hombre que ha intentado ligar con ella sin resultados al principio de la noche, vuelva a intentarlo más tarde:

«Igual lo que ha pasado a la una, a las tres es que te vuelven a intentar con in crescendo». (GTMV1)

Algunos hombres confirman que hay muchos que se esperan al final de la noche para acercarse sin escrúpulos a las mujeres aprovechando el estado de embriaguez. Hablan en términos de caza, como si las mujeres fuesen animales y no sujetas. Es algo que les parece divertido, es decir, banalizan la cosificación y el consumo de cuerpos; se encuentran lejos de ver la violencia que conlleva reconocer al otro sexo como algo y no como alguien:

- *Hombre 1: Nosotros, es que los amigos que hacían eso, pues a las cinco o cinco y media que ya salíamos... pesca de arrastre (Risas).*
- *Hombre 2: Sí, a recoger un poco.*
- *Hombre 3: Pero, sí, ellos tiran la red y a las seis de la mañana recogen y lo que haya caído pues ha caído, eso lo hace mucha gente aquí, muchísima gente; da igual tres que treinta y tres, que siete, que doce. (GTHC)*

Otros expresan claramente que el mejor momento para acercarse a las mujeres es al final de la noche y no al principio, ya que es cuando no solo ellas están lo suficientemente borrachas, sino también ellos:

- *Hombre 2: A partir de las cuatro de la mañana.*
- *Hombre 3: Hombre, cuanto más tarde...*
- *Hombre 2: Cuanto más tarde...*
- *Hombre 3: Se va nublando la vista.*
- *Hombre 1: Es cuando más ciego vas. (GTHP)*

Podemos concluir que las agresiones sexuales tienden a aumentar a medida que la noche avanza y el estado de embriaguez es mayor tanto en los hombres como en las mujeres. Es a partir de las 4:00 o 5:00 cuando las agresiones sexuales aumentarían en frecuencia e intensidad.

COSIFICACIÓN SEXUAL DE LAS MUJERES POR PARTE DE LOS LOCALES DE OCIO NOCTURNO

En relación con los espacios, se abrió el tema de las prácticas sexistas como reclamo publicitario que algunos locales de ocio llevan a cabo, puesto que estas y su trato sexualizante de las mujeres

tienen una estrecha relación con el ejercicio de la violencia sexual. Los locales que cosifican a las jóvenes a través de estas prácticas fomentan su deshumanización en el imaginario y, por tanto, favorecen el tratamiento vejatorio y humillante sobre estas. Así, queríamos conocer a partir de la experiencia de las y los jóvenes, por un lado, cuáles son las prácticas más comunes y, por otro, qué discursos nos encontrábamos acerca de ello.

5. Prácticas sexistas de reclamo publicitario

A través de las vivencias de las participantes de la investigación hemos podido rescatar algunas de las formas más habituales de discriminación sexista que los locales de ocio nocturno aplican en sus estrategias de marketing. Se trata de estrategias patriarcales de reclamo publicitario que tienen como finalidad llenar el local con una presencia abundante de mujeres, llamando la atención del público masculino.

Algunas de las prácticas de reclamo, y que consideran muy comunes, sobre todo en las discotecas, son la entrada gratuita para las mujeres o la invitación a una copa en la entrada:

- *Mujer 1: Bueno, ya empezando porque muchas veces tú entras gratis y los chicos tienen que pagar da que pensar a que tú vas ahí porque eres una cosa...*
- *Mujer 2: Eres un reclamo. (GTMV1)*

La presencia de las «chicas de imagen» también es vista como una clara discriminación sexista:

«Las chicas de imagen normalmente suelen llevar tacones. Van en ropa interior paseándose. Y muchas veces con chupitos, que te sirven chupitos. En cambio, el 90% de las relaciones públicas son hombres». (GTMM)

Los ejercicios abusivos del derecho de admisión, como el que tengan «que ir en tacón o vestidas de equis manera» para el consumo masculino, es otra de las prácticas de la que se quejan:

«A ti te miran más, a ver si vas atractiva o vas bien vestida o vas, por así decirlo, para entrar en la discoteca, es cómo a él no le pides ningún requisito y a mí sí me estás pidiendo». (GTMM)

Señalan que también puede suceder a la inversa; esto puede verse en que, con la intención de que entren mujeres a toda costa, no aplican las condiciones mínimas de vestimenta y calzado sobre las mujeres por el mero hecho de serlo:

«A las chicas, lleves lo que lleves te van a dejar pasar por ser mujer. Porque se ve que las mujeres somos las que atraemos». (GTMV2)

6. Discursos de las mujeres jóvenes ante las prácticas sexistas de los locales de ocio nocturno

Ante todas estas formas de discriminación sexista por parte de los locales, muchas de las participantes de la investigación mostraron un rotundo rechazo. Entre éstas, las mujeres feministas o sensibilizadas en materia de igualdad de género, las cuales, además, muestran una conciencia plena de estar siendo utilizadas como reclamo y hablan de objetivización de las mujeres:

«Reclamas la atención de los demás, que quieren venir a consumirte básicamente, pagan para tenerte ahí, mirarte o tocarte o lo que les dé la gana. Pasas de ser una persona a estar totalmente sexualizadas y objetivizada». (GTMV1)

Por otro lado, otras participantes también muestran disconformidad, pero no apelan tanto al hecho de estar sufriendo una cosificación sexual, sino a la acción discriminatoria que supone; esto es, entienden que, si con ellas se llevan a cabo estas prácticas, con los hombres también debería hacerse:

«¿Y a los chicos qué les van a mojar, en los calzoncillos? (Risas). Yo me mojo la camiseta, pero él se moja los calzoncillos. Esto es par impar». (GTMT)

Otra perspectiva presente entre las mujeres no sensibilizadas en materia de igualdad de género es la de entender que, aunque actos como no pagar la entrada son discriminatorios por no darse en igualdad de condiciones entre mujeres y hombres, pueden ser aprovechables para su beneficio económico. Entienden que el discurso políticamente correcto es el del rechazo profundo a estas prácticas, pero en la realidad creen que les beneficia y no les parece mal:

«Deberíamos pensar eso, en plan “si yo pago tú pagas”. Pero si yo siendo mujer no me hacen pagar, pues eso que me llevo, ¿no?»». (GTMV2)

Y en el lado opuesto al de la mirada de las mujeres feministas, encontramos el de aquellas mujeres jóvenes que ven discriminatorio para los hombres el hecho de que ellos tengan que pagar para entrar en las discotecas y ellas entren gratis. Hablan de un privilegio femenino «no deseado»:

«Si queremos estar igualdad, seguimos teniendo privilegios nosotras y además privilegios...». (GTMT)

Por otro lado, se observan argumentaciones que apelan a un mayor civismo por parte de las mujeres, cayendo en la estereotipación de género al considerar que estas son más sosegadas y cuidadosas y los hombres más descuidados y problemáticos. Entienden que dichas diferencias son consideradas por los locales en sus derechos de admisión:

- *Mujer 1: ¿Qué conlleva que soy chica?, ¿qué soy más tranquila o soy más...?*
- *Mujer 2: Porque a veces los chicos tienen problemas por eso, porque como las chicas supuestamente somos más maduras y los chicos no, entonces tienen problemas en que, a la hora de buscar piso, por ejemplo, un cuarto, siempre chicas, chicas, chicas, ¿por qué tú crees que pasa eso? Porque los chicos son más desastrosos, porque rompen todo, bueno no todos, no todos es verdad, no todos». (GTMT)*

También podemos observar que la normalización de estas prácticas discriminatorias varía según los territorios, siendo de gran importancia la cultura del ocio nocturno y la existencia de una conciencia crítica ciudadana. Por ejemplo, en el caso de Bilbao, por el trabajo que las organizaciones feministas e instituciones¹² llevan haciendo durante años en materia de violencia sexual y por el tipo de cultura de ocio nocturno, hay un gran rechazo a estas prácticas y parecen residuales:

«Un amigo mío era relaciones públicas y subió una publicación de “chicas gratis” (...) Estaban como intentando buscar cosas para que la gente fuese y una de esas pusieron eso y ¡uf! O sea, yo le hablé y directamente le dije: “a ver, o sea, se te puede caer el pelo”, ya aparte de lo que pienses». (GTHP)

Sin embargo, en Valencia, a pesar de la presencia del movimiento feminista y las actuales campañas de prevención en materia de violencia sexual por parte del gobierno local, la cultura del ocio nocturno ligado a las discotecas tiene un gran peso, haciendo que estas prácticas estén más normalizadas y se sigan llevando a cabo:

«He ido a muchas discotecas en mi vida, (...) y he entrado gratis a todas las discotecas de Valencia, he bebido gratis en todas las discotecas de Valencia». (GTMV1)

7. Discursos de los hombres jóvenes ante las prácticas sexistas de los locales de ocio nocturno

Algunos hombres identifican como una práctica machista la entrada gratuita de las mujeres en la discoteca, viendo claramente que se utiliza a las mujeres como reclamo de los hombres. Sin embargo, creen que más machistas son las mujeres que deciden entrar, lo cual da muestra de la culpabilización que recae sobre las mujeres, por encima de la empresa que las cosifica:

¹² El nuevo reglamento que regula los espectáculos públicos en el País Vasco prohíbe que las discotecas y otros locales cobren menos a las mujeres o les ofrezcan acceso gratuito a fiestas.

- *Entrevistador: ¿Y qué os parece, por ejemplo, que en algunas discotecas las mujeres no tengan que pagar o que paguen menos que los hombres?*
- *Hombre 1: A mí me parece fatal.*
- *Hombre 3: Es cómo estás poniendo... Estás poniendo carnaza para que la gente vaya, o sea, estás poniendo un cebo.*
- *Hombre 1: Sí, es eso, es que...*
- *Hombre 2: Si no van las mujeres no van a ir los hombres.*
- *Hombre 1: A mí me parece mal, me parece machista y me parece machista.*
- *Hombre 3: Me parece más machista eso que (...)*
- *Hombre 1: Y me parece más machista las mujeres que entran a la discoteca gratis.*
(GTHC)

Otros hombres no hicieron crítica ninguna al hecho de que las mujeres entraran gratuitamente a las discotecas y, además, en contraste con lo anterior, les parece correcto que las mujeres conscientes de esa cosificación por parte de los locales de ocio nocturno colectivicen con los hombres el ahorro. Así, lejos de ser críticos con estas medidas sexistas de reclamo, se aprovechan de ellas obteniendo beneficio económico:

«En primero o segundo de carrera fuimos a una discoteca en Valencia, no me acuerdo cómo se llamaba, y llegamos, habíamos pedido por teléfono porque teníamos un relaciones que era amigo, y todas las tías de mi clase sí que dijeron: “¿cuánto es la entrada?”. “no, las tías gratis y los tíos cinco pavos por cabeza” y dijeron: “pagamos todo a pachas”. Éramos diez; éramos cinco tíos y cinco tías y pusieron ellas dos y medio y nosotros dos y medio, me pareció perfecto». (GTHC)

Como en el caso de las mujeres, hemos podido constatar que los hombres residentes en Pamplona tienen un discurso crítico hacia estas prácticas cosificadoras, lo cual corrobora el hecho de que en este territorio la sensibilización en materia de violencia sexual está teniendo su fruto y está siendo determinante; mientras que, en el caso de Valencia, donde la cultura de discoteca normaliza estas prácticas, tanto mujeres como hombres no parecen tener objeciones tajantes. Tanto las campañas de sensibilización por parte de las instituciones y el movimiento feminista en esta materia como la cultura de ocio nocturno son dos factores condicionantes que hemos visto extraordinariamente relevantes en la conformación de una conciencia crítica ante las prácticas cosificantes de los locales de ocio nocturno. Pero si bien es cierto que existe una conciencia crítica en determinados territorios, no se aprecian acciones coherentes con dicha conciencia crítica, como, por ejemplo, que tanto mujeres como hombres dejen de ir a estas discotecas como forma de presión.

EL CONSUMO DE ALCOHOL Y DROGAS EN EL OCIO NOCTURNO Y SU RELACIÓN CON LAS VIOLENCIAS SEXUALES

La sociedad ha establecido una estrecha relación entre el consumo de alcohol y drogas y el ejercicio de la violencia sexual que conduce a su justificación. Por esto, queríamos conocer cuál era la impresión de las y los jóvenes cuando las violencias sexuales se dan en los contextos de ocio nocturno donde el consumo de alcohol y drogas es consubstancial a la fiesta.

Todas las mujeres participantes en la investigación tendieron a relacionar las violencias sexuales ejercidas por los hombres en contexto de ocio nocturno con el consumo de alcohol y drogas, argumentando que «eso son cosas de borracho» y al preguntarles que «si no hubiera alcohol y drogas, ¿creéis que no pasarían las cosas que pasan?», respondieron que «no tanto»:

«Yo noto (...) conocidos que hablo y tal, sin más, y que beben y que son eso; son babosos, pesados y acosadores». (GTMM)

Pero esta relación no es de causalidad, esto es, todas las mujeres participantes consideran que el consumo no es la causa, sino que es un mero detonante de la conducta masculina. Incluso algunas de las mujeres concienciadas señalan la existencia de una predisposición antes del consumo:

«Pero eso es, yo creo que es, porque desde antes de salir ya van con el objetivo al que van (...) esta noche voy a ligar y mira me he pasado, me he bebido cinco copas y ahora pues igual se hace dos rayas para poder seguir con su objetivo principal». (GTMV1)

Las mujeres llegan a hacer una diferenciación entre los hombres que salen con la única intención de drogarse y salir de fiesta «a su rollo», y quienes consumen puntualmente cuando salen de fiesta como herramienta de desinhibición para ligar con las mujeres. Señalan a estos últimos como los principales ejecutores de la violencia sexual en los contextos de ocio nocturno:

«Yo creo que es igual el consumo esporádico o un poquito que te hace igual ser un poco más insistente, ser un poco más impetuoso, ser un poco más violento, pero el que sale que sabe que se va a drogar y va a acabar en un after, no te molesta porque él lo que quiere es drogarse, pero el típico tío que se ha tomado cinco copas cenando y que va súper borracho y que se tiene que hacer dos rayas de coca porque si no, no sigue de pie, ese, encima es violento». (GTMV1)

Las mujeres concienciadas sostienen que los hombres tienden a desresponsabilizarse de estas conductas violentas, amparándose en el hecho de estar bebidos o drogados:

«Lo que pasa es que parece que si bebo alcohol ya puedo legitimar lo que estoy haciendo o lo que estoy diciendo». (GTMV1)

De hecho, esta exculpación por parte de los hombres de la que hablan las mujeres concienciadas, la vemos también en el discurso de algunas de las mujeres no concienciadas reforzada además por una mirada esencializadora y prejuiciosa de las conductas violentas de los hombres:

«Lo veo normal porque son chicos, está en su naturaleza, a ver, no digo que sea normal que tengan que hacer comentarios innecesarios ni nada, pero vamos, cuando uno bebe también como que le da igual todo. Entonces suelen actuar de mala manera o por ejemplo hacer comentarios». (GTMV2)

De hecho, entienden que detrás de una de las formas de violencia sexual más extremas, como son las violaciones múltiples, está el consumo excesivo de alcohol propio de los hombres, los cuales *«no saben controlarse»*. Vemos, por un lado, la permanencia del mito del alcohol como causa de la violencia y, por otro, la del estereotipo del hombre borracho que, siendo además un ser irracional, no sabe controlar sus impulsos. Ambos factores conducen directamente a la desresponsabilización e impunidad de los agresores:

«No saben controlar la bebida y llegan a un punto que pierden el conocimiento de todo». (GTMV2)

En el discurso de las mujeres no concienciadas nos encontramos con la paradoja de que a los hombres no se les responsabiliza de sus actos si están bajo los efectos de las drogas y el alcohol y, en cambio, a las mujeres, cuando están borrachas o drogadas, se les responsabiliza de perder el control de la situación. El mandato de género del autocontrol que recae sobre las mujeres las culpabiliza de las violencias, considerándose las agresiones sexuales la consecuencia de una actitud de riesgo que las mujeres han provocado. Así, una de las mujeres participantes se pone como ejemplo cuando se está hablando del consumo de alcohol y las violaciones en contextos de ocio nocturno y comenta:

- *Mujer 1: Cuando estás borracha, también a veces no eres tú consciente de lo que estás haciendo, entonces....*
- *Mujer 2: Yo he bebido y he salido bastante de fiesta y he estado de todas las formas en que se puede estar bebido, y yo en todo momento estoy sabiendo con quién estoy, qué estoy haciendo, qué estoy bebiendo. (GTMT)*

En esta misma línea, nos encontramos también con una desaprobación del consumo excesivo de alcohol en las mujeres, por el efecto desinhibidor en su conducta sexual. El hecho de estar borracha y desinhibida conlleva la transgresión del mandato de género del recato y el autocontrol, que les conduce al estigma:

«Todas las personas somos conscientes de lo que hacemos, al menos que te hayan metido una droga o yo qué sé... Pero yo creo que cuando pasa algo y más que se está viendo que la otra persona lo permite, ya qué se hace allí en ese caso ¿sabes? Por ejemplo, había dos chicos metiéndole mano a una chica y la chica se dejaba y se besaba con ellos y se metían y se estrujaban y se hacían... Y yo así, para mí no me parecía que la estaban molestando o estaban pasándose con ella porque ella también estaba muy tranquila y muy feliz ahí con los dos y se le pegaba y se le bailaba y todo el mundo feliz allí. Entonces yo impactada porque en plena calle, carnaval ¿sabes? En toda la calle y eran dos tíos y la tía ahí...». (GTMT)

También se observa una tendencia en los discursos a relacionar esta falta de autocontrol con las menores de edad, concretamente con las adolescentes, señalándolas a ellas como las principales víctimas de la violencia sexual y colocándose al resto de las jóvenes en un segundo plano:

- *Mujer 1: Las niñas de catorce años, yo es que siempre, a ver, siempre no, pero la mayoría de las veces me veo a niñas de catorce años con la botella, la mezcla, no sé qué, algunas acaban por el suelo, vete tú a saber...*
- *Mujer 2: Una niña de catorce años, pues no tiene conciencia, además, borracha, pues un chico la puede violar, sinceramente. (GTMV2)*

Las mujeres concienciadas no responsabilizan a las mujeres por el consumo excesivo de alcohol, pero sí saben que este es un factor de riesgo ante las violencias sexuales, por lo que conscientemente se autolimitan con la bebida. Esto se traduce en una falta de libertad por parte de las mujeres en el consumo de alcohol, ya que la opción de emborracharse, si así les apetece, está totalmente condicionada por la presencia de hombres que aprovechan su estado de embriaguez para acosarlas. Así, mientras los hombres optan por un excesivo consumo de alcohol para desinhibirse y legitimar sus conductas acosadoras, las mujeres optan por el autocontrol para protegerse de dichas conductas:

«Te desinhibe como que te baja, o sea, las alarmas por así decirlo ¿no? Cómo vas más borracha y tal, no estás a lo mejor tan al loro de un gestito que si no fueses borracha me daría cuenta, pero al ir borracha no me dio cuenta y se aprovechan de ello». (GTMM)

Los hombres reconocen el alcohol como un medio para no retraerse, que *«te quita la vergüenza»*. Es más, en algún caso utilizan la palabra *«descontrol»* un término que les exime de responsabilidad y que, al casar perfectamente con algunos de los mandatos de género de la masculinidad, como la transgresión de las normas sociales y la ausencia de límites, les justifica y les exculpa. Además, que en todos los grupos los hombres hablen de perder la vergüenza nos permite afirmar que no es el alcohol, sino la subjetividad masculina que les aflora con el consumo, la causante de las violencias machistas en espacios de ocio nocturno. El inconsciente

masculino se desata y se permiten hacer cosas a las mujeres que no se consienten en otros momentos, o no de la misma forma:

- *Entrevistador: ¿Qué nos pasa a los chicos cuando bebemos más?*
- *Hombre 1: Descontrol.*
- *Hombre 2: Descontrol es la palabra.*
- *Hombre 1: Nos descontrolamos, yo creo que... A mí me ha pasado, que al final, se te va completamente... Es decir, te pasas un poco, más vale que te hubieras ido a casa y te hubieras bebido ese último cubata a lo mejor, porque si alguna vez la hemos liado, más de una vez. O sea, yo creo que hay una línea muy fina ¿no? A la hora de estás muy bien, muy bien, muy bien y ya empiezas mal, mal, mal, empiezas a liarla, a liarla, a liarla y.... (GTHC)*

A través del relato de mujeres y hombres jóvenes vemos cómo persiste en el imaginario patriarcal la idea de que las violencias sexuales en contextos de ocio nocturno son debidas al consumo de alcohol y drogas. Esta idea esconde el carácter estructural y transversal de las violencias sexuales en la vida de las mujeres, ocultando las auténticas causas. Poner la mirada en el estado de embriaguez, como se aprecia en muchos de los discursos de las y los jóvenes, actúa como discurso que exime a los agresores de toda violencia sexual e invisibiliza el marco patriarcal que la respalda.

ESTEREOTIPACIÓN DEL AGRESOR SEXUAL

Queríamos conocer si existía en el imaginario de las y los jóvenes un estereotipo de agresor sexual y cuál era. Trabajar para la deconstrucción de estos estereotipos entre la población joven permitiría que cualquier hombre sea visto como un agresor en potencia. Esto es, que los hombres puedan llegar a verse a sí mismos como agresores al activar ciertos comportamientos y las mujeres puedan identificarlos.

Según relatan, por lo general, las situaciones más desagradables no se han producido con hombres que acabasen de conocer ni tampoco con colegas o amigos, sino que aluden a las experiencias en la calle con desconocidos.

En cuanto a las relaciones con hombres que acaban de conocer, parece que existe un fuerte clasismo en cuanto a quiénes resultan confiables y cuáles no lo son. En el grupo de Tenerife (mujeres no concienciadas), el estereotipo de acosador se relaciona con lo que llaman «el prototipo de chico canario», quienes están desempleados y cercanos a las drogas. Se les considera poco responsables y, por tanto, de poco fiar. Les desagrada su forma de ligar con las mujeres, de forma directa y mediante las drogas. Cuentan, por ejemplo, que en la zona sur se te pueden acercar ofreciéndote un porro o invitándote directamente a su casa. Para ellas, la antítesis de este perfil sería el «hombre hecho a sí mismo», que tiene un negocio propio, trabajo

y coche. Atribuyendo a estos últimos una forma de acercamiento más respetuosa (por el hecho de establecer una conversación que a ellas les parece más interesante).

- «De noche tú no puedes conocer a alguien, pero lo que tú vas hablando, ya tú vas haciéndote una idea, porque si yo hablo con tu amigo y me dice: “no, pues yo estoy estudiando medicina y hago esto”, pues ya me da una idea de que el chico como es, a por un chico que sí sale de fiesta porque todo el mundo tiene derecho a salir de fiesta, pero no, que esté pendiente de un porro de: “mira, vamos a pillar o mira tienes que...” ¿sabes? Eso depende del tema cómo se hacen también y muchas veces entran: “¿y qué?, ¿tal? no sé qué, mi niña...” O sea, como todo quinqui, todo mal hablado o mal aspecto y ya tú dices, mira no, este tío es lo que es y para qué quiero conocerlo, porque no me merece ni para una amistad, qué coño me va a aportar. Como tu amigo: “ay, qué interesante ¿cómo te va?, ¿y qué estás haciendo?, ¿y qué quieres especializarte?” O sea, ya el tema conversación ha pasado más interesante y me gustaría pues volver a quedar con él para un café para amistad o si nos gustamos nos gustamos y si no, pues ya has conocido a alguien chachi y ya...». (GTMT)

Las mujeres jóvenes residentes en Valencia (concienciadas y no concienciadas) tienen un estereotipo de acosador similar en la cabeza, es el «cani», denominado así por unas, o «nano» por otras. Es un «chico de gimnasio», que tiene entre 16 y 18 años, «tatuado», «con la gorra y las gafas de sol dentro de la discoteca», donde «van a lo que van». Puede trabajar y estudiar indistintamente, o ni estudiar ni trabajar, no siendo determinante su situación laboral ni su nivel de estudios. Lo que le hace ser «baboso» son las compañías, el estar soltero, el alcohol y las drogas:

«Porque claro, a ver, yo de los chicos que hablo de que te dicen comentarios, que tal y que cual, siempre suelen ser canis ¿sabes?». (GTMV2)

- Mujer 1: No, este año en fallas violaron a una chica en un portal ¿eh? Que no se ha dicho, pero una chica fue violada en un portal en Cánovas, y Cánovas es precisamente el típico sitio donde van todos los nanos de...

- Entrevistadora: ¿Qué es eso de nano?

- Mujer 2: O sea, de los canis valencianos con la riñonerita a escuchar electrónica, a comerse pastillas y bla, bla, bla. (GTMV1)

No obstante, es interesante cómo ellas mismas son conscientes de que existe un estereotipo en su imaginario que no se corresponde con la realidad:

- Mujer 1: [Refiriéndose a los canis] Pues esos son los que más, pero los que más...

- Mujer 2: Que luego te sorprenden y no, pero...

- Entrevistadora: ¿Cómo que luego te sorprenden y no?

- Mujer 2: Que, a lo mejor, el que tú pensabas que ese era un baboso no lo es y es yo qué sé, uno que va así bien vestido, que tal. (GTMV2)

Funciona también el estereotipo del «típico borracho», que actúa de forma insensata y violenta, de manera que, además de acosar a las mujeres, termina peleándose también con otros hombres:

«Después está también el típico borracho que... Ese que no sabe que todo está parado, ese que viene ya de loco que no sabe ni siquiera que... Que le da igual todo ¿sabes? Acaba peleándose y acaba pasando...» (GTMT)

Otro estereotipo es el del hombre desconocido «mayor», que se dedica a acosar en los locales de ocio nocturno donde se mezcla gente de distintas edades:

«Si son desconocidos, aquí muy mal siempre, muy malas experiencias. Es desagradable, es lo que decían de... Pues igual con los que son de tu edad igual tampoco te importa tanto, pero suele hacerlo gente muy mayor. Aquí suele pasar que se mezcla en los sitios de fiesta, se pueden mezclar gente mayor con gente más joven y eso pues sí es desagradable». (GTMB)

«Está la figura del barrendero, que es el que hace la barredita cuando cierra la discoteca y es que, pasa muchas veces que se queda la típica de erasmus, que se ha ido con unos amigos que no conoce mucho o con quien sea y se queda borracha perdida en un sofá, que no sabe ni cómo se llama ni dónde está ni quién es, entonces estaba el barrendero, que es un tío normalmente pues más mayor, con pinta que no...». (GTMV1)

Vemos como existen fuertes estereotipos en relación al agresor sexual en contextos de ocio nocturno, los cuales varían en función de los territorios. No obstante, este grupo de agresores sexuales, aunque diferenciados entre ellos según el territorio donde residen, comparten características comunes: son desconocidos, bastante jóvenes, con cierto aspecto marginal, barriobajeros y, sobre todo, tienen un elevado consumo de alcohol y drogas. Cuando hablan de ellos se percibe gran repulsión, pero no tanto por el hecho de las violencias sexuales que pueden llegar a ejercer, sino por su estilo de vida. Frente a este paradigma nos topamos con el que podría ser antagónico por edad, esto es, un hombre mayor, de unos cuarenta años, también desconocido y que frecuenta el local de ocio con la única pretensión de acosar a las mujeres más jóvenes que él. La existencia de este esquema mental en torno al agresor sexual invisibiliza el origen estructural de la violencia sexual, que convierte a todos los hombres en potenciales agresores.

ESTEREOTIPACIÓN DE LA MUJER VÍCTIMA DE LAS VIOLENCIAS SEXUALES

De la misma forma que queríamos conocer si existía un estereotipo de agresor sexual, queríamos saber si entre las y los jóvenes existía un estereotipo de víctima. Considerar que todas y cada una de las mujeres pueden ser víctimas de violencia sexual por el mero hecho de serlo es otra de las cuestiones fundamentales que trabajar con las jóvenes.

Tanto entre las mujeres jóvenes concienciadas como entre las no concienciadas permanece la idea machista de que las mujeres pueden provocar las violencias sexuales por cómo van vestidas y consideran que hay un prototipo de mujer que por su indumentaria tiende a ser en mayor medida víctima de estas en contextos de fiesta, sería una «chica joven, que se pone un vestido ajustado y tacones»:

«Siento, por ejemplo, que la estética afecta mucho en ese sentido, no sé, eso he notado mucha diferencia eso, no sé, como con la estética siento que, si llevo minifalda o alguna cosa así es como, que va a dar más pie». (GTMV1)

«Ahora te ves más a las chicas más provocativas, que se visten directamente más provocativas para eso mismo, para que el chico vaya». (GTMT)

A este prejuicio sobre la indumentaria se le suma el de estar en estado de embriaguez, esto es, hablan de la típica que «se pone muy borracha en un botellón y llega a la discoteca tambaleando» como víctima fácil de violencia sexual. De nuevo el consumo excesivo de alcohol es considerado entre las mujeres como un factor de riesgo que las responsabiliza de las posibles violencias sexuales sufridas. El mito de la mujer borracha que pierde el control y la vigilancia cuando sale de fiesta está fuertemente arraigado en el imaginario de las mujeres jóvenes.

Al mismo tiempo, la apariencia feminizada les parece una variable importante que ven como otro factor de riesgo. Por sus relatos se constata que el machismo no solo arremete contra las mujeres sino contra lo femenino. Así consideran que, aquellas que no responden estéticamente a la feminidad hegemónica tienen menos riesgo de ser víctimas de la violencia sexual:

«Tengo una amiga que hace muchos años se cortó el pelo. Nunca ha tenido miedo porque le pase algo con un chico, porque “a mí qué van a hacer si parezco un tío”. Pero ya luego que, uf, no sé, yo creo que con tal de que físicamente se parezca más a una mujer yo creo que ya está». (GTMB)

Las mujeres no concienciadas, además de la indumentaria, la borrachera y el aspecto físico, creen que la forma de bailar y ocupar el espacio son dos elementos que pueden provocar a los hombres, puesto que el «bailar de más» o no estar «en tu sitio tranquilamente» es un signo claro de incitación sexual. Los códigos de vestuario y posturas corporales de las mujeres han de exhibir sujeción, de lo contrario se las culpabiliza de la violencia machista que sufren. Al mismo tiempo, estos discursos mantienen el statu quo de la dominación masculina, por el que las mujeres han de adoptar actitudes pasivas y recatadas y ocupar la periferia del espacio público, frente a la actitud activa y agresiva de los hombres, que además hacen uso del espacio público libremente. Cuando las mujeres ocupan el espacio que no les corresponde y se comportan sin restricciones se convierten en objeto de violencia sexual y se les cataloga como mujeres fáciles:

- *Mujer 1: No es lo mismo que tú estés pues... en tu sitio en la discoteca ahí tan tranquilamente, a que estés en medio de la discoteca llamando la atención de todo el mundo, pues ahí normal que te digan: “¡vale, pues esa!”»*
- *Mujer 2: Es como más sueltecillas ¿sabes?*
- *Mujer 1: Tú eres más discreta y a lo mejor aquella es más así y dices, vale, pues esta si es así...si le entro...Van a lo fácil. (GTMV2)*

Frente al discurso de las mujeres no concienciadas, el cual se refuerza el estereotipo de la borracha provocativa y fácil, encontramos el de las concienciadas, que creen que las mujeres pueden ocupar los espacios libremente y como deseen, no siendo esta la causa de las agresiones sexistas:

«Como que el espacio y la discoteca legitima todo tipo de contactos sin barreras, o sea, es como que, si yo estoy bailando, perreando con el culo hasta el suelo es porque obviamente quiero que un tío me mire y quiero que hable conmigo y entonces, el tío puede venir y cogerme la cintura y decir: “oye...” entonces cuando te giras y dices: “¿qué haces?” Entonces eres una, bueno, “eres una puta”, “eres una guarra”, “una antipática”, “una seca”, “una frígida”». (GTMV1)

Por otra parte, las mujeres creen que hay particularidades que las hacen más vulnerables ante las agresiones sexuales, que no culpables. Si bien hablan de provocación en referencia a la indumentaria, la ocupación del espacio, los altos niveles de embriaguez y la forma de bailar, hablan de «blanco fácil» para los hombres, en el sentido de vulnerabilidad, cuando hablan de otros factores como la timidez, la extroversión y la corporalidad de algunas mujeres. Esto es, así como la forma de vestir, de bailar, de estar y de beber es algo controlable de lo que pueden responsabilizar a las mujeres, el temperamento y la corporalidad no lo son tanto. Por ello, no hay ninguna culpabilización en esto, sino más bien una consideración de lo que creen que aumenta la probabilidad de sufrir acoso en los contextos de ocio nocturno. Por ejemplo, advierten que:

- *Mujer 1: Si eres más tímida o cortada sí que puedes ser un blanco más fácil, porque a mí me dices algo y salto...*
- *Mujer 2: Yo, por ejemplo, o sea, sí que he vivido acosos, pero no tanto (...) porque yo siempre tengo cara de mala hostia.*
- *Entrevistadora: Ven a la chica más...*
- *Mujer 3: Más débil. (GTMM)*

Asimismo, ser una mujer extrovertida y jovial es otra particularidad que parece aumentar el riesgo de sufrir acoso en los contextos de ocio nocturno:

«Claro, de hecho, a mí es lo contrario (...) yo es que soy (...) una payasa, entonces yo estoy jijji jaja y estoy haciendo el gilipollas muchísimo. O sea, tú me ves de fiesta,

pues no piensas que te vaya a hacer nada y entonces se me acercan muchos tíos así, en plan, viéndome como muy afable». (GTMM)

Precisamente este estereotipo de mujer extrovertida alimenta en las mujeres del País Vasco otro estereotipo de víctima de violencia sexual, el de las mujeres del sur del país que, por ser vistas como más habladoras y sociables, pueden parecer más accesibles ante la mirada masculina:

- Hombre 1: Aquí tenemos bastante fama de estrechas, de que no se folia en el País Vasco por culpa de las chicas.

- Entrevistador: ¿Vosotras pensáis que es algo que influye o no o que es cierto, que no es cierto...? ¿Qué sensación tenéis?

- Hombre 2: Que somos más fríos, pero, por ejemplo, yo estuve en Sevilla el año pasado y era cómo un... Pensaba que todo el mundo estaba ligando conmigo tal como me hablaba. (GTHP)

A raíz de estos estereotipos fundamentados en la cultura, entienden que las mujeres del País Vasco también están menos dispuestas a aceptar los acercamientos sexuales de los hombres en comparación con las mujeres de otros territorios, posiblemente por mostrarse más aguerridas y resistentes ante el acoso masculino:

«Cuando he hablado con gente de otros sitios de eso, de cómo ligan y tal, yo les contaba cómo pues, que a nosotras muchas veces nos vienen babosos, les llamamos babosos, que vienen pues el mítico borracho ahí a agobiarte y a ver si caes o lo que sea, y yo les cuento que nosotras no solemos hacerles caso o pues pasamos de ellos o les decimos que se vayan o le damos la espalda o lo que sea, y muchas veces, gente de otros sitios; pues de Madrid o de Granada o tal, me dicen que ellas no, que ellas acaban entrando en el juego». (GTHP)

Parece que características antagónicas como la timidez y la amabilidad conducen al mismo lugar, la victimización de las mujeres. A partir de ambas características se construyen dos estereotipos de mujer víctima de violencia sexual que coexisten en el imaginario colectivo, el de la mujer apocada e indefensa que transmite debilidad, y el de la mujer sociable y cariñosa, incapaz de hacer daño a nadie.

También apuntan que la corporalidad de las mujeres es una variable de victimización importante, esto es, entienden que las mujeres de baja estatura sufren en mayor medida la violencia sexual, por parecer «más manejables» ante los ojos de los hombres. Sostienen que los cuerpos pequeños refuerzan el sentimiento de dominación masculina sobre las mujeres, tanto física como simbólicamente:

«Mido 1'81, entonces hay pocos tíos más altos que yo, y muchas veces los tíos tienen mucho complejo con eso, en plan, quieren ser la parte dominante y para ellos

la parte dominante es que, te tengo que estar por encima de ti tanto metafórica como literalmente». (GTMM)

Así, los cuerpos de alta estatura y grandes no transmiten docilidad, sino fortaleza, lo cual inhibe a los hombres y sus conductas acosadoras:

- *Mujer 1: Además soy alta, en plan... A lo mejor impongo más en ese sentido ¿sabes? (...) la apariencia de primeras a lo mejor, la imagen que doy es cómo, esta si me acerco a ella a lo mejor mete de hostias ¿sabes?*
- *Mujer 2: Claro, de hecho, a mí es lo contrario, porque me ven así pequeñita. (GTMM)*

Como vimos en las mujeres, algunos hombres hacen alusión a la indumentaria como elemento incitador de su deseabilidad sexual, y expresan con total normalidad que hay algunas que «*van provocando*». Esencializan la mirada cosificadora, la cual es considerada una consecuencia de su instinto sexual, y culpabilizan a las mujeres de despertarles dicho instinto con formas poco recatadas de vestir. De hecho, utilizan el adjetivo «*puritanos*» para referirse a los hombres que no juzgan el cuerpo de las mujeres, manifestando con esta conceptualización la existencia de cierta represión de sus instintos por las normas morales:

- *Hombre 1: Quiero decir, evidentemente, si una chica que está bien físicamente te viene vestida de monja pues evidentemente no te fijas en ella, pero si va con un top o va pues, evidentemente es más deseable.*
- *Hombre 2: Te va provocando más, vamos te va buscando.*
- *Hombre 1: Hombre, tampoco, que se vista como quiera, pero tú te fijas en lo que quieres también, entonces...*
- *Hombre 2: Claro, exacto, o sea, ellas no lo ven...*
- *Hombre 3: Igual busca provocar...*
- *Hombre 2: Si ella está enseñando, tú miras, o sea, quiero decir, pero es instintivo ¿sabes? Si una chavala que lleva unas buenas tetas se pone un escote, indirectamente lo miras.*
- *Hombre 1: Y directamente.*
- *Hombre 2: Bueno, directamente.*
- *Hombre 3: Directamente, vamos a ver, lo que dices tú, no vamos a ponernos puritanos aquí ¿sabes? Obviamente, yo creo que la vestimenta influye. (GTHC)*

Este estereotipo de «mujer provocativa» parece bastante generalizado entre los hombres y es alimentado desde distintos discursos. De hecho, algunos hombres hacen la distinción entre «*mujeres normales*» y «*putas*», para diferenciar entre las que se dejan «*toquetear*» por quienes acaban de conocer de las que no, y apuntan que las mujeres con esta actitud sexual no se ganan el respeto de los hombres:

- *Hombre 1: Me gusta respetar a las chicas, darles su lugar, que ellas también se lo den pues, que no me gusta así una chica que sea un poco puta.*
- *Hombre 2: Que no se deje toquetear de una persona que recién conoce.*
- *Hombre 1: Hay muchas que son así la verdad. (GTHM)*

También señalan claramente a aquellas mujeres que ligan con más de un hombre como mujeres que ni se respetan a sí mismas, ni se hacen respetar. La promiscuidad en las mujeres es vista como un detonante de la violencia sexual:

«Es mejor que una chica que se respete a ella misma y que se haga respetar a que una chica esté en jugueteo con uno, dos». (GTHM)

De hecho, algunos jóvenes admiten la existencia de esta estigmatización entre los hombres y reconocen que recae sobre ellas el insulto y el desprecio. Pareciese que, en el imaginario que comparten, las mujeres deben limitar su sexualidad a un solo hombre, mientras que en ellos sigue estando socialmente bien visto que no se limiten. Es muy significativo la dificultad que tienen para reconocer que los hombres utilizan términos despectivos sobre algunas mujeres como «puta» o «guarra», en este sentido podemos deducir que la complicidad masculina y el encubrimiento, están presentes constantemente en el hacer y decir masculino:

- *Entrevistador: Vosotros, en las conversaciones entre amigos, cuando se trata de que uno ha ligado con una tía, qué tipos de tías, qué tal, ¿qué expresiones o qué lógicas se utilizan?*
- *Hombre 1: De salirse, no sé, es cómo...*
- *Hombre 2: Sí, decimos que está desatado, una persona que está, que todas las noches que sale va a ligar y... Va a ligar o que liga todas las noches...*
- *Hombre 3: Pues al más ligón de la noche, desatado.*
- *Hombre 2: Sí, así le llamamos. No sé, al final, sí que se lo pueden tomar mal, pero no, no sé.*
- *Entrevistador: ¿Y sobre las chicas?*
- *Hombre 3: ¿Sobre las chicas? Ufff.*
- *Hombre 1: No sé, no sé, yo estos términos de ¿no? Pues (...) (risas).*
- *Hombre 2: No lo conocemos (risas).*
- *Hombre 1: Que me parecen cómo más... No sé cómo más clasistas, tío, cómo más antiguos, cómo esto de... O sea, yo nunca he escuchado, bah, es una puta...*
- *Hombre 2: Tampoco he escuchado aquí tanto eso.*
- *Hombre 3: Joder que no.*

- *Hombre 2: No sé yo...*
- *Hombre 3: O una golfa, es una puta.*
- *Hombre 1: No sé qué, lame pollas porque yo qué sé...*
- *Hombre 2: No, sí, sí*
- *Hombre 1: Los comentarios, cada uno que haga lo que quiera.*
- *Hombre 3: Pero se les pone más nombre a las chicas que a los chicos.*
- *Hombre 1: Sí, sí.*
- *Hombre 2: Se está más encima y se machaca más.*
- *Hombre 3: Que al tío se le hace grande y a las mujeres pues se les acusa de que esto...*
- *Hombre 1: Que es una guarra, qué no sé qué, qué no sé cuánto... (GTHC)*

Frente al estereotipo de mujer víctima de violencia sexual, los hombres apuntan que hay variables que reducen la victimización de las mujeres, como el hecho de tener capacidad de defensa física ante la violencia sexual. Hacen alusión explícita a los conocimientos de artes marciales:

«Sí, como lo de tu amiga que dices, sabe kimbox. Por ejemplo, aquella persona que no sabe que ni siquiera ve que la chica es inofensiva y bueno, yo quiero tema con ella me han dicho ¿no? Y no sabe que la chica sabe defenderse y tampoco sabe que es de otra sexualidad ¿no? Bueno y está intentando ir y resulta que, si ustedes se hubieran quedado, la que se iba a armar ahí, o sea, la chica viene y le pegaba...».
(GTHM)

Igualmente, el hecho de ser lesbiana parece algo que puede llegar a frenar a los hombres, como ya advertían las mujeres, quienes para quitarse de encima a los «babosos» les hacían saber su falta de disponibilidad heterosexual simulando que eran lesbianas.

Parece que entre los hombres del País Vasco también está presente el estereotipo de la mujer del sur del país como más fácil y predispuesta a los encuentros sexuales:

- *Hombre 1: Y también con chicas del sur, también.*
- *Hombre 2: Eso se oye, sí.*
- *Hombre 3: La verdad que estoy contento con lo que he hecho, entonces no sé, no...*
- *Hombre 2: Yo una vez me líe con una de Almería, por ejemplo, y yo creo que sí que era... Y éramos bastante jóvenes y sí que se notaba como más... A ver, no sé si era más, es que, no sé si era el ejemplo, no sé si era un ejemplo o si también se lleva...*
- *Hombre 1: Es una realidad ¿no?*

- *Hombre 2: Sí, porque claro, como también se dice eso, supongo que no sé. Habrá de todo...*
- *Hombre 3: Habrá parte de realidad y parte de mentira.*
- *Hombre 1: Sí, pero digo la media, al final, yo creo que la media sí que es más... Al final, tú hablas con gente, o sea, no solo sexualmente, tú hablas con gente de aquí o hablas con gente del sur o de la parte de Levante y todo esto, y sí que son más...*
- *Hombre 2: Abiertos.*
- *Hombre 1: Joer, el otro día que yo fui con los del trabajo, el de Valencia se puso a hablar con la Sirpe, así tan, como si fuesen amigos de toda la vida.*
- *Hombre 2: Ya, sí, sí.*
- *Hombre 3: O sea, son más sueltos y más... Al final, eso lleva....*
- *Hombre 2: Sí, son más abiertos.*
- *Hombre 3: Sí, aunque no sea en lo sexual, lo que lleva a lo sexual que es al final empezar a hablar, porque tú no vas directamente a la cama, al final, en eso sí que se nota más fluidez en ellos. (GTHP)*

Los mitos de la cultura de la violación, que alimenta los estereotipos de la mujer víctima de violencia sexual, siguen muy presentes entre las y los jóvenes, quienes creen que las mujeres borrachas, que visten poco recatadas y que, además, tienen un comportamiento sexual desinhibido, pueden incitar al ejercicio de la violencia sexual por parte de los hombres.

TÁCTICAS DE DEFENSA ANTE LAS VIOLENCIAS SEXUALES EN CONTEXTOS DE OCIO NOCTURNO

No podemos hablar de que las mujeres participantes de nuestra investigación activen estrategias de defensa ante las violencias machistas, puesto que sus respuestas ante estas no son acciones planificadas que les ayuden a tomar decisiones o a conseguir los mejores resultados posibles en ese momento; de hecho, advierten que cuando salen «*no te organizas nada, es sobre la marcha*». Pero sí llevan a cabo una serie de tácticas o medidas concretas orientadas a evitar a los hombres que las ejercen que, según hemos observado, son bastante habituales.

Una táctica de protección contra el acoso sexual de desconocidos consiste en permanecer con su grupo de amigas toda la noche y no quedarse solas, especialmente cuando la noche avanza, el estado de embriaguez es mayor y hay que volver a casa:

«Lo que pasa es que tengo un límite, ya cuando veo que estoy muy mareada y sé que me voy sola o algo así, ya, voy a dejar de tomar. Si ando acompañada pues adiós, adiós, me pierdo, pero si no tengo un límite. Yo misma puedo decir 'ya no quiero tomar más', estoy en plan bailando no sé qué y ya no voy a tomar más y ya está».
(GTMT)

Asimismo, apuntan que el hecho de permanecer en grupo es crucial en determinados espacios de fiesta masificados, como los macrobotellones o las fiestas de los barrios que, como ya apuntamos en el apartado «Escenarios de violencias», son lugares de mayor riesgo para las mujeres. En estos casos, hablan de «mantenerse pegadas» e incluso de ir agarradas de la mano unas con otras si deciden moverse por la fiesta. Así se sienten menos expuestas a las agresiones sexuales que, como además hemos visto anteriormente, los hombres suelen cometer aprovechando que las mujeres se quedan solas:

- *Mujer 1: (...) En una fiesta de barrio o un macro botellón (...) por ejemplo, voy súper al loro de todo, en plan, 'X'¹³ no te alejes a... O sea, quiero que estés a tres centímetros de mí.*

- *Mujer 2: Se hace de noche y a lo mejor yo estoy cogida de la mano con 'X', se me ha caído yo qué sé, se me ha caído el mechero, hago así, la suelto y cuando... Hay tanta gente que ya no sé dónde está y ya me encuentro sola (...) Y eso es lo peor, porque hasta que las buscas, no sale cobertura porque hay muchísima gente y tal. En fin, pues es que en ese segundo te puede pasar cualquier cosa. (GTMM)*

El hecho de estar en grupos mixtos no se puede considerar una táctica de defensa, ya que comentan que no salen expresamente con amigos para evitar el acoso, pero sí apuntan que es un elemento de coerción muy potente. Los hombres del grupo ejercen de «guardaespaldas», ahuyentando así a otros hombres e inhibiendo cualquier intención de acercamiento. La mera presencia masculina en un grupo activa en los hombres ajenos a ese grupo la idea de propiedad y dominio sobre el cuerpo de las mujeres por parte de los hombres con quienes están:

- *Mujer 1: Yo creo que tampoco se me acercan mucho porque en casi todos mis ambientes, tengo mis amigas, pero casi todos en mi ambiente son chicos, y cuando salgo hay veces que han sido seis chicos y yo. Y es como que los guardaespaldas.*

- *Mujer 2: Se supone como que uno de ellos es, ya es él... O sea, si me meto con ella se van a meter todos.*

- *Mujer 3: Cuando voy con chicos a algún sitio, a lo mejor me siento más protegida en ese sentido. Porque sé que, si un hombre va a venir a acosarme, no es lo mismo que yo le rechace a que lo haga un conocido mío. (GTMM)*

En ocasiones estos «guardaespaldas» se hacen pasar por los novios de quienes están siendo acosadas, lo cual es visto por las mujeres como algo que, a pesar de ser un acto de apoyo, no es lo deseable. Esta forma de defensa responde a toda una lógica de poder patriarcal, que convierte el cuerpo de las mujeres en propiedad de unos y otros:

«Cuando ven mis amigos que me están agobiando o que vienen hacia mí o lo que sea, vienen en medio y me sacan a bailar como... Lo hacen a buenas, pero también acaba siendo como no, está conmigo ¿entiendes? Es una técnica de solidaridad al final, pero, no debería resolverse así». (GTMB)

13 Se preserva el anonimato.

De hecho, otra medida que usan ante el acoso de manera reiterada, y que parece ser compartida por muchas de las mujeres participantes de la investigación, es el hecho de transmitir que no están disponibles sexualmente diciendo que tienen novio:

«Pues a mí cada vez que me han entrado, pues yo me he girado y a lo mejor me he inventado que tengo novio». (GTMV2)

«La primera excusa que se te ocurre, es decir: “no, que tengo novio”». (GTMB)

En esta misma línea de la no disponibilidad sexual, intentan frenar el acoso inventándose que son lesbianas, lo cual parece ser una táctica de defensa bastante eficaz. En el sistema patriarcal aquellas mujeres cuyo deseo sexual se construye ajeno a la mirada masculina no son de interés para los hombres:

- *Mujer 1: Yo he llegado al punto de decir: “soy lesbiana” (risas).*
- *Mujer 3: Ah, pues esa es la mentira más grande que podemos decir todas las mujeres siempre: yo soy lesbiana, a mí no me interesas. (GTMT)*

La evitación sería otra táctica de defensa muy habitual; por ejemplo, apartarse del acosador e incluso abandonar el local es algo que todas las mujeres han llegado a hacer en algún momento y más de una vez. Inclusive dejan de ir a determinados locales para evitar el acoso. De esta manera, son las mujeres quienes finalmente se ven conducidas a renunciar a la libertad de moverse sin restricciones en el espacio público:

«Suele ser moverte de sitio, y si sigue pues al final como están borrachos haces así (chasquea los dedos) y se van ellos solos. (...) Tampoco puedes hablar con ellos, o sea, no puedes decirles “oye, ya vale, me estás molestando”, o sea, no están en condición de nada». (GTMB)

«Es desagradable, yo he dejado de ir a la discoteca porque es desagradable, es que es... O sea, es de acabar hasta el coño literalmente decir, es que no puedo, ya no voy a discotecas porque es que para qué». (GTMV1)

Frente a las tácticas de evitación nos encontramos con las empoderadoras de enfrentamiento, por ejemplo, la violencia física y verbal ante los ataques es una opción para algunas de las mujeres participantes. Responden con fuerza, rabia y agresividad, invirtiendo así el rol que el patriarcado asigna a las mujeres ante la violencia machista:

«La primera vez que salí en el Súper Gloud, me tocaron una vez el culo, me giré, le pegué una torta y ya está. O sea, es que a mí por qué me tienen que tocar el culo». (GTMV1)

«Yo, guantazo, no he llegado a dar guantazo, pero sí que he llegado a chillar, a chillarle a dejarle las cosas claras». (GTMV2)

Asimismo, las mujeres migrantes, cuya situación administrativa es irregular, se ven condicionadas a la hora de defenderse activamente ante una agresión sexista, por si dicho enfrentamiento les conduce ante las fuerzas de seguridad del Estado. Señalan que si su situación administrativa fuera regular no huirían, sino que se enfrentarían violentamente al agresor:

«Yo creo que si no tuviese ese problema migratorio no me daría miedo, por qué, porque yo no sé, yo digo, mira es que, el que me va a tocar le arranco una oreja y no le puedo arrancar la oreja, entonces me tengo que quedar, así como gritar, correr, zafarme». (GTMT)

Sin embargo, las mujeres autóctonas, cuando se defienden activamente ante los agresores hacen mención a las fuerzas de seguridad del Estado como amenaza que puede ahuyentarles:

«Así que me giro y le digo “Me comes el coño de arriba abajo, y como vuelvas a decir eso, se lo dices delante de la policía, ¿sabes? porque lo que estás haciendo es acoso». (GTMV1)

Paralelamente, se aprecia cierta indefensión aprendida por parte de algunas mujeres ante las constantes agresiones sexistas. Muestran claramente su malestar ante estas violencias, les incomoda, no les gusta, pero deciden no manifestar su enfado por no resultarles resolutivo. Así, poco a poco, el nivel de tolerancia ante las violencias sexuales va en aumento, incluso ante las violencias que en apariencia no son tan sutiles. Argumentan haber desarrollado esta tolerancia como estrategia para no vivir enfadadas permanentemente. La indefensión aprendida es producto del agotamiento de las mujeres ante tantas agresiones sexuales:

- *Mujer 1: Que te toquen el culo eso, entras en una discoteca y te van a tocar el culo cien mil veces.*
- *Entrevistadora: ¿Y vosotras cómo vivís esto?*
- *Mujer 1: A ver, te sienta mal (...) al fin y al cabo, joder, ¿por qué me tienen que tocar el culo? (...) Pero es que, al final, ya terminas pasando. O sea, yo al menos termino pasando porque digo, joder es que (...) si a cada uno que me toque el culo voy a estar montándola, es que al final no me lo voy a pasar ni bien, o sea, al final, me voy a amargar.*
- *Mujer 2: Claro, mientras que no vaya a más... (GTMV2)*

Otra de las medidas que llevan a cabo es la de asumir el rol de cuidadoras del grupo, por parte de quienes no están borrachas, para proteger a quienes sí lo están. Como hemos visto en apartados anteriores, las mujeres son conscientes de que el estado de embriaguez les coloca en una situación de mayor vulnerabilidad ante las violencias machistas, por lo que el hecho de que alguien permanezca sobria en el grupo es clave. El rol de cuidado, que históricamente se ha

adjudicado a las mujeres, se refuerza en los contextos de ocio nocturno como una estrategia de defensa ante las agresiones sexuales:

«Cuando salgo con amigas, como soy así la que menos bebe, siempre he sido la más protectora. Yo me acuerdo una vez que salí con mi hermana mayor y su grupito de amigas y claro, una se iba a ir con un chico, ¿qué pasa? Que a mí el chico no me causó buena impresión, entonces qué pasa, que no la dejé irse con él, la cogí del brazo y le dije: “tú de aquí no te vas”, que no, pues es que no». (GTMV2)

«Salí con una amiga, estaba muy borracha, estaba muy borracha, pero no quería que estemos encima de ella, entonces estábamos vigilándola y un chico se le acercó así de buenas y cómo que le dio agua, y luego se la quería llevar y una: “no, no te la vas a llevar, o sea, nosotras estamos aquí mirándola (...) y la sacó fuera y yo vi cómo la besaba y mi amiga estaba a punto de vomitar. O sea, yo le dije “¡quítate!”, pero claro, no sabía, no sabía en qué punto de la situación estaba y mi amiga estando borracha y yo estando en plan: “¡tío apártate!” le tuve que decir: “¡es que ¿te das cuenta de lo que estás haciendo?!” Estoy a punto de caerme al suelo y tú estás intentando, no ligar conmigo, estás intentando meterme mano, o sea, vete por favor». (GTMM)

Aunque normalmente son las que menos beben las que ejercen este papel de vigilancia ante las violencias sexuales, todas las mujeres asumen la responsabilidad del cuidado de las otras cuando salen en grupo. Todas sienten el respaldo mutuo, lo cual les otorga una sensación de seguridad no equiparable a otras tácticas de defensa:

«Pues, a ver, yo porque sabía que no me iban a hacer nada, porque por el sitio en el que estoy porque están mis amigas al lado, me estaban mirando y eso para mí es molestar, pero llego a estar sola en la calle y sí que me agobia y mucho» (GTMB)

«Si te sigue insistiendo, siempre va a estar la típica amiga que va bien que dice que te vayas». (GTMV2)

Otra alternativa de defensa es llamar al personal de seguridad del local, quienes son vistos como aliados por parte de algunas mujeres participantes. Sostienen que, de un tiempo a esta parte, y gracias a la labor de concienciación social sobre violencia sexual del movimiento feminista, actúan rápidamente a su favor:

- Mujer 1: Los guardias de las discotecas siempre apoyan a las mujeres por todo lo que está llevando ahora de, de feminismo, machismo.

- Mujer 3: Yo he tenido que llamar las últimas cinco veces a las seguridades todas las noches porque no te dejan en paz (...) y los de seguridad normalmente, la verdad es que se portan bastante bien. (GTMV2)

Gritar para pedir auxilio es otra táctica que las mujeres tienen clara ante una situación de violencia sexual. Consideran que cualquier persona desconocida respondería a su llamada de auxilio. No obstante, hacen una diferencia en las reacciones de hombres y mujeres ante dicha llamada de socorro. Entienden que las mujeres reaccionarían más rápido y sin lugar a dudas, mientras que los hombres lo harían dubitativamente valorando si «meterse o no». Esto nos lleva a pensar en la existencia de alianzas y vínculos presupuestos entre mujeres desconocidas ante la violencia sexual, que evidencia la sororidad entre ellas:

- *Mujer 1: No sé en los demás sitios, pero Bilbao yo, por ejemplo, yo he visto eso que gente desconocida ayudando a los demás sea cual sea la situación. Entonces yo sé que si grito “¡mira, que este me está haciendo esto!”, sé que vendría gente de todas las edades y aunque no sean de Bilbao a decir en plan: “déjala en paz o...” - Sí, yo lo veo que la gente ayuda mucho.*

- *Mujer 2: Y más entre las chicas yo creo.*

- *Mujer 1: Igual en un chico, o sea, que si lo ve y se lo cuentas no te haría el vacío, o sea, no te diría, que lo arregle ella, yo creo que sí te ayudaría; otra cosa es que igual si lo ven, no sabrían si meterse o no meterse, pero si tú le pides ayuda no te va a decir que no, no me parece que sea de, yo hago, me hago como que ella no me ha dicho nada y ya está.*

- *Mujer 2: Yo veo antes que, o sea, si te pones a gritar, veo antes que una tía vaya donde ti y se ponga a gritar también que un tío. (GTMB)*

8. Reacción patriarcal de los hombres ante la defensa de las mujeres

Las mujeres advierten que cuando ellas se defienden activamente ante las agresiones sexuales, y racistas en el caso de las mujeres racializadas, los hombres reaccionan con violencia verbal y física. Una reacción patriarcal ante la transgresión de los roles de género, donde las mujeres, lejos de quedarse paralizadas ante el ejercicio de poder de los hombres se defienden activamente y con enojo. Los hombres se vuelven violentos cuando se altera el estatus quo de las relaciones de género, especialmente cuando la mujer cuestiona activamente las desigualdades naturalizadas hasta ese momento, y cuando el hombre ve peligrar su poder:

«Los hombres buscan a mujeres más, eso, afables, manejables, incluso ingenuas o incluso infantiles, y en el momento en el que tú te sales de ese parámetro pues como que te responden agresivamente». (GTMM)

«Una vez, yendo a las fiestas del Barrio del Pilar, estaba saliendo del metro y un grupo de chavales me tiraron del pelo y me confronté con ellos y casi me tiran a las vías de hecho». (GTMM)

«Cualquier comentario: “vete a la mierda” o lo que sea, pues ya lo vas a tener ahí, incluso pueden llegar a la violencia, o sea, a pegarte». (GTMV1)

Los insultos que habitualmente usan los hombres cuando las mujeres se enfrentan a ellos suelen ser machistas y hacen alusión a su sexualidad, una de las piedras angulares de la construcción genérica de la identidad femenina. Los insultos más procesados responden a la existencia de los dos estereotipos de mujer que giran en torno a su sexualidad, el de «puta» y «frígida»:

«Entonces cuando te giras y dices: “¿qué haces?” Entonces eres una, bueno, “eres una puta”, “eres una guarra”, “una antipática”, “una seca”, “una frígida”». (GTMV1)

«Pasan de bonita, bombón a puta negra o no sé qué». (GTMM)

Otra de las calificaciones más habituales de un tiempo a esta parte, coincidente con el surgimiento de la cuarta ola feminista y el empoderamiento de las mujeres, es el de «feminazi»:

«Ah, mírala, esta es una feminazi de estas que dice que no a las cosas (...) Al final es sumisión, o sea, consentimiento o rebote o discusión, ya no hay punto intermedio». (GTMV1)

LA EXCULPACIÓN MASCULINA ANTE EL EJERCICIO DE LA VIOLENCIA SEXUAL EN CONTEXTOS DE OCIO NOCTURNO

Los hombres no quieren hacerse responsables de las violencias que sufren las mujeres por su parte, y para ello desarrollan una serie de estrategias y mecanismos internos que los mantienen al margen de cualquier trabajo personal y autocrítico en torno a la masculinidad. Algunas de estas maniobras pasan por sustituir el término «hombre» o «mujer» por «persona», lo que conlleva diluir al sujeto opresor sobre las mujeres, que no es otro que el grupo social al que pertenecen por nacimiento y socialización.

Cuando una mujer llega nueva a un grupo y los hombres intentan sentarse a su lado y darle conversación con intención sexual:

«Sobre todo, yo creo que a la persona que le interesa más o eso». (GTHC)

Se puede ver cuando comentan cómo se acercan a una mujer por la noche:

«Siempre intentando a lo mejor que esté separada del grupo, porque también parece que cuando está en el grupo es como que... Vas a hablar con esa persona, pero como que el grupo...». (GTHC)

O también cuando hacen alusión a las mujeres con las que ha mantenido relaciones sexuales:

«Es el... No sé, en sí tampoco he estado con una persona que era como la del porno». (GTHC)

Igualmente, al hablar sobre cómo llaman a un amigo que liga con muchas mujeres:

«Sí, decimos que está desatado, una persona que está, que todas las noches que sale va a ligar y... Va a ligar o que liga todas las noches...». (GTHP)

Lo usan cuando hablan de un hombre que ha agredido una mujer:

«Que no valora lo que tú eres, o sea, él está por ti solamente por coger contigo y estar en un juego, pues hay algunos que sí, la chica habla con aquella persona y, bueno, le pone un stop o si no terminan ahí. Después se van comunicando, sabes que esta persona es así, no socialices mucho con ella». (GTHP)

O también al referirse a los padres y las madres de violadores. En este caso, además, se trata de responsabilizar a los progenitores de lo que hacen sus hijos exculpando a estos últimos:

«Pero yo creo que los padres y madres de esas personas o cómo los quieras llamar, tendrán algo de culpa en todo esto». (GTHP)

También utilizan el término «gente» para hablar de hombres que están poniendo en marcha estrategias de acercamiento que incomodan a las mujeres, relacionándose con ellas en base al interés sexual que les susciten:

«Sí, a ver, un ejemplo, estamos en grupo de amigos y amigas cenando y un amigo se trae una chica nueva o un par de chicas nuevas, sí que es verdad que hay gente que en grupo sí que, pues intenta hacerle más gracia, hacerle, hacerse notar más para que la chica se fije en él, yo creo que hay gente que lo hace». (GTHC)

La ausencia de responsabilidad va de la mano de la autocomplacencia, una característica propia de cualquier grupo dominante, que favorece su exculpación y les lleva a interpretar como suficiente lo que ya hacen en términos de relaciones igualitarias con las mujeres. En el caso de los hombres participantes de la investigación, ninguno reconoce tener un trato poco ético con ellas, mientras sí identifican en otras prácticas machistas que les perjudican. Mantienen la creencia de que no se trata de la masculinidad el origen de la violencia contra las mujeres, sino de hombres muy concretos:

«O eso, porque sí que es cierto de que algunos hombres simplemente ven a las mujeres como un objeto y...». (GTHM)

Responsabilizan a las mujeres de las violencias que sufren por parte de los hombres, no señalan en ningún caso que las mujeres tienen derecho a ser libres sin que les agredan o abusen de ellas. Es más, algunos son claros y cuentan cómo se permiten decirle a una mujer qué debería hacer para evitar sufrir violencias:

«Es mejor hablar con aquella chica ¿sabes? Oye, tienes que cambiar esto porque otras personas pensarán que tú eres una chica fácil y te pueden meter mano o tocar un pecho o te pueden tocar el trasero, el culo y tienes que cambiar un poquito tu manera de ser». (GTHM)

En el siguiente caso legitiman intentar ligar con una mujer de forma agresiva e insisten en que son ellas las responsables de poner el límite. No conciben la autolimitación, algo imprescindible en los hombres para construir unas relaciones más igualitarias:

«O sea, sí que hay formas más agresivas y menos agresivas, pero eso no debería de determinar que esté bien o mal, porque debería parar en el momento de que la chica dice no, entonces tú puedes ir a saco, o sea, al final, son técnicas de ligue, tú puedes ir a saco, pero si la chica te dice que no, tienes que parar tu agresividad o lo que hayas hecho e irte». (GTHP)

Otra estrategia para no responsabilizarse de su masculinidad es hablar en tercera persona de los hombres y no en primera persona del plural. Es decir, cuando les interesa se incluyen en el grupo social y, cuando no les interesa, hablan como si no perteneciesen a él:

«Y otra técnica que hacen bastante al menos en la calle es de, cuando una chica se encuentra sola, de que le preguntan: “¿por qué tan sola?” Y pues claro, yo lo vi y dije, cómo es posible que se haya ligado a una tía simplemente con decir eso, y claro yo como que siento que, no sé se siente tan fácil, pero a la vez como tan mal. A mí, al menos no me gusta, pero sí que he visto cosas así bastantes». (GTHM)

En los siguientes casos observamos que se utiliza esa desidentificación con quien violenta a una mujer, y que a la par es objeto de exculpación explícita. Le quitan importancia y lo excusan bajo el apelativo de «equivocación». Asimismo, dejan claro que los hombres que se dan el permiso de opinar sobre el cuerpo de una mujer que pasa por la calle no es que sean machistas ni malos, lo hacen sin «maldad». De esta forma, se desliga lo ético de las prácticas masculinas que afectan a las mujeres, porque no las consideran importantes como para determinar si alguien es «bueno» o «malo» por ello. Asocian así la bondad como algo intrínsecamente masculino, independientemente del trato que les den a las mujeres:

«Yo he visto amigos que estaba claro que la chica no quería nada, pero él no se ha... No marcha, no se da cuenta, pero no pasa nada que todos nos equivocamos, y estar todo el rato detrás de ella, acercándose, decirle, es que no sé qué y no sé cuánto, y la tía ves que está pasando en su puta cara». (GTHC)

«Tienes amigos pues que ven a una tía y se acercan a la barra y le empiezan a... Y ves, y tú te estás dando cuenta de que no quiere y el otro no lo ve o que no lo hace con maldad». (GTHM)

«Yo he visto gente más mayor, que son las mejores personas del mundo, ha pasado una chica guapa: “¡ay! olé, mira que chica más guapa” ¿y qué le vas a decir? El hombre no lo dice con ningún tipo de maldad». (GTHC)

Otro mecanismo interno para mantener intacta su idea del yo, como personas con ética que no tienen que cuestionarse, es argumentar que las mujeres actúan igual que los hombres, que los comportamientos son indistintamente propios de las personas y no en razón de su sexo. Un solo ejemplo les sirve para decir que las mujeres también lo hacen. Podemos afirmar que los hombres en su foro interno mantienen la visión de que la violencia no tiene género:

«Pero, tanto por ambas partes ¿eh? O sea, quiero decir, por ambas partes, tanto amigos como amigas, cuando son las cinco o cinco y algo de la mañana que ya la noche va decayendo...». (GTHC)

«Sí, sí y también lo he visto por ambas partes; en Valencia sin ir más lejos, en la última semana de curso, un amigo mío estaba con una chica y estaban ligando y tal, y justo la exnovia le envió un wasap con un comentario súper raro y mi amigo estaba con la chavala, abrió el móvil, se rayó porque le había hablado la ex y estaba muy pillado por ella y le dijo a la chavala que no y la chavala también tuvo una reacción violenta a la hora de contestarle: “pues eres un subnormal, eres un gilipollas, no sé qué, me has estado calen...” Exactamente igual ¿eh? “Me has estado calentado para nada”, esa fue la frase exacta: “me has estado calentando para nada”. Y luego, por otra parte, también he visto: “eres una caliente pollas” también lo he visto, sí». (GTHC)

La figura del trastornado para hablar del hombre que agrede de forma extrema a las mujeres es una de las creencias más extendidas en la sociedad. Este discurso constituye en sí mismo una herramienta que utilizan los hombres para mantenerse en el poder y perpetuar la desigualdad. El desprecio y el uso forzado de las mujeres en el ámbito sexual es individualizado y psicologizado, en vez de entender que tiene un génesis social. Es otra de las formas que tienen para no revisar su masculinidad desde el análisis de las relaciones de poder, asociando el acto violento con un problema de salud mental y no como un componente esencial de la socialización masculina, en la que ellos también se han ido conformando como hombres:

- *Hombre 1: Pues que tienen un trastorno.*
- *Hombre 2: Claro.*
- *Hombre 3: Claro, exactamente, no hay otra posibilidad, es decir, tienen un trastorno y punto.*
- *Hombre 1: O sí o no están bien de la cabeza.*
- *Hombre 3: No están bien de la cabeza.*
- *Hombre 1: Son putos psicópatas y ya está. (GTHC)*

«Yo creo que, si haces un análisis psiquiátrico, psicológico de esa gente, sí que habrá parámetros que coincidan en todos. O sea, psicológicamente sí que habrá cosas que coincida». (GTHP)

Construyen un estereotipo de agresor sexual con el que se desidentifican, lo que produce una desmovilización del trabajo que tienen que realizar los hombres en el camino hacia la igualdad, pues desligan el ejercicio de la violencia de la construcción de la subjetividad masculinidad:

«El típico chico fuerte y que se siente seguro de sí mismo y cómo decirlo, de que siempre tiene comentarios machistas sobre las chicas o comentarios sobre folleto y todo eso. Y normalmente son, pues guapos o tienen las típicas pintas de moda o cosas así, y pues, yo les distingo por eso, entonces no sé, al menos, yo los veo así normalmente». (GTHM)

También hay quienes no encuentran ese estereotipo del agresor sexual y consideran difícil identificarlo a simple vista, lo que abre la puerta a que entiendan que la violencia contra las mujeres no depende de un perfil psicológico, sino de un aprendizaje social y cultural:

«Sí, sí, sí, era un chico muy normal y cada vez se está viendo más, que la gente, no, por eso, que no tiene esa cara de malo que sale en las películas que dices, este es el violador, sino que es una persona que luego dices ¡ostias! Que no me lo esperaba que este hiciese esto. Y aquí en este barrio ha pasado, de haber cosas así y no esperaba que este chico hiciese esto». (GTHP)

Algunos justifican la violación en pareja por una falta de control momentánea y señalan como grave la violación premeditada. Da muestra de cómo el corporativismo masculino y la empatía entre el grupo de pares los lleva a exculpar al hombre que agrede sexualmente a su pareja:

- Hombre 1: Yo creo que es el caso que estar con tu pareja o ya... Con una chica y que, en una noche, por ejemplo, yo qué sé, o sea, al final ahí se le cruza el cable, que al final también tendrá su explicación, pero no veo lo mismo que vayan ahí a sacarlo a hacerlo

- Hombre 2: Pero una cosa es que vaya un grupo y violen a una chica y otra cosa es que, en una pareja, por ejemplo, que la chica no quiere y el chico, para mí es... O sea, por ejemplo, los de la manada estos iban a machete a por eso y hay grupos que hacen eso. (GTHP)

Algo que era de esperar es que algunos hombres reciban con enfado el hecho de que se hable de una posible relación entre ellos y el que violenta a las mujeres. Afirman no ser machistas utilizando el manido argumento de que en su casa los han educado con ciertos valores, invisibilizando toda su socialización y experiencia vivida desde una posición masculina, y señalando como lo únicamente determinante la educación que recibió de su entorno familiar:

«Lo que no puedes hacer es llamar al colectivo, es que ahora todo se llama así con este lenguaje inclusivo, al colectivo que estás intentando educar o intentando enseñarle algo, que yo creo que muchos ya venían de casa enseñados, a mí... Yo crecí en una época, que a mí me han enseñado ser una persona decente, o sea, una persona cívica y punto, lo que no puede ser es insultarnos, directa o indirectamente ¿por qué? Porque puede ser que se lo tomen a mal y lo veo lógico». (GTHC)

«Cada uno decide qué hacer con el tiempo que se le ha dado y con lo que hace con sus putos santos y yo no soy quien, a mí que me comparen con un agresor pues me sienta mal». (GTHC)

Todos los hombres participantes de la investigación creen que la cosificación de las mujeres no es en sí algo negativo. No consideran que la pornografía, la prostitución y mandar fotos de mujeres desnudas con un perfil público por WhatsApp esté mal. Solo lo identifican como problemático cuando se trata de enviar fotos o vídeos grabados sin el consentimiento de la mujer, o cuando la prostitución se ejerce bajo coacción. No se dan cuenta de que su mirada objetualizante sobre las mujeres se refuerza con la normalización de estas prácticas. Muchos hombres creen que mirar a una mujer en la calle de forma sexualizante no es poco ético si la mujer no los ve, pues no sufre esa violencia:

- *Hombre 1: Pues normalmente suelen ser modelos o...*
- *Hombre 2: Actrices porno.*
- *Hombre 1: Actrices porno o tías de Instagram que están buenas: "pues ¡hostia! Está guay, está buena, está guay" no pasa mucho de ahí.*
- *Hombre 3: No es gente normal, o sea, normal de (...) son perfiles públicos de, pues como estamos hablando ¿no? De porno... (GTHC)*

LA CONSTRUCCIÓN PATRIARCAL DEL DESEO SEXUAL MASCULINO COMO ANTESALA A LA VIOLENCIA SEXUAL

La construcción patriarcal del deseo sexual masculino es la antesala de la violencia sexual, puesto que es en este proceso cuando se despoja a las mujeres de su condición de humanas y se las convierte en objetos al servicio del placer masculino. Sobre esta cuestión reflexionan las mujeres participantes de la investigación y nos cuentan sus experiencias y pareceres.

Cuando las mujeres mantienen relaciones sexuales esporádicas con hombres que han conocido una noche o con amigos y conocidos, afirman sentirse controladas con la actitud que los hombres tienen con ellas y menospreciadas ante la falta de reciprocidad en la búsqueda del placer. Ven actitudes de dominación y violencia, donde *«el chico es el que controla la situación»* para satisfacer su deseo sexual sin tener en cuenta lo que ellas quieren:

«Que te empotran sin haberte lubricado y que te escupan sin tú haberlo pedido, que te cambien de posición (...) dicen que tienes que tener cuidado rollo en plan, no puedes meterla en el culo y luego en la vagina (...) Pues peña a la que se la puede sudar, porque en el porno lo hacen». (GTMM)

Las mujeres creen que un factor determinante en las conductas de dominación masculina es el visionado de la pornografía, que moldea el deseo sexual masculino haciendo creer a los hombres que el dolor físico puede resultar excitante y placentero para las mujeres. Creen que en la pornografía la violencia sexual contra las mujeres está siendo erotizada:

«Sabes que eso realmente, exactamente, es peligroso (...), yo qué sé, lo estás viendo, ves cómo está de roja, cómo asfixiada tal, cómo cuando la dejas de ahogar, exactamente, en plan, qué puede ser que esté actuando y tal, pero yo, en mi interior, creo en plan, que hay un trasfondo de que, que te estén atando por tantas partes, que te estén asfixiando por tantas... (...) cuando ya es tan extremo, tan qué... O sea, poniendo esos moratones en sus pechos que dices, eso no tiene que ser nada sano; cortes, tal, que dices es que... O sea, cortes en la vagina, es que, dices, esto no es sano en plan...». (GTMM)

«Lo relaciono a lo mejor mucho con el porno ¿no? A lo mejor, escenas de sado masoquismo o lo que sea, o a lo mejor, simular incluso una violación, que hay gente que le pone eso, pues a lo mejor ves y piensas, oye, pues a lo mejor está actuando porque le pone este rollo, no sé qué y siguen y siguen y siguen y luego pasa lo que pasa ¿sabes?». (GTMM)

«Vi una noticia, que un hombre mató a una mujer mientras, en el acto porque no sé si la estaba haciendo, si la estaba ahogando o algo así. O sea, eso tú tienes que ver, darte cuenta ¿no? O sea, estás ahí y esa es tu culpa, y entonces tenían el dilema de, si él era culpable del asesinato o no, claro que sí. O sea, si estás viendo que tú la has matado por qué la tienes agarrada por aquí...». (GTMM)

Hacen también alusión al gran número de personas que ven películas porno donde se simulan violaciones y, más concretamente, al video de La Manada:

«En Twitter se puede subir todo tipo de videos (...) gente que se quejan ellos, en plan de, no puedo creer que en búsquedas de no sé qué web, el primero esté La Manada y tú dices, qué hay gente que busca eso, o sea, busca el video de La Manada y así (...) sí que he visto de gente diciendo, es que mira, es que estoy viendo en esta web y es que el video número 1 es no sé qué “viola a niña de 10 años”, dices, a ver, qué está pasando ¿sabes? (...) Es muy fuerte. (...) A mí me parece increíble de que haya gente que busque el video de La Manada, en plan... Una cosa es tener el morbo de otra cosa, pero es que, de eso, de ver como violan a alguien y encima que los videos más o menos los que he dicho de que, no sé quién viola a no sé quién, al final, son

actores y vale, me sigue pareciendo mal, pero es que lo de La Manada sabiendo encima que es de verdad, o sea, ver cómo violan a una chica de verdad me parece que es que, la gente que busca eso ya es, no puedes estar bien de la cabeza. O sea, eso ya es gente que vamos...». (GTMB)

«Yo películas no he visto, pero sé que hay tipo, que los títulos son, no sé, “viola a alumna” no sé qué. Y tú dices ¿cómo te puede dar ganas de verlo?». (GTMB)

Señalan también al porno como causa de la ausencia de comunicación y empatía por parte de los hombres en sus encuentros sexuales. Esta falta de preocupación por su bienestar parece construir el deseo sexual masculino:

«Yo creo que con la idea del porno tienes la sensación de que preguntándote van a cortar el rollo, y es todo lo contrario, en plan, me gusta que me preguntes ¿sabes? Porque te estoy diciendo lo que me gusta, me vas a hacer disfrutar a mí, tú también vas a disfrutar ¿sabes? No sé, cómo que hay más reciprocidad en ese sentido, que si es todo el silencio». (GTMM)

En contraposición a este modelo patriarcal de relación sexual relacionado con la dominación, ponen como ejemplo otras relaciones que han establecido donde hay reciprocidad, cuidado, placer mutuo y comunicación:

«Estar haciéndolo con un chico y a lo mejor verle la cara que lo que estoy haciendo o lo que estamos haciendo no lo está gustando, entonces yo le digo: “¿te está gustando?, ¿estás a gusto?, ¿quieres seguir?” O sea, a lo mejor él no quiere porque a lo mejor, pues yo lo entiendo en ese sentido porque a lo mejor he pasado por lo mismo y no quiere decirlo explícitamente, pues porque tiene miedo a cortar el rollo, le da vergüenza lo que sea, pero yo le veo igual que si me ven a mí también, he tenido parejas que me han visto, que a lo mejor ponía caras raras y me decían: “oye ¿estás bien?, ¿lo estás pasando bien?, ¿quieres que cambie?, ¿quieres parar?” ¿Sabes?». (GTMM)

Las mujeres también hablan del silencio para referirse a la falta de efusividad que los hombres muestran en sus encuentros sexuales. Comentan que no solo se sienten mal por la actitud controladora de algunos hombres con quienes han mantenido relaciones sexuales, sino por cómo se muestran con ellas, poco expresivos y efusivos. Apuntan que este «silencio» es algo habitual en ellos, siendo algo propio de la masculinidad que limita el placer de las mujeres, las cuales apuntan que, como los hombres, también encuentran en el gemido de la otra persona algo excitante:

«Lo del silencio, por ejemplo, a nadie le gusta follar con muebles, en plan, hola, por favor, dale respuestas... Incluso, el hecho de gemir o de hacer algún gesto que se salga fuera de eh, estoy aquí yo, como que rompe y rompe la masculinidad del tío y

es cómo que, no, tío, dame... Igual que a ti te gusta que yo esté gimiendo, pues hazlo tú también». (GTMM)

En las mujeres concienciadas se aprecia que la toma de conciencia de los patrones patriarcales, que rigen los encuentros sexuales heteronormativos, ha hecho que ya no asuman una actitud pasiva y tiendan a establecer un diálogo con ellos, donde consensuan que es lo que les gusta a ambos:

«Ahora cada vez que establezco una relación de tipo sexual, lo hablamos y sabemos lo que nos mola (...) nos contamos las cosas; quiero esto, lo quiero, me siento bien, entonces sí que es verdad que ahora ha mejorado». (GTMM)

La asociación de las mujeres con la corporalidad, su conceptualización como esencialmente cuerpo y el carácter accesible del mismo, son elementos fundamentales en la construcción patriarcal del deseo masculino. Una de las mujeres participantes nos contaba de manera crítica que durante muchos años y desde su adolescencia ha mantenido relaciones sexuales con hombres que no eran elegidos por ella, y explica que, aunque esto le pudiera llevar a relaciones no satisfactorias, se sentía privilegiada por haber sido elegida. Esta experiencia denota la vivencia de una sexualidad puesta a disposición y servicio de los hombres, donde las mujeres son el objeto deseado y pasivo y ellos el sujeto activo que selecciona un cuerpo entre tantos que están a su disposición:

«Yo siempre he tenido como problemas de autoestima en ese sentido (...) Entonces creo que está muy relacionado con eso, en plan, joder, yo me lo tomaba como joder, encima que tengo la oportunidad de estar acostándome con alguien y le voy a poner pegas ¿sabes? Ya no es tanto, ya no lo vivo tanto así porque sí que es verdad que ahora escojo, también porque escojo a mis parejas sexuales más, con más precaución por así decirlo, pero sí que es verdad que antes... Yo creo que estaba relacionado con mi autoestima, pues eso, en plan, joder, encima, encima que me están haciendo el favor de follar conmigo les voy a poner pegas ¿sabes?». (GTMM)

Algunos hombres ratifican la falta de interés en la reciprocidad expuesta por las mujeres durante un encuentro sexual de una noche. Consideran que las mujeres llegan antes al orgasmo o en todo caso al mismo tiempo que ellos, lo que denota una absoluta falta de educación sexual. Satisfacen únicamente su propio placer porque están autocentrados, no son empáticos con las mujeres y adaptan la realidad a lo que a ellos les conviene que sea. Esto muestra de una forma de mirar puramente ideativa, que se traduce en creer que la realidad es lo que ellos piensan que es:

- Entrevistador: *¿Y en ellas cómo lo sabemos?*
- *Hombre 1: Pues o te lo dice o lo notas. O sea, quiero decir, cuando lo notas, pues se siente que a ella le dio el orgasmo al momento cuando grita al final o se queda quieta por un momento y dices, vale, se ha corrido. O cuando empieza a salir ese*

liquidillo de su vagina y dices, vale, se ha corrido. Y no sé qué más... No me he dado cuenta más, nada más de eso así, no sé... Cuando yo me he corrido ha sido bien.

- *Hombre 3: Ahí finaliza.*
- *Entrevistador: ¿Ahí finaliza?*
- *Hombre 3: Sí, bueno, hay algunos que no ¿eh?*
- *Hombre 2: Hay algunos, algunas veces hasta se corren los dos al mismo tiempo.*
- *Hombre 3: Exacto, hay algunos que toman su descanso para la siguiente ronda ¿no?*
- *Hombre 2: Exacto.*
- *Hombre 1: Round two. Continúa allí hasta la chica ya...*
- *Entrevistador: Por lo que decís, normalmente entonces es cuando acabamos nosotros, ¿no?*
- *Hombre 3: Claro.*
- *Hombre 2: Exacto. (GTHM)*

Otros establecen muy claramente la diferencia entre un encuentro sexual de una noche con una desconocida y un encuentro sexual con sus parejas. Dan muestra de una total falta de interés por el placer de la desconocida, corroborando esa falta de empatía hacia las mujeres y de consenso. Sin embargo, acuden al «amor» para explicar que con sus parejas sí ponen atención en ella. Una de las características de la masculinidad es precisamente el ser para sí, la utilización extractivista de las mujeres y la falta de interés en satisfacer sus necesidades y deseos. Así, sostienen abiertamente que ellos no tienen en consideración el placer y el disfrute de las mujeres desconocidas con quien mantienen relaciones sexuales, por el contrario, se mantienen autocentrados hasta conseguir el orgasmo. Una clara muestra de cómo la pornografía alimenta el ensimismamiento masculino:

- *Hombre 1: Yo creo que, en ese momento, hay varios aspectos ¿no? Porque si tú estás con tu pareja, si estás con una pareja estable... Si estás en una noche por ahí, de tira que te vaya, aquí te pillo, aquí te mato, lo que quieres es lo que quieres y ya está, y muchas veces no piensas en el disfrute de la otra persona.*
- *Hombre 2: Si es fuera del ámbito de la pareja y es lo que dice él, una noche, yo creo que acabas tú y te vas a tu casa.*
- *Hombre 3: O sea, estás follando y terminas de follar, ¿cuándo tú consideras que has terminado de follar? (Risas).*
- *Hombre 2: A mí hasta que me aguanta, hasta que me aguanta...*
- *Hombre 1: Cuando una chica de fiesta y vas a eso, vas a eso, acabas y te vas. (GTHC)*

«O sea, cuando te tiras a una noche, sí es que, es más, vas a disfrutar con ella, es más, pues eso, si estás enamorado, es decir, es más conseguir la felicitación de ambos». (GTHM)

Además, los jóvenes participantes en la investigación afirman consumir porno de manera habitual, incluso alguno comenta que lo ve *«casi todos los días»* o *«todos los días»*. Dicen tener claro que lo que ven es ficción, pero a la vez afirman que han aprendido mucho sobre el placer de las mujeres. Esto constituye una muestra de que su sexualidad y su manera de relacionarse en los encuentros sexuales está fuertemente condicionada por la pornografía, y de nuevo refleja esa subjetividad ideática, donde lo que ellos piensan es la realidad, a pesar de no haberlo contrastado con las mujeres:

- *Entrevistador: ¿Os ha llegado alguna información sobre cómo disfruta más una mujer? Por ejemplo.*
- *Hombre 1: Ah, claro, sí, sí, sí.*
- *Hombre 2: En ese aspecto sí, en ese aspecto sí. En ese aspecto yo creo que sí.*
- *Hombre 1: Lo primero que tienes que pensar que lo que estás viendo es ficción lo primero; lo segundo, que cada persona es un mundo entonces, pero yo creo que sí que te enseña un poco...*
- *Hombre 3: Sí, pues unas bases ¿no? No sé, pues a lo mejor que el tío le está chupando las tetas a la tía, que empieza, va a bajar hacia abajo dándole... Que el cunnilingus, qué no sé qué...*
- *Hombre 2: El esto, que no sé... (GTHC)*

Consideran la pornografía como su principal fuente de educación sexual y señalan que esto es así debido a la carencia de dicha educación sexual en los espacios educativos formales. El hecho de que esta educación sexual no exista hace que la pornografía sea la información más detallada que tienen los jóvenes de cómo practicar sexo y, en este sentido, va a colaborar en la construcción de sus expectativas y deseos. La falta de una buena educación sexual dificulta que vean de manera crítica la información que la pornografía les ofrece:

«Esa ha sido nuestra educación sexual, la pornografía que hemos visto». (GTHP)

- *Hombre 1: Exacto.*
- *Hombre 2: Yo he aprendido a hacerlo.*
- *Hombre 3: Bueno, eso es como una tercera escuela ¿no?*
- *Hombre 1: Es la clase sexual que no te dan en el colegio.*
- *Hombre 3: Exacto porque la primera escuela lo tienes en la calle; la segunda en el instituto y la tercera en los vídeos porno ¿no?*
- *Hombre 2: Pues yo creo que esa es la primera.*
- *Entrevistador: ¿Para ti es la primera esa?*
- *Hombre 2: Sí.*
- *Hombre 3: No, pero yo pienso que la calle primera vez.*
- *Hombre 1: No, porque así y tal, un chaval que no conozca y venga uno y le diga: "eh, mira esto y se lo enseña" y él ya ahí comienza sus pensamientos ahí.*
- *Hombre 3: Cómo hacerlo, cómo hacerse... Porque, o sea, cómo te digo...*
- *Hombre 1: O sea, no tiene conocimiento y viene uno, así, vamos yo y un chaval que no conoce ni nada y le muestro el vídeo de esto y ya empieza él. (GTHM)*

Los jóvenes vienen a corroborar lo que las mujeres apuntaban acerca de cómo la pornografía transmite a los hombres que producir dolor físico a las mujeres durante las relaciones sexuales puede ser sexualmente excitante para ellas. De hecho, hablan explícitamente de la brusquedad, la agresividad, la asfixia y las «nalgadas» como acciones eróticas:

- *Hombre 1: Realmente, por ejemplo, a las mujeres les gusta que... Algunas mujeres les gusta lo cariñoso; a otras les gusta....*
- *Hombre 2: Lo rudo.*
- *Hombre 1: Lo rudo, lo agresivo.*
- *Hombre 3: Y lo salvaje también (entre risas).*
- *[...]*
- *Hombre 1: Que le besen el cuello ¿no?*
- *Hombre 3: Exacto y que le cojan... Algunas veces que le cojan del cuello, que le den nalgadas, cosas así, porque no sé, muchas mujeres son muy cerradas en eso, pero yo lo veo como algo normal, es sexo ¿no?*
- *Hombre 2: Un deseo, una fantasía que sale de la mujer. (GTHM)*

Es relevante advertir como en ninguno de los grupos de hombres se hizo crítica de la pornografía, ni como en ningún caso identificaron escenas de violencia sexual explícita cuando se habla de acciones como las anteriormente mencionadas.

Además de la pornografía, también abordamos el tema de la prostitución con los hombres, porque consideramos que ambas son agentes socializadores muy potentes y construyen especialmente el deseo sexual masculino.

En relación a la prostitución, todos tienen una visión similar basada en el mito de la libre elección y el consentimiento. Condenan la trata con fines de explotación sexual, pero legitiman la prostitución, ya que ven en esta práctica un ejercicio de libertad y empoderador por parte de las mujeres que toman decisiones sobre su propio cuerpo:

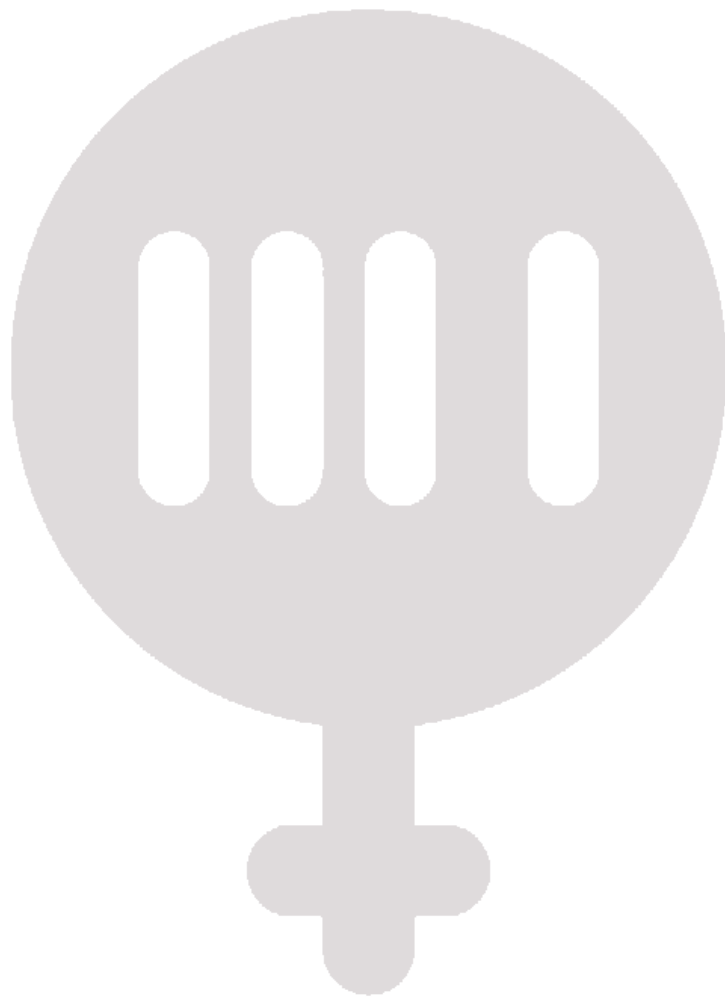
- *Hombre 1: Que cada uno haga lo que quiera, mientras no haya trata de blancas ni todo eso, yo creo que cada uno es libre de decidir sobre su cuerpo y punto en todos los aspectos.*
- *Hombre 2: A mí me parece igual.*
- *Hombre 1: (...)*
- *Hombre 3: Lo que sí que es verdad que habrá prostitutas que no deciden estar ahí, pero hay otras que igual sí que lo han decidido, entonces, igual que si eres feminista para decir que una mujer pueda hacer lo que quiera con su cuerpo, tienes que ser feminista para no ser abolicionista, porque igual hay gente que lo hace porque quiere, es mi opinión ¿eh? igual no es muy normal, pero... (GTHC)*

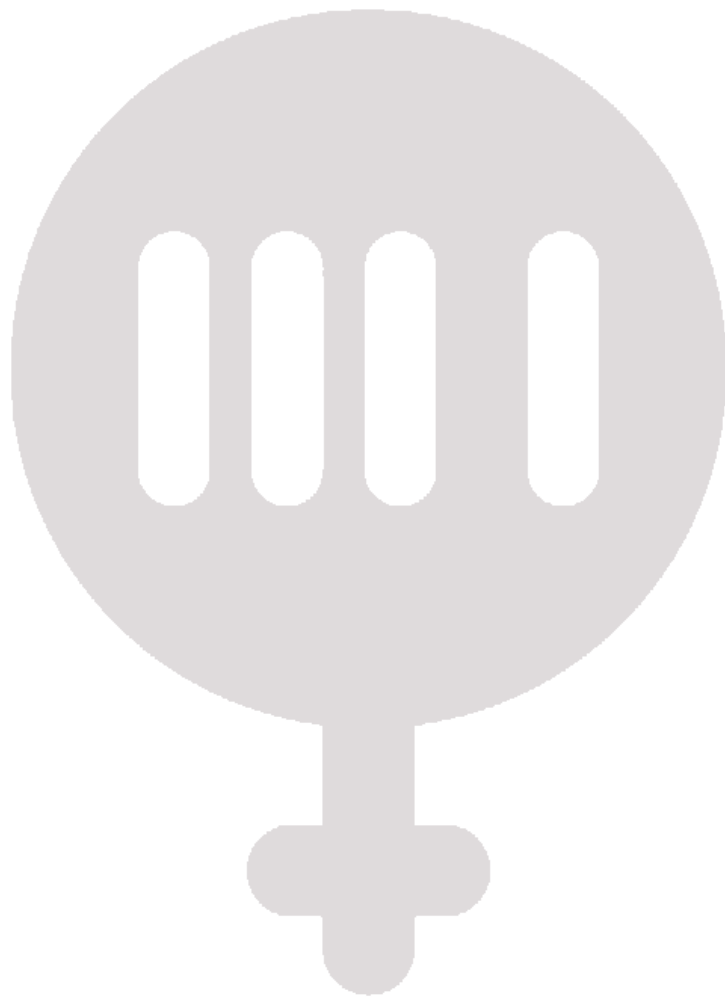
Ninguno de los jóvenes participantes de nuestra investigación hizo en ningún momento crítica de la prostitución. Por el contrario, en sus ideas y creencias está latente la cultura de la prostitución,¹⁴ al considerarla una práctica absolutamente normal en los hombres; de hecho, lo único que les preocupa sobre esto son las posibles enfermedades que pueden contraer al consumirla asiduamente:

«Qué enfermedad te va a pegar (...) si me cojo una, pasado otra, otra, así... Y tú no sabes el peligro que corres, bueno, solamente he ido una vez nada más (...) Pero tienes como ese miedo ¿no? De que te pueda pasar si vas tantas veces». (GTHM)

Las ideas que los jóvenes tienen en torno a la pornografía y la prostitución parten de la idea de que el hombre es el sujeto que tiene un deseo sexual y la mujer es el objeto que él va a utilizar para satisfacer su deseo, siendo indiferente lo que ella quiera, sienta o desee. Así, podemos advertir que esta deshumanización de las mujeres y esta construcción patriarcal del deseo masculino es la antesala de la violencia sexual, donde los cuerpos cosificados de las mujeres no se cuidan, sino que se maltratan.

¹⁴ Cultura que garantiza a los hombres el acceso al cuerpo de las mujeres.





ANÁLISIS DE LAS RUTAS DE VUELTA A CASA

El recorrido que las mujeres jóvenes tienen que hacer para volver a casa tras una noche de fiesta también forma parte del ocio nocturno, y es en este momento y recorrido donde las mujeres sienten fundamentalmente la amenaza de la violencia sexual ejercida por los hombres. De hecho, el miedo frecuente que sienten las mujeres jóvenes no es tanto a las violencias sexuales que puedan ejercer los hombres con los que se relacionan en los locales de ocio nocturno, sino el que experimentan ante la posibilidad de ser víctimas de agresiones sexuales graves por parte de desconocidos.

Para analizar las experiencias y discursos en torno a la percepción del miedo y seguridad en estos recorridos, cuatro mujeres residentes en la Comunidad de Madrid, una en la Comunidad de Castilla y León y una en la Comunidad Valenciana realizaron las siguientes **rutas de vuelta a casa**.

	Origen	Destino	Horario	Día	Transporte Público	Vehículo Privado	Tramos a pie
Ruta 1	Barrio de San Isidro, distrito de Carabanchel, zona sur de la ciudad de Madrid.	Pozuelo de Alarcón, municipio situado al oeste de la Comunidad de Madrid.	Entre 00:00h y 3:00h.	Viernes a sábado.	Metro.	Coche.	Desde el origen hasta la boca de metro y desde la salida del metro hasta el coche.
Ruta 2	Ensanche de Vallecas, distrito situado al sureste de la ciudad de Madrid	Villaverde, distrito situado en el sur de la ciudad de Madrid	Entre 00:00h y 3:00h.	Viernes a sábado.	Autobús nocturno.		Desde el origen hasta la parada del autobús y desde la parada de destino hasta su casa.
Ruta 3	Primera Fase de la ciudad de Tres Cantos, situada al noroeste de la Comunidad de Madrid.	Segunda Fase de la ciudad de Tres Can situada al noroeste de la Comunidad de Madrid.	Entre 00:00h y 3:00h.	Viernes a sábado.		Coche.	Desde donde le dejan las amigas con el coche en la Segunda Fase hasta su casa.
Ruta 4	Centro del pueblo de La Atrada, municipio de la provincia de Ávila, al sur de la Comunidad de Castilla y León.	Urbanización residencial de La Atrada.	Entre 00:00h y 3:00h.	Viernes a sábado.			Todo el recorrido
Ruta 5	Centro del pueblo de San Agustín de Guadalix, situado al norte de la Comunidad de Madrid.	Urbanización residencial de San Agustín de Guadalix.	Entre 00:00h y 3:00h.	Viernes a sábado.			Todo el recorrido.
Ruta 6	Plaça de la Mare de Déu, situada en el distrito de Ciutat Vella , en el barrio de La Seu , en el centro de la ciudad de Valencia.	Rocafort, municipio situado al noroeste de la Comunidad Valenciana	Entre 00:00h y 3:00h.	Viernes a sábado.		Bici.	

El análisis de las rutas de vuelta a casa está centrado en dos ejes fundamentales: qué aspectos les generan miedo y qué estrategias de protección activan para sentir mayor seguridad.

1. Aspectos que les hacen tener miedo

Las seis *rutas de vuelta a casa* reflejan que las percepciones del miedo de las mujeres ante la violencia sexual se incrementan en el momento en que salen del lugar donde están de fiesta para hacer uso de las calles y el transporte público en la noche. Este miedo se incrementa o disminuye en función de distintas variables, las cuales han sido señaladas permanentemente por las mujeres en sus rutas de vuelta a casa, siendo casi todas ellas condicionantes de su libertad en el uso del espacio público.

La variable más mencionada ha sido la falta de iluminación, el hecho de pasar por zonas poco o nada iluminadas aumenta extraordinariamente la percepción del miedo, ya que no tienen buena visibilidad y el campo de visión es muy reducido.

«Es cierto que durante el día hay veces que bajo por bajo por el cauce y por la noche lo evitaría porque es una zona oscura y tampoco tenía mucho sentido ir por la noche, bueno, sí, por seguridad sí que es cierto que ahí lo evitaría». (Ruta 6)

La falta de iluminación es algo muy propio de los parques, a lo que hay que añadir que son espacios que fundamentalmente cobran vida por el día, y están deshabitados. Así, los parques son evitados en gran medida por las mujeres en su vuelta a casa, vayan a pie o en bici:

«El problema es que, si me quedo sin metro de Moncloa a Ciudad Universitaria, que es donde tengo el coche aparcado, pues me tengo que hacer un trayecto sola, bastante complejo, que suelo hacer todos los días, pero hoy he tenido suerte y he podido coger el metro. Entonces me suelo esperar, aunque esté trece o quince minutos esperando al metro, pero prefiero eso que irme andando por ese camino, porque lo que suelo hacer todos los días excepto hoy, que he llegado a tiempo, es ir por el lado derecho desde Moncloa hasta Ciudad Universitaria, que es por donde el Museo de América, porque el otro lado es el Parque del Oeste y tiene muy mala fama y no está iluminado, entonces suelo ir por donde el Museo de América, caminando sola y lo paso bastante mal, entonces, intento llegar al metro pronto, al metro de Madrid para intentar evitar esa situación». (Ruta 1)

«Al lado de mi urbanización hay un parque enorme, que lo llamamos el Parque Central y no pasa nadie por ahí y por ahí si me da mucho miedo ir y a veces, por lo que sea, por cansancio, por lo que sea...porque sí es un camino más corto, ¿vale? Hay a veces que, si lo cojo por eso, por querer llegar antes, pero normalmente cojo el camino largo, pegado a la carretera, por miedo. Siempre voy por el lado de la carretera, porque al lado del parque me da mucho miedo, porque está muy oscuro y si por ahí pasa alguien, me cago literalmente». (Ruta 3)

«El río en Valencia actualmente es un parque, se desvió hace años el río Turia, entonces es un parque. Es cierto que durante el día hay veces que bajo por bajo por el cauce y por la noche lo evitaría». (Ruta 6)

Denuncian esta falta de iluminación en las calles y demandan la renovación del equipamiento urbano, con un mayor número de farolas y la reparación de las que no están en funcionamiento por falta de mantenimiento:

«No hay casi iluminación, solo hay iluminación para la carretera, es justo en una de las calles grandes, de las avenidas de Vallecas y las aceras no se encuentran especialmente iluminadas, cosa que se agradecería que si estuvieran un poquito más iluminadas a estas horas, a pesar de que, bueno, son al fin y al cabo contaminación, pero hay bastantes zonas en las que las farolas están estropeadas y en las que no ves apenas casi nada, más lo que se ve en la próxima farola, en plan, se va, pero bastante mal, bastante oscuro». (Ruta 2)

La visibilidad en el trayecto es un factor que condiciona tanto la percepción de seguridad como la elección de recorrido. Por un lado, está la visibilidad relacionada con el tipo de iluminación: en algunas zonas falta iluminación, y en otras a pesar de existir, la falta de mantenimiento hace que se obstaculice. Pero también está la visibilidad relacionada con el concepto de ver y ser vista, sin obstáculos en el camino que obstruyan la visión, como esquinas, muros, arbustos o vegetación, más altos de un metro. Concretamente cuando estas condiciones se dan en espacios oscuros y solitarios, es algo que les genera bastante inseguridad, no solo por restarles visibilidad, sino porque, además, activan el terror del asalto sexual:

«Te crea también un poco de inseguridad por si en algún caso pudiera salir alguien de alguna esquina de alguna calle de las que se van pasando». (Ruta 2)

«Es que siempre que vengo por aquí me emparanoio (...) y encima hay arbustos y cosas así, pues me imagino personas¹⁵, que a lo mejor es una tontería, pero me pongo bastante nerviosa, es que encima está desierto (...). Estoy yendo muy rápido, así que si hablo ahogada lo siento. Es que siempre pienso que va a haber alguien escondido detrás del muro o algo, bueno alguien no, siempre que me imagino estas cosas, obviamente me imagino la figura de un hombre, por eso cuando he dicho antes que me imagino a lo mejor que hay figuras, siempre es la misma figura». (Ruta 4)

«Estoy en CIU, saliendo del metro de Ciudad Universitaria, no hay nadie y no hay mucha luz, pues hay vegetación a un lado y a otro lo cual pues, los setos me da un poco de miedo (...) las pisadas se oyen...(..) entonces me estoy alejando un poco del camino central que está oscuro; hay vegetación a un lado y a otro, tamaño arbusto, o sea, cómo que llega por el pecho aproximadamente, me estoy alejando y

¹⁵ Teniendo en consideración el audio de la ruta de la vuelta a casa al completo, cuando habla de "personas" se está refiriendo a un hombre.

me estoy yendo hacia la zona de carretera que está más iluminada y así no noto que me escuchan hasta los árboles». (Ruta 1)

Otro de los espacios contemplados como inseguros son las aceras estrechas, donde hay coches aparcados entre la calzada y la acera. Andar por este tipo de vía les da sensación de acorralamiento. Además, también les activa la idea de la aparición repentina del agresor sexual,¹⁶ que puede salir inesperadamente de un coche aparcado:

«Voy por el medio de la carretera porque, bueno, no me gusta ir entre los coches y la acera, no sé, me siento ahí como encerrada y no me gusta (...) y repito, que voy siempre por en medio de la carretera porque pienso que si alguien sale de un coche o algo tengo más capacidad de reacción si estoy en medio de la calle que en una acera pequeña. Ya estoy entrando casi en mi calle, es una zona de urbanizaciones con, bueno, atraviesa una calle principal bastante amplia y luego se meten hacia dentro callecitas más estrechas, yo vivo en una de esas callecitas que voy a ir ahora mismo, aquí ya, en este último tramo ya sí que me entra un poco más de miedo, porque sí que tengo que ir por la acera y no sé, siempre me imagino que va a salir alguien de un coche o algo así y no me gusta». (Ruta 5)

«Una avenida siempre es más ancha, como que ves siempre más vías de escape y te agobia menos que si estás en una calle o en un callejón por decirlo de alguna manera o no sé cómo explicarlo, una calle estrecha». (Ruta 2)

Se identifican otras zonas más inseguras por la falta de actividad durante la noche, como los parkings, los cuales parecen generarles mucho miedo:

«Ahora tengo que atravesar todo el parking de Ciudad Universitaria, que repito, que no hay nadie, absolutamente nadie, porque como es una Ciudad Universitaria pues obviamente a estas horas no hay nadie (...) no es una zona segura». (Ruta 1)

«Paso al lado de aparcamientos y así donde no hay nadie, entonces a la mínima que veo una persona, en estos sitios donde no suele haber nadie, sí que me cago». (Ruta 3)

Otro elemento que aumenta en gran medida la sensación de inseguridad y miedo, tanto a las que vuelven a casa en transporte público como en bici y a pie, es el horario, esta variable está, a su vez, está muy relacionada con otra, la monopolización de tramos del camino por parte de grupos de personas ebrias a altas horas de la noche:

«La zona del Palacio de Congresos, es cierto que es una zona que hay alguna discoteca y hay gente en la calle bebiendo, pero no me causa miedo, también creo que es todavía una hora pronto como para que la gente pueda ir pasada o que te puedan marear; si fueran como a las tres o las cuatro de la mañana igual pasaría más

¹⁶ Idem

rápido, igual evitaría esa zona, sabiendo que bueno, pues con la gente bebe, pero a estas horas todavía no lo veo un problema». (Ruta 6)

«Como hay mucha gente borracha, cuando paso por aquí la verdad es que sí paso mucho miedo». (Ruta 3)

Cruzarse con un hombre en una calle solitaria o con un grupo de hombres es vivido con gran temor, incluso con pánico:

«Son las típicas horas que no pasa nadie, si veo a alguien, sobre todo a chavales o lo que sea, también meto el turbo porque también me entra mucho miedo». (Ruta 3)

«A mí encontrarme cualquier animal me da igual, aunque sea un animal salvaje, es lo que ha tocado, no me importa, pero un humano¹⁷ por favor es que da más pánico encontrarte a una persona en un camino oscuro que encontrarte a un jabalí». (Ruta 4)

«Justo cuando he salido del bar en el que estaba, he visto a un hombre, así, que estaba andando muy despacio y me ha dado un poco de miedo». (Ruta 5)

Los cruces de semáforos son espacios donde las mujeres pueden encontrarse con estos hombres o grupos de hombres, quienes aprovechan que las mujeres se han detenido para intimidarlas:

«Después de la boca de metro siempre hay un semáforo, esta vez no ha habido ningún problema, pero sí que es verdad que en este semáforo muchas veces al esperar, se para el típico individuo que yo qué sé, te empieza a decir cosas o va un poco más pasado de rosca o simplemente te quiere incomodar y se sienten en el derecho de hacerlo, pero en este caso, la verdad es que no ha habido ningún problema y ahora también es verdad que he llegado y se prácticamente se ha puesto en verde el semáforo. Luego hay otros dos semáforos, pero que tampoco suelen tardar mucho en cambia». (Ruta 2)

El hecho de que circulen coches en la noche, para unas es un elemento de seguridad y para otras de inseguridad, ya que el coche puede ser o un elemento de ayuda o un elemento intimidatorio:

«Cuando pasan coches también suelo hacer como que hablo por el móvil, que voy hablando, lo típico, ¿sabes?, por si pasa algo». (Ruta 3)

«Es viernes y la verdad es que hay bastantes coches, no parece que haya ninguna persona a la vista en las calles y eso sí que, eso en parte, pues hace que no haya ningún conflicto interno de miedo en ese sentido». (Ruta 1)

17 Idem

Otro factor importante y condicionante de su recorrido, llegando a tardar hasta casi una hora más en volver a casa, es pasar por barrios que consideran conflictivos a ciertas horas de la noche:

«A estas horas ya no hay metro porque en mi zona podría volver en metro, pero tengo veinte minutos andando por una zona bastante mala, por la que no aconsejo pasar porque es un poco chungu, en el sentido de que te da miedo pasar por allí, de hecho, a mí me han intentado robar alguna vez. Entonces, siempre hago el trayecto en búho, aunque tarde probablemente media hora o incluso tres cuartos de horas y más, que si lo hiciera en el metro». (Ruta 2)

«Pero más adelante empiezan ya a haber como urbanizaciones y eso, bueno, esa parte me da un poco más de miedo más que nada porque, bueno, en esta parte del pueblo, o sea, ahora mismo no, pero suele haber gente así un poco chungu, entonces, bueno, no me suelo sentir muy cómoda al ir por aquí». (Ruta 5)

El conocimiento de su barrio hace que cuando están llegando a él, aunque la zona no esté transitada, se sientan más seguras, ya que conocen bien la zona:

«Ahora mismo me quedará media hora más o menos hasta llegar a mi destino y después tendré que andar unos cinco minutos hasta mi casa, (...) donde yo me suelo bajar en el bus de día, así que solo baja la misma calle que todos los días que me conozco como si fuera mi casa, todos los días». (Ruta 2)

El tipo de transporte del que hacen uso para volver a casa es algo que también condiciona su sensación de miedo e inseguridad. Les genera mayor seguridad el coche privado y la bicicleta, frente al metro y el autobús nocturno. Pero según dos de las participantes, el uso del coche privado, aunque les genera mayor seguridad, dicen no estar exento de peligro.

Una de las jóvenes residentes en las afueras de la ciudad de Madrid señala que coger el coche le supone tener que aparcar en zonas poco transitadas, poco iluminadas y alejadas de la zona centro por donde suele salir de fiesta, ya que en el centro de la ciudad le resulta imposible aparcar y tampoco contempla los parkings de pago:

«Estoy intentando llegar al coche, que está bastante lejos, que eso no me gusta nada, cuando consigo encontrar un sitio y está a tomar por saco, pues me da rabia porque luego tengo que hacerme todo este trayecto sola (...) y nada, ahora tengo que atravesar todo el parking de Ciudad Universitaria, que repito, que no hay nadie, absolutamente nadie, porque como es una Ciudad Universitaria pues obviamente a estas horas no hay nadie. ¿Y por qué aparco aquí? Porque es el único sitio que me conecta con Pozuelo de Alarcón que puedo abarcar más o menos, pero no es una zona segura, y lo que me gustaría siempre es poder aparcar por Moncloa, porque a Moncloa suelo poder volver con más facilidades desde cualquier punto de Madrid,

que es un poco en la zona en la que me muevo, pero a CIU no. El problema es que en Moncloa no hay quien aparque». (Ruta 1)

Igualmente, en el coche dicen tener el riesgo de ser atacadas una vez entren en él (aparcamientos no transitados) o cuando paren en un semáforo:

«Me acuerdo la última vez que llegué al coche, y lo que me pasó es que, nada más entrar en el coche porque estaba acojonada, estaba acojonada por el camino este (...) me metí y cerré en plan, cerré las puertas con la clavija esta, bueno, el cerrojo de las puertas y me aseguré en plan, puff, ya estoy en zona segura que es llegar al coche. Y dicho esto, acabo de llegar a mi coche, así voy a abrirlo, pues ya estoy dentro del coche, lo cual, me hace sentir tranquila en cierto modo, pero siempre tengo la sensación de, o pones el cerrojo o arrancas cuanto antes, porque en el momento en que el coche ya esté en movimiento ya es muy difícil que me ataque nadie, porque voy a estar pues obviamente, entre comillas, inalcanzable, a no ser que me paren en un semáforo». (Ruta 1)

La bicicleta parece ser un medio de transporte que genera bastante seguridad, pero con el que también se toman ciertas medidas cuando se usa por la noche, como evitar pasar por tramos monopolizados por grupos de gente ebria, por zonas oscuras y por lugares solitarios, como los parques. Si, por el contrario, se vuelve a casa, aunque sea de noche a horas no muy avanzadas, cuando aún hay *«mucha vida en la ciudad»*, las precauciones que se toman son las estrictamente referidas a la seguridad vial:

«En todo momento me he sentido segura en el trayecto, es cierto que es una hora que considero que es pronto para el horario español, entonces todavía mucha gente por la calle, sobre todo, en la zona de Valencia, en todo momento he ido por el carril bici, son grandes avenidas y me he cruzado a mucha gente (...) no he tenido sentimiento de inseguridad en ninguna zona y tampoco he tomado ninguna medida de seguridad a priori que considere que debería tener en cuenta, más allá de cuestiones de seguridad vial como es, llevar luz en la bici y ya está». (Ruta 6)

El metro se percibe como seguro, siempre y cuando no se topen con algún hombre que tenga cualquier conducta que las intimide, como el contacto visual, y no se haga uso de él a altas horas de la noche (últimos servicios) cuando la gente va muy borracha:

«Voy en el andén sola con un chico, pero no me despierta ningún tipo de sentimiento, cada uno estamos a lo nuestro; yo a mi móvil, él al suyo, tampoco hay ningún tipo de contacto ni visual ni... En general, ningún tipo de relación entonces no hay ninguna problemática en principio ni ningún miedo». (Ruta 2)

«Bueno, ya he llegado al metro de la Ciudad Universitaria (...) y comentar en el metro iba haciendo el audio, me he sentado un poco más lejos de unos chavales que estaban hablando y haciendo ruido para que se oyera el audio, y justo me he sentado enfrente de un señor y estaba sola enfrente de él, y la verdad que no me ha gustado mucho (...) así que me he vuelto y me he movido hacia donde estaba la gente haciendo ruido porque me sentía un poco más tranquila, más segura». (Ruta 1)

«De hecho hoy, me podría haber vuelto un poco más tarde, pero he preferido tampoco volverme en los últimos metros (...) para evitar precisamente ese encontronazo con personas que puedan ir subidas de tono o más contentillas o no sé cómo explicarlo sinceramente». (Ruta 2)

No obstante, el hecho de que haya bastante gente en el metro, siempre y cuando no cumpla este perfil, es visto como una ventaja frente al uso del autobús nocturno, donde a veces tienen que esperar en paradas solitarias. El hecho de que haya personal de seguridad en el metro también les genera tranquilidad:

«Además, de por la diferencia entre esperar los búhos, es cierto que en la línea 6 al estar más transitada y también tienes más seguridad, más control en general». (Ruta 1)

Apuntan también que una gran ventaja de usar el metro es que tiene puntos de recarga para los móviles. Llevar el móvil encima por si tuvieran que hacer uso de él es un elemento que les genera gran seguridad, además, como veremos a continuación, es usado para grabar audios de WhatsApp y, en ocasiones, hacer llamadas a las amigas cuando llegan a casa:

«Los metros también tienen punto de carga que siempre me ha gustado cargar el móvil para poder llegar a casa con el móvil operativo, por si en algún momento me pasara algo poder hacer una llamada o poder mandar un mensaje o cualquier cosa, de hecho, ahora mismo estoy cargando el móvil ya que por lo general cuando sales de fiesta, pues vuelves a casa con un 20% o por ahí porque yo, por lo general, estoy toda la tarde fuera y de vez en cuando tengo que enviar algún mensaje o cualquier cosa y el móvil no aguanta más». (Ruta 2)

El autobús nocturno se considera un transporte inseguro a partir de ciertas horas de la noche, ya que quienes esperan en la parada y los que hacen uso de él suelen estar en estado de embriaguez:

«He decidido cambiar el trayecto para no tener que ir en principio tan concurrido como es Atocha, que no me suele gustar mucho tener que esperar al búho así bastante rato porque no sé, cuando llego nunca sé si me va a llevar aún más rato o menos y en Atocha suele haber bastante más gente, bastante más gente borracha». (Ruta 2)

Y como sucede con el metro, el hecho de que haya ambiente juvenil o familiar en las paradas del autobús nocturno y haciendo uso de él es un elemento que genera seguridad, siempre y cuando las participantes estén sobrias (lo cual suele darse a horas no muy avanzadas) y no se dé la situación de estar solas frente a uno o dos hombres desconocidos:

«Hay bastante gente en la parada del búho, así que no parece que vaya haber ningún problema, porque es uno de los problemas o uno de los quebraderos de cabeza por decirlo de alguna manera, cuando hay una persona, dos y en el caso de que sean hombres pues intimida un poco, en el sentido de que a veces tienes que esperar hasta más de veinte minutos a un búho o no hay gente, que es en el mejor de los casos en comparación o simplemente hay una persona que nunca sabes si te va a decir algo o no, nunca he tenido ningún problema, pero nunca sabes si lo vas a tener en estos casos (...) La ventaja hoy es que hay bastante gente joven, también la hora es bastante buena ya que la gente (...) no suele tampoco ir excesivamente bebida, cosa que a lo mejor en el búho de las tres o de las cuatro sí que te encuentras y eso pues sí que es verdad que yo muchas veces me he vuelto a estas horas para poder evitar esos búhos». (Ruta 2)

Las largas distancias entre las paradas del autobús nocturno y las casas también es un inconveniente para las mujeres:

«Este prácticamente me deja en la puerta de mi casa en comparación con cualquier otro transporte y esto me da seguridad». (Ruta 2)

Todos estos elementos que generan miedo e inseguridad hacen que las mujeres desarrollen estrategias a nivel personal para sentirse seguras. Las estrategias que desarrollan para sentirse más seguras o evitar situaciones de miedo varían, aunque la gran mayoría de ellas son comunes.

2. Estrategias de protección que adoptan con el fin de sentir mayor seguridad

Hay muchas formas de protección ya señaladas anteriormente, como el hecho de evitar los parques, las calles estrechas y oscuras y las zonas monopolizadas por grupos de gente ebria. La evitación de estos tramos obliga a las jóvenes a optar por rutas más largas para así reducir, en cierta medida, la desconfianza, el desasosiego e incluso el terror que sienten. Pero no solamente llevan a cabo la evitación de los espacios como medidas de precaución, sino otros mecanismos que tiene que ver con su comportamiento y formas muy premeditadas de proceder.

Por ejemplo, casi todas ellas comentan que a lo largo de todo el recorrido mantienen una actitud atenta y vigilante. Esta actitud vigilante les lleva a prescindir de algo que hacen habitualmente cuando el camino de vuelta a casa lo hacen durante el día, escuchar música con auriculares:

«Y, nada, pues mi actitud es, voy mirando a un lado y a otro, pues eso, no estoy mirando hacia atrás, pero bueno, a veces si lo hago en plan... Voy a mirar, por cierto,

no hay nadie, pero suelo mirar hacia atrás cuando camino sola por si acaso». (Ruta 1)

«Siempre voy como mirando hacia atrás y hacia delante por si hay alguien, o si escucho un ruido». (Ruta 3)

«Siempre que voy a mi casa y estoy escuchando música, si voy sola, todo el trayecto lo hago sin escuchar música, pero porque estoy con todos mis sentidos puestos, es que suena a que estoy preparada a que pase algo, pero a ver, tampoco es eso, pero sí que... Joder, pues estar pendiente para protegerte o lo que sea». (Ruta 4)

Una de ellas comenta que, en el recorrido de vuelta a casa, adopta ademanes masculinizados que puedan repeler la mirada masculina. Igualmente apunta que piensa en cómo vestirse teniendo en cuenta esta vuelta a casa:

«Entonces lo que suelo hacer como ahora mismo (...) es que mi manera de caminar, me parece un poco fuerte, pero es verdad; tanto mi manera de caminar como mi forma de vestir, bueno, habitualmente no llevo una forma de vestir muy femenina, pero lo que hago cuando camino, es caminar con actitudes más masculinas, o sea, llevo la capucha puesta y la sudadera, los pantalones un poco bajados y nada, con gestos de estos, de caminar un poco andando así a lo ancho (...) porque me parece que cuando una persona de lejos tiene pinta de tío es menos vulnerable que una chica con el prototipo que se suele esperar ¿no? de ser un poco atacada, bueno ya, creo que se entiende; el tipo de vestimenta o actitud de, de una chica un poco más con actitud así, femenina o ropa un poco más arreglada o tacones, estas cosas (...) mi forma de vestir o caminar, que es una tontería, pero bueno, me hace sentir un poco más tranquila». (Ruta 1)

Algunas comentan que caminan sigilosamente, intentando no hacer ningún ruido, para no ser escuchadas en aquellos tramos por donde no hay nadie:

«Me he metido en el camino de mi casa (...) estoy súper nerviosa, es que encima también lo que hago muchas veces, es que a lo mejor en este tramo no hablo ni hago ruido por si hay alguien que no lo escuche». (Ruta 4)

Otras caminan muy apresuradas todo el camino para hacerlo en el menor tiempo posible:

«Es que luego llego, o sea, mira que hace frío, es que luego llego hasta sudando de la prisa que me estoy dando, o sea, porque si ando normal, el trayecto suele ser veinte o treinta minutos hasta de donde yo he salido, o sea, si voy normal, quiero decir, si voy de día». (Ruta 4)

«Normalmente suelo ir más rápido y no sé, con más miedo, a lo mejor es porque todavía no es tan tarde». (Ruta 5)

Otra de las estrategias que llevan a cabo casi todas las que van a pie es hacer uso del móvil, o bien para simular que hablan por él y repeler así al posible agresor al hacerle pensar que si la agrede quien está detrás del teléfono se enteraría, o bien enviando audios de WhatsApp:

«Siempre le suelo contar la noche a alguna amiga, ir hablando por el camino y por si alguien me encuentra pues que vea que estoy mandando una nota de voz o lo que sea, o que estoy hablando, o sea, como una forma de protección por así decirlo». (Ruta 3)

«Refiriéndose a la grabación de la Ruta de vuelta a casa] En parte estar grabando esto me hace sentir más segura, porque es como, bueno, en el caso de que pasase algo pues no sé, alguien nos recibiría ¿no?». (Ruta 5)

«También muchas veces lo que hago en plan, cuando hay más gente o es más tarde o me pongo a enviar audios en plan, de lo dejo pulsado y hago que estoy hablando por teléfono o directamente no estoy hablando por teléfono y hago que hablo por teléfono, que lo mismo eso puede dar igual, pero me da la seguridad de, joder, que al menos pienso, o sea, saben que estoy hablando con alguien, aunque luego sea mentira». (Ruta 4)

«Suelo hacer como que voy con el móvil, que voy hablando, lo típico, ¿sabes?, por si pasa algo». (Ruta 1)

De hecho, comentan que llaman a sus amigas cuando han llegado a casa para hacerles saber que están bien:

«Como me he ido sola, me han dicho como tres o cuatro amigas que cuando llegue a casa que les avise». (Ruta 5)

Esperar a volverse acompañadas es una opción contemplada por casi todas ellas, lo cual en ocasiones les obliga a volverse a casa antes de lo que quisieran. Prefieren que sea un hombre el que les acompañe:

«Me he ido hasta ahora, no por, eso, no porque nadie se fuera ahora mismo, sino porque bueno, me quiero ir a mi casa y ya está, no es que haya cambiado mis planes por eso hoy, por ejemplo, pero ayer, sí que lo hice, o sea, me fui antes de lo que yo quería para no irme sola (...) intento siempre ir acompañada y es lamentable decirlo, pero si voy acompañada por un chico mejor». (Ruta 5)

«Hace mucho que no vengo sola porque siempre me acompaña un amigo, pero hoy no ha podido y tampoco le voy a exigir que me acompañe, o sea, que no se lo exijo, sino que él, como sabe pues que da cosa, pues él me acompaña hasta casa y luego se va». (Ruta 4)

Llevar las llaves en la mano, en este caso no como objeto de defensa, sino para no tener que pararse a buscarlas en la puerta de casa, parece ser bastante habitual:

«Voy tocando las llaves y tal, pero no por si me estuvieran atacando o algo, sino no sé, porque soy un poco paranoica en ese sentido». (Ruta 5)

«Voy con las llaves en la mano preparadas para abrir la puerta de casa». (Ruta 3)

Pueden llevar algún objeto para defenderse, en este caso no concretizan el qué:

«Mi padre (...) nos compró una cosa para protegernos y siempre la llevo encima, hoy casualmente no la llevo, pero llevo otra, entonces como que igualmente pues me siento más protegida, pero eso tampoco te quita que te pueda pasar algo». (Ruta 4)

Este terror genera un mapa mental de espacios prohibidos, que hace que las mujeres vuelvan a casa acompañadas, que aceleren el paso en la noche si oyen pasos detrás de ellas y si no los oyen también, que no hagan uso de ciertos transportes públicos, que se vuelvan antes de lo deseado a casa para no volverse solas, que caminen por la carretera y no por la acera, que no puedan transitar por determinadas zonas a ciertas horas de la noche, etc., para evitar sufrir una agresión sexual. En definitiva, hay una falta de libertad individual y colectiva de las mujeres que conlleva la negación del derecho fundamental a la seguridad y al libre movimiento.

3. Terror sexual

Ante todo, este miedo que sienten, una de las jóvenes que está grabando la ruta de vuelta a casa hace alusión a la falta de correspondencia del terror que siente con su experiencia vital; esto es, apunta que nunca ha sufrido ningún asalto o agresión sexual en su vuelta a casa que le provoque el nerviosismo y miedo que siente:

«Ahora estoy llegando a mi casa, que eso sí que me pone más nerviosa, pero bueno, nunca me ha pasado nada, no tiene porqué pasarme ahora (...) O sea, es que es verdad, del tramo a mi casa nunca me ha pasado nada, o sea, alguna vez me he encontrado gente por la noche, que es un poco raro que a esas horas, en un camino que está oscuro haya gente, pero no me ha pasado nada, entonces si el disgusto me lo llevo de decir, madre, pero pasarme nunca me ha pasado, pero igualmente me pongo súper nerviosa (...) O sea, en mi casa está el patio, pues hasta que no entro dentro no estoy tranquila, pero porque empiezo a montarme películas mientras estoy llegando de que alguien puede saltar la valla o tonterías porque... O sea, son

imaginaciones porque no, eso que no me ha pasado una experiencia en mi casa como para decir que me va a pasar, pero hasta que no estoy dentro no estoy tranquila». (Ruta 4)

Esta reflexión acerca de la existencia del terror sexual en la sociedad fue abordada en los cinco grupos triangulares para conocer si entre ellas existía tal terror, y si era así, por qué creían tenerlo. Todas y cada una de las mujeres participantes de la investigación, tanto las mujeres concienciadas como las no concienciadas, son conscientes del miedo que se inocula a las mujeres en relación a la violencia sexual ejercida por desconocidos en el espacio público y en la noche. Así, como explicaba la joven anteriormente en la ruta de vuelta a casa, entienden que este miedo está sobredimensionado a partir de los mensajes que reciben de distintos agentes socializadores, y apuntan al entorno familiar como el principal:

«Te lo dice tu padre que es mayor y hombre, entonces es como, tienes que hacer caso y todas estas cosas. Pero yo en base a mis experiencias, no tendría por qué tener miedo (...) Viene de la educación que recibimos». (GTMV2)

«Yo igual cuando era más joven no tenía ese miedo porque mi madre no se enteraba que salía». (GTMV2)

«Cuando mi abuelo se enteró me dijo “¿cómo vas sola a esas horas por aquí?”, no sé qué... Está todo iluminado, voy por la calle principal; hay gente sacando al perro, hay niños volviendo a casa... O sea, que al final es que también te comen bastante el coco». (GTMB)

Asimismo, apuntan a las «noticias» como potentes transmisoras del miedo, a partir de la difusión de los casos de violencia sexual que últimamente están incrementándose en los medios. También señalan las películas cuya trama gira en torno a la violencia sexual contra las mujeres, que las socializa en el miedo y en la victimización. De hecho, una de las jóvenes señala que «miedo hay que tener», es decir, con toda esta información y mensajes no parece tener la opción de sentirse tranquila o de cuestionar este miedo. Añade que, además, la actitud sobreprotectora de los padres no ayuda. La consecuencia de todo esto es una sensación constante de peligro, un estado de alerta permanente y una falta de autonomía:

«Mis padres son muy protectores y entonces, claro, entre noticias, entre mis padres pues claro, miedo hay que tener, y claro mis padres como siempre “yo te recojo” y yo: “vale, vale”: “te aviso cuando salga y ya está». (GTMV1)

«Luego están las películas donde, yo qué sé, es que les encantan las historias de violaciones y de tal... Y en las noticias, como se da esa información pues genera miedo en la población. Pero pienso que es un miedo infundado, es un miedo que a priori tú no sientes». (GTMV2)

Algunas jóvenes señalan no sentir miedo en ciertos contextos y advierten de que, al no tenerlo, la familia se lo transmite como método de protección. Las mujeres con un alto grado de reflexión feminista interpelan estas actitudes paternalistas y machistas, sintiendo enfado y rabia ante estos mensajes aterrizantes que les desempoderan y les restan libertad:

«Voy a un festival (...) de ordenadores y videojuegos (...) y es verdad que el 95% son hombres los que hay allí y claro, yo voy con todos mis amigos que son chicos (...) y mi madre el otro día llega diciéndome: “es que, ¿seguro que quieres ir?” Digo: “mamá me compré hace seis meses la entrada, obviamente quiero ir” y me dice: “¿pero es que vas tú sola?” Digo: “no, voy con siete amigos, o sea, no voy sola” y me dice: “ya, pero...” (...) Mamá, por favor, rompe lo que tengas ahí, ya sé que es difícil, ya sé que se pasa mal”, pero es la educación esa que te meten que al final, me estás metiendo a mí el miedo en el cuerpo, que yo voy a estar ahí y no voy a estar tranquila». (GTMV2)

«Yo me siento bastante segura donde vivo (...) O sea, cuando se lo dije a mi abuelo en plan de “a ver, tranquilo, que aquí no suelen pasar esas cosas” y me contestó “ya ¿y si pasa?, ¿y si tú eres la primera que pasa?”. Es que me da rabia tener que ir con miedo siempre». (GTMB)

Señalan que en estos mensajes hay implícita una responsabilización de las mujeres ante la violencia sexual, señalando que en el mensaje de «ten cuidado» se sobreentiende que las mujeres con su conducta pueden prevenir las agresiones sexuales:

«Que tenga cuidado, yo tampoco lo entiendo. Yo no hago nada para que me pase algo, o sea, nadie... Yo creo que nadie quiere que le pase algo, entonces el mensaje de cuidado no lo entiendo». (GTMV1)

Apuntan que a ellas se les educa con la intención de protegerse para prevenir una agresión sexual por parte de un extraño, mientras que a los hombres no se les educa para no ejercer ningún tipo de violencia sexual contra las mujeres. Así señalan que, no solo hay una responsabilización de las mujeres, sino una desresponsabilización de los hombres en materia de violencia sexual:

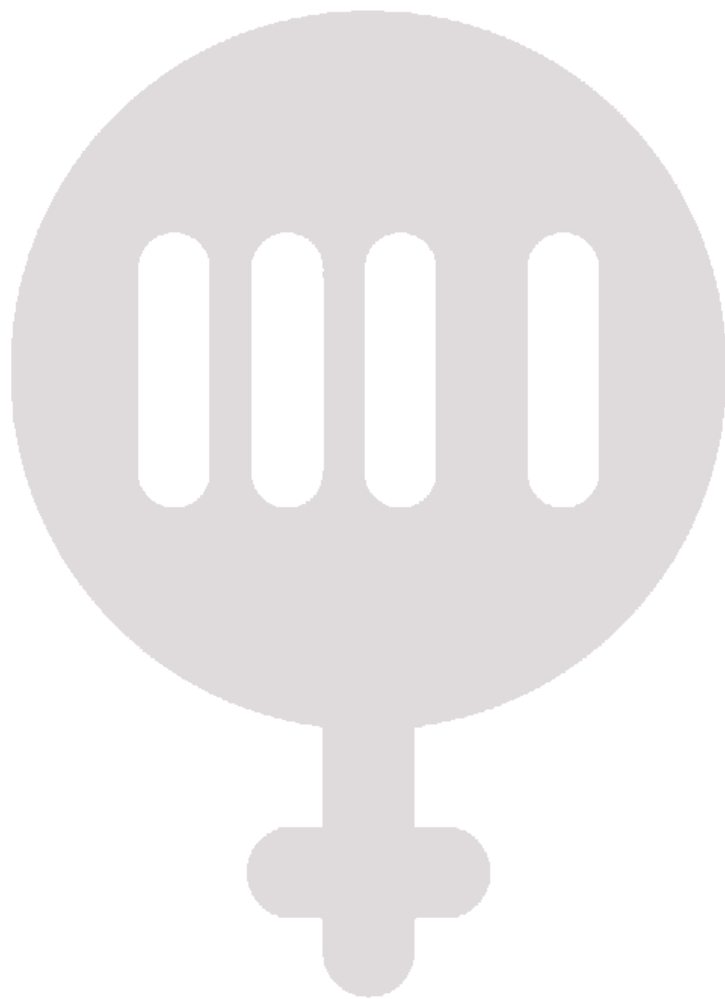
«Ten cuidado, pero tú, tú, ten cuidado tú porque es que... No, no, o sea, la cosa no es que yo tenga cuidado amigo, otra cosa es que no tiene que haber nadie que me vaya a acosar a mí y a ninguna otra piba. Por ejemplo, el caso de mis padres, mis padres (...) “vuelve pronto, ten cuidado con lo que haces, es tu responsabilidad, luego ya sabes lo que pasa” no sé qué y no sé cuánto, “y la gente qué dirá” y eso, o sea (...) toda la responsabilidad caía sobre mí, igual y mientras yo veía cómo mis padres alentaban a mi primo, a que saliera, a que ligara, teniendo, nada, dos años más que yo, y cuando yo tuve la edad de mi primo pues a mí me seguían diciendo eso: “ten cuidado, a ver con quién tú te juntas, a ver lo que haces». (GTMM)

«Llegó la fiesta de graduación (...) pues los profesores (...) a la entrada nos decían: “cuidado con no sé qué, no bebas mucho, ten cuidado” y a los pavos (...) no les decía absolutamente nada, por qué no les dices a ellos, tener cuidado vosotros, no increpéis a las mujeres» (GTMM)

Las jóvenes con un alto grado de reflexión feminista advierten que la transmisión del miedo a las mujeres es una forma de controlarlas:

«Creo que infundir miedo, o sea, meterle miedo a la gente en el cuerpo, en este caso, a las mujeres, también es una forma de control». (GTMV2)

Efectivamente las mujeres son instruidas en el terror sexual, en que «algo» les puede pasar si deciden caminar solas por la vida o si no tienen el suficiente «cuidado», cargando con el terror a la par que con la responsabilidad de la posible violencia sufrida. Se les hace responsables de lo que les pueda pasar y a la vez indefensas, puesto que no se las dota de estrategias y recursos, salvo el dejar de hacer cosas, renunciar a espacios y coartar el libre disfrute del cuerpo y de la sexualidad. Este es problema social y cultural aceptado y normalizado debido a actitudes sociales sobre el género, el sexo y la sexualidad.



CONCLUSIONES

1. Los hombres jóvenes se apropian del tiempo de ocio nocturno de las mujeres jóvenes interpelándolas sexualmente de manera constante.

Cuando las mujeres salen de fiesta sufren una usurpación del tiempo propio, como sucede en el ámbito doméstico. La idea de que en el sistema patriarcal las mujeres son *seres-para-otros* también se refuerza en el constante ejercicio de violencia sexual que los hombres ejercen sobre ellas en los contextos de ocio nocturno, apropiándose de su espacio y tiempo. El disfrute del tiempo propio de mujeres y hombres en los contextos de ocio nocturno tiene mucho que ver con la permanencia de los roles de género y, con ello, con la existencia de una relación de poder, donde los hombres, en su papel de sujetos activos sexualmente, se dedican a interpelar incesantemente a las mujeres, a quienes les exigen que estén disponibles sexualmente cuando son requeridas por ellos.

2. Hay dificultades para identificar todo el abanico de las violencias sexuales cuando no existe una conciencia feminista.

En la identificación de la violencia sexual, tener conciencia de género o feminista es una variable determinante para la identificación de las violencias sexuales aparentemente más sutiles. Si bien para las mujeres concienciadas las violencias sexuales conforman todo un rango de situaciones que van desde lo aparentemente más sutil, como puede ser la insistencia por parte de los hombres, hasta lo visiblemente más hostil, como la violación, para las mujeres sin conciencia de género la sutileza de algunas formas de violencia sexual hace que sean interpretadas como simples comportamientos agobiantes propios de los hombres en contextos de ocio nocturno. De hecho, muchas de las violencias sexuales no son identificadas como tales por entender que para que estas se den tiene que haber intimidación y uso de la fuerza física. Tal desfiguración analítica responde a la construcción patriarcal de un imaginario sobre la violencia sexual que entiende que esta es únicamente un acto de agresión física que, mediante el uso de la fuerza, impone a la persona una conducta sexual en contra de su voluntad. Este imaginario patriarcal convierte otras violencias sexuales en conductas normalizadas ante los ojos de las mujeres y encubre todo el marco de violencias machistas que sufren en los contextos de ocio nocturno.

La mirada en torno a las violencias sexuales por parte de los hombres jóvenes es mucho más reducida que la de las mujeres, debido a la escasa reflexión que en su vida cotidiana hacen en relación al tema y a su constante actitud exculpatoria. De hecho, los jóvenes con una nula conciencia de género tienen grandes dificultades para identificar las violencias sexuales aparentemente más sutiles y, cuando logran reconocerlas, las justifican y las atribuyen a otros hombres. Asimismo, los jóvenes con cierto grado de sensibilización en materia de violencia sexual perciben en ciertas actitudes como la insistencia, un simple comportamiento molesto no intencionado y frívolo. Los tocamientos y comentarios indeseados también son considerados actos que pueden incomodar a las mujeres y que, además, son propios de otros, a los que categorizan como «pesados». Además, para los jóvenes estas violencias sexuales aparentemente sutiles

no son hechos imparciales susceptibles de una categorización objetiva, sino que son vivencias subjetivas que pueden ser tildadas de violencia sexual o no, en función de las emociones que susciten en las mujeres que las sufren. Es más, advierten que ellos no saben calibrar la violencia de sus actos hasta que las mujeres no les ponen freno, puesto que para ellos estas conductas forman parte de las estrategias legítimas del ligoteo. Con esta mirada machista y exculpatoria, no solo justifican su comportamiento, sino que responsabilizan a las mujeres de la violencia sexual.

Asimismo, los juegos de seducción patriarcal que se dan en los contextos de ocio nocturno, y que llevan implícitos distintas formas de violencia sexual sobre las mujeres, también ayudan a desdibujar las violencias sexuales que no cumplen con el estereotipo hegemónico. Mujeres y hombres jóvenes aprenden en el sistema patriarcal que las violencias sexuales son actitudes propias en los juegos de seducción romántica de los sujetos activos-hombres hacia los sujetos pasivos-mujeres, lo cual la convierte en una *violencia amortiguada, insensible e invisible para sus propias víctimas, las mujeres*. La seducción arraigada en la cultura patriarcal está marcada por la oposición binaria de lo masculino y lo femenino, lo cual implica no solo la existencia de roles seductivos diferentes, sino también una puesta en juego desigual, donde las mujeres aprenden que ciertas actitudes de los hombres son tolerables en tanto en cuanto responden a los roles de género en un marco de relaciones heterosexuales y heteronormativas. La violencia simbólica ha operado para normalizar y naturalizar estas violencias aparentemente más sutiles, y más aún, si se dan en los espacios de ocio nocturno, donde la violencia sexual parece ser consubstancial al ambiente.

3. La experimentación del miedo en las jóvenes se presenta como el principal indicador de violencia sexual, lo cual dificulta la identificación de otras violencias sexuales que no lo suscitan.

Cuando se trata de identificar la violencia sexual considerada más hostil, a pesar de que la violación se presenta como la primera referencia explícita, las mujeres reconocen otras vivencias bajo una impresión subjetiva y emotiva, donde la experimentación del miedo parece ser un elemento esencial para considerar esas violencias sexuales como hostiles y graves. A su vez, la vivencia del miedo ante una agresión sexual dependerá de dos factores fundamentales: por un lado, de la percepción de un ambiente de desprotección, la cual puede darse por no estar acompañadas de amistades o por la camaradería masculina; y, por otro lado, de la percepción de inseguridad, la cual se acentúa en el recorrido de vuelta a casa y en locales y espacios donde no hay alternativas de transporte para escapar si fuera necesario.

Sin excepción, el miedo fue mencionado por todas las mujeres participantes como primer indicador de una agresión sexual. Así, podemos decir que la aparición de esta emoción de angustia es una variable importante tanto para identificar la violencia sexual como para determinar su nivel gravedad. Aunque las mujeres concienciadas desde el discurso feminista reconocen, por ejemplo, los comentarios y los gestos como violencia sexual, cuando se despojan del discurso y hablan desde un plano más vivencial y emocional, el hecho de haber sentido miedo ante lo que

consideran un peligro real (una agresión sexual hostil) les permite identificar más taxativamente el ejercicio de esta violencia y determinar su trascendencia.

Es interesante reflexionar sobre el hecho de que la inexistencia del miedo puede reducir la percepción e identificación de la violencia sexual en todas sus formas y aumentar la aceptabilidad social de las mujeres ante las agresiones sexuales aparentemente más sutiles. Ampliar la mirada y entender que las agresiones sexuales pueden pasar desapercibidas es fundamental para que las jóvenes tomen conciencia de la violencia sexual que los hombres ejercen sobre ellas en su cotidiano, y más concretamente en contextos de ocio nocturno, donde estas agresiones parecen inherentes al ambiente.

4. Las mujeres racializadas sufren una violencia sexual específica derivada de la intersección entre el machismo y el racismo.

Los patrones relacionales entre mujeres y hombres en los contextos de ocio nocturno no solo responden a las lógicas patriarcales, sino también a las racistas, por lo que la violencia sexual que las mujeres jóvenes racializadas sufren en su cotidiano está fuertemente marcada por los estereotipos y prejuicios racistas que giran en torno a ellas. La intersección entre el género y la raza pone a las mujeres afrodescendientes y latinoamericanas en una posición de vulnerabilidad particular.

Las mujeres afrodescendientes y latinoamericanas, dentro de los procesos de discriminación establecidos a través de construcciones jerárquicas étnico-raciales y mediante las desigualdades de género, participan de situaciones específicas de trato y valoración asociadas a su predisposición sexual. Al analizar sus experiencias se evidencia el hecho de que se les considera un objeto apropiado a la apetencia y los deseos físicos de los hombres, a partir de su hipersexualización y exotización. Si bien el patriarcado identifica a la mujer blanca con la castidad, la pureza y la pasividad sexual, establece la fogosidad y la disponibilidad sexual para la mujer negra y latina. Esto, bajo el marco de la sexualidad patriarcal, es interpretado por los hombres como una invitación a la apropiación del cuerpo de las mujeres que legitima su comportamiento violento.

Las mujeres afrodescendientes y latinoamericanas participantes de nuestra investigación sienten que los hombres se acercan especialmente a ellas y de forma más hostil que a las mujeres blancas. Si bien todas las mujeres son cosificadas, las mujeres negras y latinas sufren el fetichismo en la cultura dominante y tienen una alta sensación de cosificación sexual. Los estereotipos raciales que pesan sobre las mujeres negras y latinas son profundamente corporales, pues en gran medida es el cuerpo el que canaliza la racialización (sin que ello signifique que la raza tenga que ser meramente corporal). Para el imaginario occidental el sexo se ha convertido en uno de los rasgos que define el ser negra y latina y esta representación se reproduce y recrea en los distintos escenarios sociales, como sucede en los espacios de ocio nocturno. Por ejemplo, las mujeres afrodescendientes hablan de los tocamientos y agarres de pelo como algo muy habitual cuando están de fiesta y tanto las mujeres afrodescendientes como las latinoamericanas resaltan el acercamiento y roce indeseado por parte de los hombres cuando están bailando. En el caso

de las mujeres latinoamericanas, no son solo los estereotipos referidos a lo corporal, sino al carácter también, ya que dejan entrever que tienen una sensualidad innata. Les prejuzgan como mujeres cariñosas y melosas predispuestas al contacto corporal. Así, los fuertes estereotipos y mecanismos del racismo sexualizado y del sexismo racializado coexistentes las convierten en objetivo de agresiones específicas de manera sistemática en los contextos de ocio nocturno.

Igualmente, tanto las mujeres afrodescendientes como las latinoamericanas señalan que es muy habitual que los hombres blancos hagan alusión a su origen como forma de ligar con ellas e identifican este hecho con una actitud fuertemente androcentrista, occidentalocentrista y euroblancocentrista.

5. Las violencias sexuales pueden ser ejercidas de forma aislada por distintos hombres y de manera concatenada por uno solo.

Casi todas las mujeres participantes de la investigación cuentan haber vivido en primera persona, o a través de la experiencia de alguna amiga o conocida, distintas formas de violencia sexual. Entre las mencionadas están las miradas continuas y molestas, los comentarios y piropos, la ocupación de su espacio, las intromisiones cuando están en grupo, los tocamientos intencionados y no deseados, las amenazas con violencia, los agarres, acorralamientos y aislamientos, las agresiones sexuales con y sin uso de fuerza y las presiones para no usar el preservativo. Todo un continuum de violencias que van desde las más normalizadas hasta las más reprobadas socialmente.

Las mujeres jóvenes nos cuentan que todas estas pueden vivirse de manera aislada con distintos hombres o, de manera concatenada, con uno solo. Señalan que algo muy habitual en los contextos de ocio nocturno es que todo este abanico de violencias sexuales, entre otras posibles, sean ejercidas de manera procesual por un mismo hombre en cuestión de un momento o a lo largo de toda una noche, yendo desde lo aparentemente más sutil y normalizado hasta lo que es claramente hostil y reprobado socialmente. Las mujeres jóvenes soportan así, durante horas, la violencia sexual en sus distintas formas y fases. Para las mujeres racializadas este proceso tiene un carácter claramente racista, ya que normalmente comienzan con comentarios que hacen alusión a su color de piel.

6. Los hombres jóvenes activan estrategias de manera consciente para acceder a los cuerpos de las mujeres.

A través de los relatos de las mujeres jóvenes hemos podido recoger los modus operandi masculinos más comunes para satisfacer sus deseos sexuales en los contextos de ocio nocturno. Algunas de estas estrategias son:

- **Sumisión química oportunista: en la que los hombres se aprovechan del consumo voluntario de alcohol y drogas por parte de las mujeres.**

Todas las mujeres participantes de la investigación viven de manera frecuente la invitación a alcohol y drogas por parte de los hombres, señalando que lo hacen con la intención de debilitarlas, vulnerarlas y manipularlas y aprovecharse de ellas. Además, para las que tienen una conciencia de género, toda invitación conlleva claramente un intercambio sexual, y no solo ven en ello una estrategia para conseguir un contacto sexual, sino una actitud mercantilista y cosificante que les denigra. Señalan también que en las discotecas estas invitaciones son muy habituales por parte de los hombres con dinero, quienes, haciendo ostentación de ello, les invitan a botellas de alcohol, cachimbas, tabaco y a estar en el reservado bebiendo toda la noche con ellos. Los hombres reconocen hacer uso de la incitación al consumo de alcohol y drogas para acceder a las mujeres ya que, según ellos, la embriaguez las desinhibe, incrementando su disponibilidad sexual.

- **Sumisión química proactiva: en la que los hombres suministran una sustancia oculta a las mujeres con el objetivo de anular su capacidad de respuesta.**

Es otra de las estrategias que los hombres activan para anular la voluntad de las mujeres jóvenes en contextos de ocio nocturno. La ingesta involuntaria de sustancias, que los hombres ponen premeditadamente en sus copas, es un peligro al que se ven expuestas durante toda la noche y, por lo que nos cuentan las y los jóvenes, es una práctica cada vez más habitual. Esto genera en las mujeres un estado de alerta que les obliga a adoptar actitudes de vigilancia constantes.

- **Acoso grupal:**

Otra de las estrategias masculinas mencionadas por las jóvenes es el acoso grupal, ya que el grupo (y cuanto más grande mejor) les da seguridad, les otorga estatus y refuerza su poder. Es dentro del grupo donde reciben el refuerzo positivo de sus iguales a la hora de acosar y agredir sexualmente. Es la forma de obrar propia de las «manadas», donde los hombres validan su masculinidad de cara al grupo de pares, demostrando que son lo suficientemente hombres como para acosar y agredir sexualmente a las mujeres (a quienes consideran de su propiedad). Un comportamiento masculino que tienen mucho que ver con la satisfacción de celebrarse como hombres.

Igualmente, parece que el vínculo de grupo y las normas grupales son factores poderosos a la hora de dar forma al comportamiento individual, principalmente porque difuminan la responsabilidad. Actuar como parte de un grupo les conduce a una sensación de anonimato y desindividualización, permitiendo un comportamiento agresivo desinhibido.

- **Esperar a que las mujeres se queden solas:**

Otra de las estrategias que llevan a cabo los hombres es esperar a que una mujer se quede sola, a que dos se aparten del grupo o a que este sea muy reducido, lo cual suele darse cuando van al baño o salen del local a fumar y a tomar el aire. Esta forma de obrar recuerda a la caza de acecho donde el cazador se queda vigilante esperando a que la presa se despiste del grupo y, una vez que la presa está en ese punto, se lanza sobre ella. Igualmente, las mujeres entienden que el hecho de que el acoso lo lleven a cabo al estar solas es buscando que no haya gente que pueda presenciarlo.

Las mujeres pueden quedarse solas por decisión propia o por persuasión. Esto sucede, por ejemplo, cuando los hombres, haciéndolas creer que van muy borrachas o drogadas, les animan a irse o a salir del local con ellos.

- **Búsqueda de oscuridad:**

En la lógica del no ser visto, otra pericia que los hombres llevan a cabo para acechar a las mujeres es hacerlo en zonas oscuras. No solo buscan a la presa, sino el lugar de ataque. Los hombres ponen el foco en la oscuridad, el hecho de no estar expuestos les permite acercarse con mayor impunidad a las mujeres, favoreciendo que ejerzan violencias sin ser vistos. La oscuridad favorece el anonimato, el cual les permite no ponerse límites cuando se trata de ejercer violencia sexual sobre las mujeres.

- **Camaradería masculina:**

Las mujeres revelan que es habitual que hombres ajenos a su propio grupo pidan permiso a sus amigos para llegar hasta ellas. La obtención del beneplácito de los hombres del grupo ajeno, los cuales están custodiando a las mujeres a quienes pretenden acercarse, es una forma más de reconocimiento entre los miembros del grupo de iguales. Esta práctica permite desarrollar la complicidad entre hombres desconocidos, reforzando así la camaradería masculina y la dueñidad sobre el cuerpo de las mujeres.

7. Cuando la violencia sexual es ejercida por conocidos a las mujeres jóvenes se les hace difícil reconocerla como tal.

Las violencias sexuales que no se corresponden con lo que se entiende por violación en la sociedad, y que son perpetradas por conocidos o amigos, no son fácilmente reconocibles. El poder identificarlas depende en gran medida del nivel de concienciación de género que tengan las jóvenes. Pero el alto nivel de reflexión feminista que permite reconocerlas, no las exime de la culpabilidad que sienten al sufrirlas, es más, es un factor que incrementa la culpabilidad al preguntarse, ¿cómo me ha pasado esto a mí siendo feminista? A pesar de tener claro, desde una perspectiva teórica, de quién es la responsabilidad de la violencia sexual, sienten culpa y vergüenza. Culpa por entender que son ellas las que han provocado esta violencia al irse

libremente (sin ser coaccionadas) con el agresor; y vergüenza al reconocer lo que han sido capaces de tolerar. Son emociones que, por otro lado, el sistema patriarcal inculca a las mujeres ante cualquier tipo de violencia de género.

Al mismo tiempo, los hombres agreden sexualmente a las mujeres en ocasiones convencidos de que un «no» quiere decir «sí». Esto no solo es producto de la interpretación patriarcal que hacen de la negativa (la extendida creencia de que cuando una mujer dice no, en realidad quiere decir que sí), sino del placer que encuentran en la resistencia de las mujeres y en su abuso de poder. Ligar con lo que ellos denominan la «chica fácil», no les resulta emocionante y no despierta su libido. Así, parece que el deseo sexual masculino aumenta con la falta de deseo sexual en la mujer con quien quieren mantener una relación sexual y, por lo tanto, con la falta de reciprocidad del deseo.

8. La normalización de las prácticas sexistas de reclamo publicitario de los locales de ocio nocturno dependerá en gran parte de la cultura del ocio y de las campañas de sensibilización en los territorios.

Según lo apuntado por las jóvenes en los grupos triangulares, algunas de las formas más habituales de discriminación sexista que los locales de ocio nocturno aplican en sus estrategias de marketing son: la presencia de «chicas de imagen» en las discotecas, la invitación a mujeres a copas gratis, la exigencia de determinada indumentaria y tacones para entrar en el local o, a la inversa, la no aplicación de las condiciones mínimas de vestimenta y calzado sobre las mujeres, entre otras. Facilitar el acceso a las mujeres asegura grandes beneficios económicos al favorecer la afluencia masiva de los hombres, que sí pagan la entrada.

Ante todas estas formas de discriminación sexista por parte de los locales encontramos dos posturas polarizadas entre las jóvenes: por un lado, la de quienes con conciencia de género las desapruueban y critican fervientemente, viendo en ellas una hipersexualización y cosificación sexual; y por otro, la de quienes no teniendo esta conciencia de género, al hablar de prácticas como la entrada gratuita de las mujeres, ponen el foco únicamente en el tratamiento diferencial entre hombres y mujeres en términos monetarios. Es más, llegan a interpretar esta entrada gratuita como un privilegio femenino.

Asimismo, hemos observado que la normalización de estas prácticas sexistas de reclamo entre las y los jóvenes está estrechamente relacionada con la cultura de ocio nocturno del territorio donde viven, y con la conciencia de género ciudadana derivada de las instituciones y del movimiento feminista. Por ejemplo, en el caso de Bilbao y Pamplona, donde las organizaciones feministas e instituciones llevan largos años trabajando en la prevención de la violencia sexual y la cultura del ocio nocturno está ligada a los bares menos tendentes a estas prácticas, tanto las mujeres como los hombres jóvenes muestran un firme rechazo hacia las mismas. Sin embargo, en Valencia, a pesar de la presencia del movimiento feminista y las actuales campañas de sensibilización del gobierno local, la permisividad aumenta entre las y los jóvenes con el predominio de una cultura de ocio nocturno ligado a las discotecas, que suele hacer uso de

estas técnicas comerciales y publicitarias. Tanto las campañas de sensibilización por parte del movimiento feminista e instituciones como la cultura de ocio nocturno dominante en el territorio son dos factores extraordinariamente relevantes en la conformación de una conciencia crítica ante las prácticas cosificantes de los locales de ocio nocturno.

9. Hay espacios y horarios que favorecen el ejercicio de la violencia sexual.

Las violencias sexuales son ejercidas por los hombres en todos los espacios destinados al ocio nocturno (macro fiestas, discotecas, bares, pubs, festivales de música, etc.), pero varían en forma, cantidad y permisividad. Las jóvenes señalan las macrofiestas y discotecas como los escenarios donde mayor cantidad y tipos de violencias sexuales se dan, y los festivales de música de corte feminista y conciertos donde se dan en menor medida.

Resaltan las macrofiestas como lugares donde sufren gran cantidad de agresiones sexistas debido a que son espacios donde hay mucha confusión, anonimato y complicidad entre los hombres, y las discotecas como el espacio de violencia sexual por excelencia que legitima todo tipo de conductas sin obstáculos. En el otro extremo, posicionan los festivales de música, los conciertos y los espacios politizados como las casas okupas. En relación a los festivales de música, conciertos y casas okupas, argumentan que esto es así fundamentalmente por dos motivos; por un lado, porque no son ambientes destinados al «ligoteo» como las discotecas, sino a la cultura y la militancia política, y por otro, por el corte feminista y el posicionamiento que estos espacios están tomando últimamente ante las violencias machistas. Y como punto intermedio entre las macrofiestas, discotecas, festivales de música, conciertos y casas okupas, posicionan los bares, pubs, botellones, fiestas de sus barrios y fiestas en casa de gente amiga, en las cuales no perciben las violencias sexuales de manera tan hostil como en las discotecas.

Las mujeres racializadas apuntan que un factor importante para ellas en la percepción de la seguridad del espacio es que el ambiente sea o no de «la comunidad», esto es, se sienten más vulnerables en entornos donde no solo viven las violencias sexuales derivadas del machismo sino las violencias racistas. Así, la ausencia del racismo y la presencia de otras mujeres racializadas en los espacios les hace sentirse más cómodas y protegidas.

Podemos concluir, por tanto, que las violencias sexuales sufridas cotidianamente por las mujeres en su ocio nocturno sí varían en cantidad y forma en función del espacio donde se den. Factores como la presencia de gente conocida en el lugar, la falta de anonimato, las dinámicas sociales propias de cada ambiente, la ausencia de racismo, la politización del espacio, la toma de conciencia feministas y el posicionamiento ante las violencias machistas son algunos de los elementos claves para que las mujeres sientan el espacio más seguro y que los hombres tengan menor libertad para ejercer las violencias sexuales.

En cuanto a los horarios, las violencias sexuales aumentan en frecuencia e intensidad a medida que va pasando la noche, alcanzando su punto álgido sobre las 5:00 o 6:00 de la madrugada.

Esto está relacionado con el consumo de alcohol y drogas, que desinhibe a los hombres en el ejercicio de la violencia sexual y coloca a las mujeres en situación de vulnerabilidad.

10.El consumo de alcohol y otras drogas desresponsabiliza a los hombres y culpa a las mujeres de la violencia sexual.

En el imaginario colectivo de las y los jóvenes hay una estrecha relación entre la violencia sexual y el consumo de drogas y sustancias en los contextos de ocio nocturno. Aunque si bien es cierto que no hablan de causa sino de detonante de las conductas violentas propias de los hombres, sí establecen un fuerte nexo. Tanto la ingesta de alcohol descontrolada como la conducta violenta son vistos por las mujeres como dos factores propios de la masculinidad, que al interactuar tiene como consecuencia el ejercicio de la violencia sexual. De esta manera, vemos que, por un lado, permanece el mito del alcohol como causante de la violencia sexual y, por otro lado, la del estereotipo del hombre ebrio que, como ser falto de autocontrol, bebe en exceso y no sabe refrenar sus impulsos sexuales más salvajes.

Igualmente, a la vez que a los hombres no se les responsabiliza de la violencia que ejercen si están bajo los efectos de las drogas y el alcohol, a las mujeres se les culpa de sufrir dicha violencia si están borrachas o drogadas. El estigma alrededor de las mujeres que consumen (sobre todo si es en exceso), el mandato de género del autocontrol y el de la vigilancia ante las violencias sexuales les hacen responsables de las mismas, llegando a considerarlas la consecuencia de una actitud de riesgo que ellas mismas han provocado. Por ende, en la práctica las jóvenes señalan autolimitarse en el consumo con la pretensión de que su atención no quede mermada bajo los efectos del alcohol ante los posibles agresores. Esto se traduce en una falta de libertad por parte de las mujeres, ya que la opción de emborracharse, si así les apetece, está totalmente condicionada por la presencia de hombres que aprovechan su estado de embriaguez. Así, mientras los hombres optan por un excesivo consumo de alcohol para desinhibirse y legitimar sus conductas violentas, las mujeres optan por el autocontrol para protegerse de las mismas.

La correlación existente en el imaginario patriarcal entre la violencia sexual y el consumo de alcohol y drogas en contextos de ocio nocturno invisibiliza el carácter estructural y transversal de las violencias sexuales en la vida de las mujeres, ocultando las auténticas causas. Esta mirada exime a los agresores de toda violencia sexual e invisibiliza el marco patriarcal que la respalda.

11.Estereotipación del agresor sexual y estereotipación de la víctima

Se han detectado dos estereotipos fundamentales en relación a los agresores sexuales; por un lado, el chico muy joven desconocido, con cierto aspecto marginal, barriobajero y que consume gran cantidad de alcohol y drogas y, por otro, el desconocido mayor, de unos cuarenta años, que frecuenta el local con la única pretensión de acosar a las mujeres más jóvenes que hay en él. La existencia entre las jóvenes de este esquema mental de agresor sexual invisibiliza el origen estructural de la violencia sexual, que convierte a todos los hombres en potenciales agresores.

Paralelamente, existe un estereotipo de mujer víctima de violencia sexual, que activa la desresponsabilización de los agresores y la culpabilización de las víctimas. Este prototipo es una mujer de aspecto muy feminizado, que viste de manera provocativa, que suele ir borracha y, por tanto, con déficit de atención, y que baila y ocupa el espacio desinhibidamente. Una mujer que con su apariencia y actitud está incitando sexualmente a los hombres y no hace nada para evitar que ejerzan violencia sexual sobre ella.

Además del aspecto físico, la indumentaria, el nivel de embriaguez y las formas de bailar y ocupar el espacio, advierten que hay ciertas características, que tienen que ver con las formas de ser y con la corporalidad de las mujeres, que las hacen más vulnerables, que no culpables. Estas son la timidez, la jovialidad y la extroversión. La timidez por ser codificada como debilidad y la extroversión por ser entendida como disponibilidad sexual.

También consideran que no todos los cuerpos sufren en la misma medida la violencia sexual, por lo que aquellos que transmiten mayor fragilidad están más expuestos que los que transmiten fortaleza. De esta manera, así como la forma de vestir, de bailar, de estar y de beber son algo controlable de lo que se puede responsabilizar a las mujeres, la idiosincrasia y la corporalidad no. No obstante, aunque no hay culpabilidad, estas ideas preconcebidas alimentan la percepción de que unas mujeres son más violables que otras en la sociedad.

Los mitos de la violencia sexual construyen estereotipos en torno a los agresores y las víctimas, que conducen a entender la violencia sexual contra las mujeres no como un producto de las relaciones de poder que estructuran toda la dinámica entre los sexos sino como la consecuencia de otras variables ajenas a estos.

12. Las mujeres activan tácticas de defensa ante las violencias sexuales.

Las mujeres activan tácticas concretas las cuales, podemos dividir las en dos grupos, las de evitación, aquellas que no suponen un enfrentamiento con el agresor, y las de afrontamiento, las que conllevan una oposición enérgica, incluso violenta.

Alguna de las tácticas de evitación son permanecer con su grupo de amigas toda la noche y no quedarse solas, transmitir que no están disponibles sexualmente diciendo que tienen novio o son lesbianas, alejarse del agresor e incluso abandonar el local. Frente a estas tácticas de evitación observamos otras que podrían considerarse de afrontamiento, como el uso de la violencia física y verbal ante las agresiones. Pero no siempre estas tácticas de enfrentamiento son una opción para muchas, como sucede con las mujeres migrantes en situación irregular, quienes, condicionadas por una situación administrativa, evitan a toda costa cualquier tipo de conflicto que les pueda conducir a una detención por parte de las fuerzas de seguridad.

Cuando las mujeres se defienden activamente y se enfrentan a los agresores, los hombres tienden a reaccionar con violencia verbal y física. Se trata de una reacción patriarcal ante la transgresión de los roles de género donde las mujeres, lejos de quedarse paralizadas ante

el ejercicio de poder de los hombres, se defienden activamente. Los hombres responden con violencia cuando se altera el statu quo de las relaciones de género, especialmente cuando las mujeres, al salirse de su sitio, ponen en peligro su poder. El miedo a las reacciones violentas por parte de los hombres cuando ellas deciden enfrentarse las conduce en muchos casos a no encararse y activar las tácticas de evitación. Así, en ocasiones, las tácticas de enfrentamiento no son resolutivas para ellas, puesto que no tienen el efecto deseado en los hombres a los que se enfrentan, sino todo lo contrario, se topan con una violencia más hostil. Apreciamos cierta indefensión aprendida por parte de algunas mujeres que, a pesar del malestar que les provoca la violencia sexual, deciden no manifestar su enfado por no resultarles útil.

13. La construcción patriarcal del deseo sexual masculino es la antesala a la violencia sexual.

Quisimos abordar la pornografía y la prostitución por ser dos importantes constructos del deseo sexual masculino. La violencia sexual responde a una construcción concreta de la masculinidad y del deseo sexual masculino propia de nuestra sociedad, donde factores como la socialización diferencial, la masculinidad y la cosificación sexual de las mujeres conducen a los hombres al ejercicio de la violencia sexual.

Con respecto a la pornografía, los hombres hablan de un consumo casi diario de porno, considerándolo su principal fuente de educación sexual. Así, con el visionado de estas películas, los jóvenes aprenden que la violencia es algo erótico, apareciendo el daño físico contra las mujeres como algo excitante y placentero para ellas. De hecho, los hombres participantes en el estudio hablan del erotismo en la brusquedad, agresividad, asfixia y golpes en las nalgas de las mujeres. Es relevante advertir que en ninguno de los grupos de hombres se hizo crítica de la pornografía, como en ningún caso reconocen violencia sexual explícita cuando se habla de cada una de las acciones mencionadas. Algunos, inclusive, justifican la violación en pareja por un impulso sexual incontenible y una falta de control momentánea. Para los jóvenes, la idea del violador es el del desconocido que asalta a una mujer en un callejón oscuro, lo cual les permite ejercer violencia sexual en sus relaciones sexuales, ya que estas no se ajustan a este modelo ni las conceptualizan como tal.

Las y los jóvenes advierten que en los espacios de formación la educación sexual está centrada en la prevención de enfermedades de transmisión sexual y no en cómo establecer relaciones afectivo-sexuales desde el respeto y la igualdad. El hecho de que esta educación sexual esté ausente en las aulas hace que la pornografía sea la información más detallada que tienen los jóvenes de cómo practicar sexo y, en este sentido, va a colaborar en la construcción de sus expectativas y deseos. De hecho, las mujeres jóvenes corroboran esta construcción patriarcal del deseo sexual a partir de experiencias sexuales con hombres, los cuales han mantenido una conducta dominante y, en ocasiones, violenta. En contraposición a este modelo patriarcal de relación sexual relacionado con la dominación, abogan por relaciones donde haya deseo, reciprocidad, cuidado, placer mutuo y comunicación.

Con respecto a la prostitución, ninguno de los jóvenes participantes de nuestra investigación hizo crítica de esta, por el contrario, en sus ideas y creencias está latente la ideología de la prostitución, ya que la consideran una práctica por la que los hombres tienen garantizado el acceso al cuerpo de las mujeres. De hecho, lo único que les preocupa sobre esto son las posibles enfermedades que se pueden contraer al acceder a sus cuerpos asiduamente.

Los jóvenes construyen el paradigma sexual patriarcal partiendo de la idea de que el hombre es el sujeto que tiene un irrefrenable deseo sexual y la mujer es el objeto que va a estar a su disposición para satisfacer su deseo, siendo indiferente lo que ella desee, quiera y sienta. Así, podemos advertir que esta deshumanización de las mujeres y esta construcción patriarcal del deseo sexual masculino son la antesala de la violencia sexual, donde los cuerpos cosificados de las mujeres se descuidan y maltratan.

14. Los hombres tienden a su exculpación y a la responsabilización de las mujeres.

Los hombres no quieren hacerse responsables de las violencias que sufren las mujeres por su parte y, para ello, desarrollan una serie de estrategias y mecanismos internos que los mantienen al margen de cualquier trabajo personal y autocrítico en torno a la masculinidad. La ausencia de responsabilidad va de la mano de la autocomplacencia, una característica propia de cualquier grupo dominante, que favorece su exculpación y les lleva a interpretar como suficiente lo que ya hacen en términos de relaciones igualitarias con las mujeres. Al mismo tiempo, responsabilizan a las mujeres de evitar la violencia que los hombres (los otros) ejercen sobre ellas.

Además, el ejercicio de la violencia sexual no se ve como un problema social y estructural, sino como algo individualizado y psicologizado, asociando el acto violento con un problema de salud mental, y no como un componente esencial de la socialización masculina en la que ellos también se han ido conformando como hombres. Construyen así un prototipo de agresor sexual con el que no se identifican, lo que produce una desmovilización del trabajo que tienen que realizar los hombres en el camino hacia la igualdad, pues desligan el ejercicio de la violencia de la construcción de la subjetividad masculinidad, siendo esta otra de las formas que tienen para no revisar su masculinidad desde el análisis de las relaciones de poder. La idea del violador «enfermo» presenta la violencia sexual como casos aislados, descontextualizados de un sistema de poder entre hombres y mujeres.

Afortunadamente, también hay quienes no encuentran ese estereotipo del agresor sexual y el feminicida y consideran difícil identificarlo a simple vista, lo que abre la puerta a que entiendan que la violencia contra las mujeres no depende de un perfil psicológico sino de un aprendizaje social y cultural.

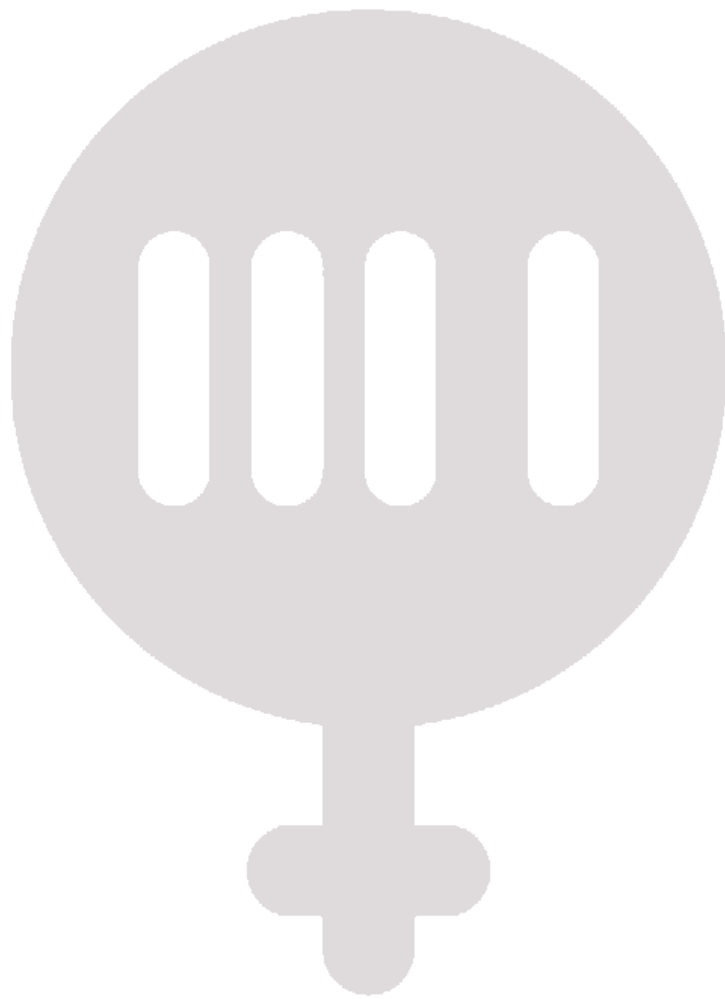
15. El terror sexual

El recorrido que las jóvenes hacen para volver a casa tras una noche de fiesta también forma parte del ocio nocturno, y es precisamente en este camino cuando las mujeres sienten la inminente

amenaza de la violencia sexual. De hecho, el miedo frecuente que sienten las mujeres jóvenes no es tanto a las violencias sexuales que ejercen los hombres cuando están de fiesta, sino a la violencia sexual extrema (la violación) perpetrada por un desconocido en la calle. La cultura de la violación que ha denominado violencia sexual únicamente a lo que ocurre de noche o de madrugada cuando un desconocido persigue a una mujer en un callejón solitario y oscuro hace que las mujeres obvien el amplio abanico de violencias sexuales existentes y que se aterroricen cuando llega el momento de volverse solas a casa.

Este intenso miedo que sienten prácticamente todas las jóvenes participantes del estudio no se corresponde con sus experiencias vitales, esto es, ninguna de ellas refiere haber sufrido ningún episodio de violencia sexual volviendo a casa tras una noche de fiesta. Constatamos, así, la existencia entre las jóvenes del denominado terror sexual, el cual, afirman, les es inoculado por el sistema patriarcal a través de fundamentalmente dos agentes socializadores: la familia y los medios de comunicación. Los mensajes de las familias, las instituciones y los medios de comunicación se construyen en la base de la culpabilidad de las mujeres, al no poner el foco en los agresores y sí en la responsabilidad de ellas. La cosificación sexual, la trivialización de la violación, el no reconocimiento del daño de ciertas formas de violencia sexual que no se ajustan a ciertos estereotipos de violación violenta, el culpabilizar a las mujeres, el cuestionamiento de su actitud, de su ropa, de los lugares por donde transitan o, incluso, la utilización de todo lo anteriormente mencionado para justificar al agresor sexual, convierte a las víctimas en culpables. Nadie habla de la actitud del violador, el discurso se centra en las mujeres, y son estas quienes soportan todo el peso de la culpa. Subyace la idea de que son las mujeres quienes no se cuidan de ser violadas, en lugar de articular discursos de condena unánime y sin fisuras a los agresores sexuales. Se les educa en el temor constante ante los posibles peligros que conlleva ser mujer, mientras que no se dedican esfuerzos en reforzar la educación de los hombres en parámetros de igualdad. La educación está dirigida a que existan mujeres temerosas y hombres violentos, lo cual es perfecto para tener a las mujeres bajo control patriarcal.

Por otro lado, no podemos olvidarnos de las necesidades de las mujeres en lo que al urbanismo se refiere en materia de inseguridad ante la violencia sexual. Las mujeres no se sienten seguras ante determinadas configuraciones espaciales y sociales al volver a casa, lo cual ha de ser abordado por las instituciones de manera prioritaria. La falta de iluminación, la poca o nula afluencia de gente, la ausencia de actividad y la existencia de ciertos elementos urbanísticos que restan visibilidad son algunos de los elementos más relevantes a tener en consideración por la planificación urbana en relación al miedo, la seguridad y la movilidad de las mujeres.

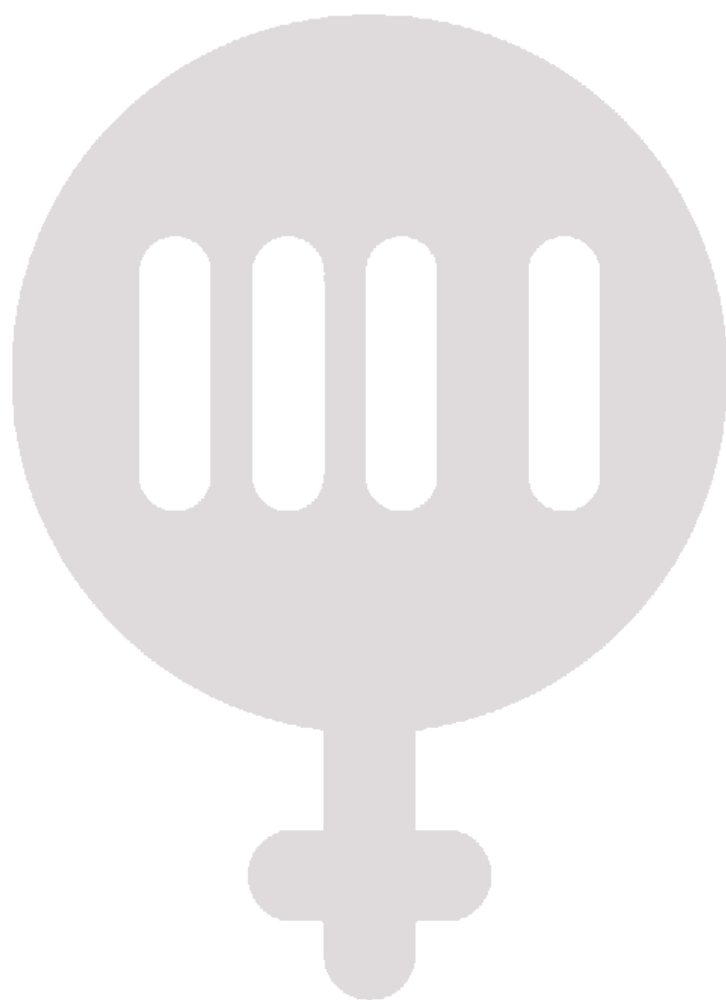


BIBLIOGRAFÍA

- 5º Informe Noctámbul@s 2017-2018. Fundación Salud y Comunidad. Disponible en: www.drogasgenero.info/5o-informe-anual-del-observatorio-noctambuls/
- AGIRREGOMEZKORTA Ibarluzea, Rosa Belén; GARCÍA Berrocal, María Luisa; PINEDA Lorenzo, Montserrat; TARDÓN Recio, Bárbara (2018): *Las violencias sexuales en el Estado Español: Marco conceptual y su abordaje en Andalucía, Madrid y Cataluña*. Creación Positiva. Disponible en: www.creacionpositiva.org
- ALARIO, Mónica (2018): “La sentencia de la Manada: masculinidad hegemónica y pornografía”. Disponible en: www.nodo50.org/prometeo/jornadas/M.Alario_Masculinidad%20hegemonica%20y%20pornografia.pdf
- ALLEN, M.; EMMERS, T.; GEBHARDT, L.; GIERY, M.A. (1993): “Exposure to Pornography and Acceptance of Rape Myths”. *Journal of Communication*, Vol. 45. Issue 1, 5–26.
- BARJOLA, Nerea (2018): *Microfísica sexista del poder. El caso Alcàsser y la construcción del terror sexual*. Barcelona. Virus Editorial.
- BENGOCHEA, Mercedes (2006): “Rompo tus miembros uno a uno” (Pablo Neruda). De la reificación a la destrucción en los discursos masculinos sobre la mujer”. *Cuadernos de Trabajo Social* 19, 5-41. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/CUTS/article/download/CUTS0606110025A/7560>
- BORDO, Susan (1933): “El feminismo, la cultura occidental y el cuerpo”. *La Ventana*, Nº 14, 8-81. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/884/88412394003.pdf>
- BROWNMILLER, Susan (1975): *Contra nuestra voluntad*. Barcelona. Planeta.
- BUCHWALD, Emilie; ROTH, Martha T; FLETCHER, Pamela R. (1993): *Transforming a Rape Culture*. Eds. Milkweed.
- COLECTIVO DE MUJERES DE BOSTON (19781): *Nuestros cuerpos, nuestras vidas. Un libro por y para las mujeres*, The BostonWomen’s Health Book Collective.
- CONGOLINO Sinisterra, Mary Lidia (2009): “Mujeres negras ¿Mujeres candentes? Un análisis de los estereotipos sexuales en un grupo de universitarios de Cali-Colombia”. Disponible en: www.wcc2017.eventos.dype.com.br/fg7/artigos/M/Mary_Lilia_Congolino_13_B.pdf
- DAVIS, Angela (1981): *Mujeres, Raza y Clase*, Ediciones Akal, 2004.
- DE MIGUEL, Ana (2005): “La construcción de un marco feminista de interpretación: la violencia de género”. *Cuadernos de Trabajo Social*, Vol. 18, 231-248. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/CUTS/article/view/8440>
- DE MIGUEL, Ana (2015): “La revolución sexual de los sesenta: una reflexión crítica de su deriva patriarcal”. *Investigaciones Feministas*. Vol. 6, 20-38. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/INFE/article/download/51377/47657/>
- Delegación del Gobierno para la Violencia de Género (2018): *Percepción social de la violencia sexual*. Madrid, Ministerio de Sanidad, Consumo y Bienestar Social. Disponible en: www.violenciagenero.igualdad.gob.es/va/violenciaEnCifras/estudios/colecciones/pdf/Libro_25_Violencia_Sexual.pdf
- EXPÓSITO García, Mercedes (2016): *De la garçonne a la pin-up. Mujeres y hombres en el siglo XXI*. Madrid, Ediciones Cátedra Feminismos.
- FABREGAT Costa, A; CALZADA Álvarez, N. (2013): *Mujeres, Drogas y Fiesta. Una investigación orientada a la acción*. Energy Control. Barcelona. Asociación Bienestar y Desarrollo. Disponible en: https://energycontrol.org/files/pdfs/Informe_Mujeres_Drogas_Fiesta.pdf

- GALTUNG, Johan (1990): "Culture Violence". *Journal of Peace Research*. Vol. 3. Nº 27, 291-305.
- GERT Martin, Hald; NEIL M, Malamuth; CARLIN, Yuen (2010): "Pornography and Attitudes Supporting Violence Against Women: Revisiting the Relationship in Nonexperimental Studies". *Journal Aggressive Behavior*, Vol. 36, Issue 1. Disponible en: www.researchgate.net/publication/38041887_Pornography_and_Attitudes_Supporting_Violence_Against_Women_Revisiting_the_Relationship_in_Nonexperimental_Studies
- GIMENO, BEATRIZ (2019): "El hombre que mira". Disponible en: www.cuartopoder.es/ideas/2019/11/08/el-hombre-que-mira-beatriz-gimeno
- LÓPEZ Muñoz, Eugenia (2010): "Sexismo, violencia y juegos electrónicos". *El sustrato cultural de la violencia de género. Literatura, arte, cine y videojuegos*. Coord. Ángeles de la Concha. Madrid, Síntesis. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=407603>
- MENÉNDEZ, María Isabel (2013): "Medios de comunicación, género e identidad" en *Sociología y género*. Coord. Por Capitolina Díaz y Sandra Dema. Madrid. Editorial Tecnos, 253-270.
- Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4245081>
- MILLET, Kate (1975): *Política Sexual*, México, Aguilar, 1970.
- MULVEY, Laura (1975): "Placer visual y cine narrativo", en Wallis, B (ed.): *El arte después de la modernidad: nuevos planteamientos en torno a la representación*. Madrid, Akal, 2001, 365-377.
- PAIN, Rachel (2001): "Gender, Race, Age and Fear in the City". *Urban Studies*, 38, 899-913.
- PÉREZ, Jesús; TARDÓN, Bárbara (2016): "Cultura de la violación. Complicidad y silencio en torno a la violencia sexual" Disponible en: www.lamarea.com/2016/11/24/cultura-la-violacion-complicidad-silencio-torno-la-violencia-sexual
- PULEO, Alicia (1992): *Dialéctica de la sexualidad*, Madrid, Cátedra.
- RÍOS, Gilma (2016): *Cuerpos corregidos. El valor de la belleza*. Popayán. Colombia, Editorial Universidad del Cauca.
- RODÓ-DE ZÁRATE, María; ESTIVILL I CASTANY, Jordi (2016): *¿La calle es mía? Poder, miedo y estrategias de empoderamiento de mujeres jóvenes en un espacio público hostil*. Emakunde. País Vasco. Disponible en: www.emakunde.euskadi.eus/contenidos/informacion/publicaciones_subvencionadas2/es_def/adjuntos/beca.2015.3.la_calle_es_mia.pdf
- ROMO, Nuria; TARANCÓN, Pilar (2019): *Violencia de Género e Interpersonal en los contextos recreativos de ocio adolescente*. Proyectos de I+D+I del Programa Estatal de Investigación, Desarrollo e Innovación orientada a los Retos de la Sociedad. Plan Estatal de Investigación Científica y Técnica de Innovación. Ministerio de Industria, Economía y Competitividad. Agencia Estatal de Investigación, 2016-2019.
- RUTHERFORD, Alexandra (2011). "Sexual Violence Against Women: Putting Rape Research in Context". *Psychology of Women Quarterly* 35, 342-347. Disponible en: www.researchgate.net/publication/274516670_Sexual_Violence_Against_Women_Putting_Rape_Research_in_Context
- SANTA CRUZ, Úrsula (2017): "Más allá del género: resistencias ante la amnesia colonial" *Cultura de la violación apuntes desde los feminismos decoloniales y contrahegemónicos*. Madrid, Editorial Antipersona, 25-37.
- SEGATO, Laura Rita (2017): "La violación no tiene una finalidad sexual. Disponible en: www.8300.com.ar/2017/11/09/rita-segato-la-violacion-no-tiene-una-finalidad-sexual
- VALDÉS, Isabel (2018): *Violadas o muertas. Un alegato contra todas <<las manadas>> (y sus cómplices)*. Barcelona, Editorial Grup62.

- VASALLO, Brigitte (2017): “Cultura de la violación: de Colonia a Abu Ghraib”. *Cultura de la violación apuntes desde los feminismos decoloniales y contrahegemónicos*. Madrid. Editorial Antipersona, 11-24.
- VÁZQUEZ, N; ESTÉBANEZ, I; CANTERA, I (2009): *Violencia contra las mujeres jóvenes: La violencia psicológica en las relaciones de noviazgo*. Bilbao, Servicio de Mujer del Módulo Psicosocial de Deusto-San Ignacio. BBK, Emakunde y Gobierno Vasco. Disponible en: <http://minoviomecontrola.com/ianire-estebanez/Resumen-violencia-contra-mujeres-jovenes-noviazgo.pdf>
- VERDÚ, Delgado; DOLORES, Ana (2018): “El sufrimiento de la mujer objeto. Consecuencias de la cosificación sexual de las mujeres en los medios de comunicación”. *Sexo y Bienestar. Mujeres y diversidad. Feminismo/s 31*, 167-186. Disponible en: https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/76689/1/Feminismos_31_09.pdf
- VIVEROS, Mara (2008): “La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual”. Publicado en: Careaga, Gloria. *Memorias del 1er. Encuentro Latinoamericano y del Caribe La sexualidad frente a la sociedad*. México, D.F. 2008. www.derechoshumanos.unlp.edu.ar/assets/files/documentos/la-sexualizacion-de-la-raza-y-la-racializacion-de-la-sexualidad.pdf



ANEXO 1: NOMENCLATURAS

- **Grupo Triangular Mujeres Madrid (GTMM)**
- **Grupo Triangular Hombres Madrid (GTHM)**
- **Grupo Triangular Mujeres Valencia 1 (GTMV1)**
- **Grupo Triangular Mujeres Valencia 2 (GTMV2)**
- **Grupo Triangular Hombres Castellón (GTHC)**
- **Grupo Triangular Mujeres Tenerife (GTMT)**
- **Grupo Triangular Mujeres Bilbao (GTMB)**
- **Grupo Triangular Hombres Pamplona (GTHP)**



**MUJERES
JÓVENES
federación**

Declarada de Utilidad Pública

Financiado por:



POR SOLIDARIDAD
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL